

EL ORIGEN
DE LA
MASONERÍA
Y LOS
CABALLEROS TEMPLARIOS



John Richardson Bennett



MASONICA

EL ORIGEN DE LA MASONERÍA
Y LOS CABALLEROS
TEMPLARIOS

EL ORIGEN DE LA MASONERÍA Y LOS CABALLEROS TEMPLARIOS





EL ORIGEN DE LA MASONERÍA Y LOS CABALLEROS TEMPLARIOS

Compilado por
John Richardson Bennett, P. E. C.

| 1911 |

SERIE AZUL
[Textos históricos y *clásicos*]



El origen de la masonería y los Caballeros Templarios
John Richardson Bennett

Traducción:
Óscar Menéndez Toledo



Editorial MASONICA®
SERIE AZUL (Textos históricos y clásicos)
www.masonica.es

© 2020 ENTREACACIAS, S.L.

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1º C
33002 Oviedo - Asturias (España)
Tel. (centralita): (34) 984 300 233
info@masonica.es | pedidos@masonica.es

1ª edición: mayo, 2020

ISBN: 978-84-17732-99-8
Depósito Legal: AS 00139-2020

Impreso por Podiprint
Impreso en España

*Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo
puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo
excepción prevista por la ley. Diríjase a
CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear
algún fragmento de esta obra.*

*Dedicado a todos los masones y a
todos aquellos que amen a su
prójimo.*

No podemos entender lo real de un personaje o sistema sin entrar en algún grado en su ideal.

PREFACIO

En la preparación de este trabajo mi principal objetivo ha sido dar al lector masónico una breve, concisa e interesante compilación documental del origen de la masonería y los Caballeros Templarios. Las autoridades consultadas han sido las de los mejores historiadores y escritores masónicos del mundo. En esta breve historia se han tomado todos los hechos históricos, fechas cronológicas y pruebas documentales de obras como la *Historia del Mundo* de Ridpath, la *Historia de las Cruzadas* de Joseph Francis Michaud, las enciclopedias inglesas y americanas, la historia bíblica, las enciclopedias masónicas de Albert G. Mackey, M.-D., Robert Macoy, 33 y George Oliver, D. D., con muchas otras obras de renombre y dispuestas de tal manera que dan al lector la mayor cantidad de información en el menor espacio, ahorrando muchas horas de trabajo necesario en la investigación de un gran número de volúmenes de lectura seca y poco interesante, obteniendo al final solo los resultados que uno encontrará dentro de este pequeño volumen.

De mi temprana experiencia en la vida masónica, aprendí que el carácter de la institución se elevaba en la opinión de cada uno solo en proporción a la cantidad de conocimiento que había adquirido de su simbolismo, filosofía e historia. Pero que pocos hombres tienen el tiempo, la paciencia o la

inclinación para dar la lectura cercana y atenta de las grandes obras masónicas para adquirir el conocimiento que todo masón debería poseer.

En vista de este hecho, y el fuerte deseo por mi parte de adquirir más luz en la masonería, fui inducido hace unos veinte años a comenzar la compilación de esta concisa e interesante historia de la masonería y los Caballeros Templarios. Los años de trabajo que le he dedicado han sido un tiempo de amor, y lo he puesto ante el oficio con la esperanza de una mayor iluminación y mejora de la humanidad.

Siendo la masonería tan entrelazada con la historia temprana del mundo, he añadido una enciclopedia suplementaria en la que se pueden encontrar breves relatos de muchos países y ciudades antiguas, junto con breves esbozos de la vida de las primeras tribus y de los antiguos personajes relacionados con la historia masónica.

Si el lector toma nota cuidadosamente de todas las referencias, se tendrá una comprensión mucho mejor de los temas generales.

Todos los datos cronológicos bíblicos se encontrarán según el cálculo del arzobispo Usher. Las ilustraciones de este volumen están tomadas de la *Historia del mundo* de Ridpath, y se utilizan por cortesía de la Jones Bros. Publishing Company, Cincinnati, Ohio.

JOHN R. BENNETT
Muskegon, Mich., 19 de abril de
1906



MASONERÍA

La verdadera historia de la masonería es muy parecida a la historia de una nación; tiene su época histórica y prehistórica. En su época histórica, la institución puede ser regularmente rastreada a través de varias asociaciones antecedentes, similares en diseño y organización, a un período comparativamente remoto.

Su conexión con estas asociaciones puede establecerse racionalmente mediante documentos auténticos y otras pruebas que ningún historiador rechazaría.

En la época prehistórica, lo que la conecta con los misterios del mundo pagano, y con los antiguos sacerdotes de Eleusis, de Samotracia o de Siria, digamos honestamente que ya no tratamos de la masonería bajo su organización actual, la cual sabemos no existía en esos días, sino de una ciencia peculiar, y solo peculiar, de los Misterios y de la masonería, una ciencia que podemos llamar el simbolismo masónico, y que constituyó el corazón mismo de las instituciones antiguas y modernas, y les dio, mientras presentaba una disimilitud de forma, una identidad de espíritu. Al conectar y rastrear el germen de la masonería en aquellos días prehistóricos, aunque sin documentos ni narraciones auténticas habladas o escritas en las que apoyarse, encontramos pensamientos fósiles embalsamados en aquellos intelectos antiguos

precisamente como los vivos que surgen en la masonería moderna, y que, como las conchas y peces fósiles de las antiguas formaciones físicas de la tierra, muestran por su parecido con los especímenes vivos la conexión graduada del pasado con el presente.

Toda institución humana está sujeta a grandes y numerosas variaciones; los diferentes aspectos bajo los cuales aparecen, y los principios por los cuales se rigen, dependen del avance de la civilización, la naturaleza del gobierno protector, y los peculiares hábitos y opiniones de los propios miembros. Antes de que se avanzara en el aprendizaje y cuando el arte de la imprenta era desconocido, los descubrimientos en las artes y ciencias debían ser necesariamente conocidos por pocos individuos. La búsqueda de la ciencia era un asunto secundario, y las cuestiones de filosofía eran solo prerrogativa del sacerdocio. La agricultura era la gran búsqueda de la vida.

La arquitectura surgió pronto, en el orden natural de las cosas, como una ciencia, y la habilidad humana fue puesta en juego. El triunfo de la mente sobre la materia fue la gran hazaña de los primeros arquitectos, que también fueron los primeros filósofos naturales. No se especula con la afirmación de que estos se formaron en una asociación para mejorar en una fecha temprana; sus monumentos arquitectónicos, que preceden a los registros auténticos de la historia, están con nosotros hasta el día de hoy; y la tradición nos informa de que esta unión de hombres científicos

se diferenci6 de los masones de hoy en poco m6s que en el nombre. Las artes y las ciencias se cultivaban en Egipto y en los pa6ses adyacentes de Asia, mientras que todas las dem6s naciones estaban envueltas en la ignorancia. De estas ciencias, la astronom6a, la geometr6a y la arquitectura ocupaban el primer lugar.

La masoner6a no solo presenta la apariencia de una ciencia especulativa, basada en un arte operativo, sino que tambi6n se exhibe muy significativamente como la expresi6n simb6lica de una idea religiosa. En otras palabras, vemos en ella la importante lecci6n de la vida eterna, ense6ada por una leyenda que, ya sea verdadera o falsa, se utiliza en la masoner6a como s6mbolo y alegor6a. ¿Pero de d6nde viene esta leyenda? ¿Todas las fuentes lineales ten6an esta leyenda? La evidencia es que la ten6an. No es en realidad la misma leyenda; no es el mismo personaje que su h6roe; no son los mismos detalles, sino una leyenda con el mismo esp6ritu y dise6o; una leyenda de car6cter f6nebre, que celebra la muerte y la resurrecci6n, solemnizada en lamentaciones y terminando en alegr6a.

No podemos entender correctamente la historia de las naciones de la antigüedad, mucho menos su teolog6a, filosof6a, ciencia o 6tica, sin el conocimiento de sus sociedades. Algunas de las ideas m6s grandes, las que han tenido mayor influencia en el progreso humano, nacieron en medio de s6mbolos m6sticos.

ANTIGUOS MISTERIOS

Entre los más importantes de los Antiguos Misterios estaban los siguientes: el de Osiris en Egipto, el adonisiano en Siria, el mitraico en Persia, el cabrio en Tracia, el druida entre los celtas, el escandinavo entre los góticos, el dionisiaco y el eleusino en Grecia.

Cada uno de los dioses paganos tenía, además del público, un culto secreto que le pagaban, al que no se admitía a nadie más que a aquellos que habían sido seleccionados por ceremonias preparatorias llamadas de iniciación. Esta cadena secreta se conocía como los MISTERIOS. Estrabón apoya la teoría diciendo que era común, tanto para los griegos como para los bárbaros, realizar sus ceremonias religiosas a través de un festival y que, a veces, se celebraban públicamente y otras en una misteriosa privacidad. Los primeros misterios de los que tenemos constancia, dice Warburton, fueron los de Isis y Osiris en Egipto.

MISTERIOS EGIPCIOS

Egipto siempre ha sido considerado el lugar de nacimiento de los Misterios. Fue allí donde se establecieron por primera vez las ceremonias de iniciación. Y fue allí donde la verdad fue velada por primera vez en la alegoría y los dogmas de la religión fueron impartidos por primera vez bajo formas simbólicas. Desde Egipto este sistema de símbolos se difundió a través de Grecia y Roma y otros países de Europa y Asia, dando origen, a través de muchos pasos intermedios, a esa misteriosa asociación que ahora está representada por la institución de la masonería. El rango favorecido de la sociedad egipcia eran los sacerdotes. A ellos les pertenecían un tercio de las tierras del reino. Eran el orden sagrado en cuyas manos descansaba el mantenimiento de la fe religiosa nacional, la conducción de todas las ceremonias en los templos, la dirección de los sacrificios, el trabajo de educación y la cultura general de los egipcios. Los sacerdotes de Egipto constituían una casta sagrada en la que las funciones sacerdotales eran hereditarias. También ejercían gran poder en el gobierno del estado y los reyes de Egipto no eran sino los primeros súbditos de sus sacerdotes.

La iniciación en los Misterios Egipcios fue, de todos los sistemas practicados por los antiguos, el más severo e impresionante. El sistema se había

organizado durante años y los sacerdotes, que eran los únicos maestros de los Misterios, fueron educados casi desde la infancia con ese propósito. Ese «aprendizaje de los egipcios», en el que se dice que Moisés era tan hábil, se impartía en esos Misterios. A lo largo de toda la historia de la Tierra en torno a las pirámides se ha corrido un velo de misterio. Su historia es un sueño, no las promesas del futuro, sino los logros del pasado. Mucho antes de que Grecia, Roma y Asiria estuvieran siquiera en pañales, Egipto era ya un guerrero y un héroe. Las piedras que erigieron Atenas en todo su esplendor y hablaron de las bellas concepciones de Fidias y Praxíteles permanecían enterradas en sus canteras. Mientras Abraham, el padre de los fieles, vagaba como nómada y vivía en tiendas, un faraón se sentó en el trono de Egipto y, unos pocos años después, los mercaderes ismaelitas condujeron sus camellos cargados de especias, bálsamo y mirra, productos solo utilizados por los pueblos ricos y cultos desde Galaad hasta el Nilo. Pocos años después de esto ya había ejércitos en Egipto, carros de guerra, cuerpos de infantería, y, lo que es aún más sorprendente, un gran cuerpo de caballería. Fue en la sociedad egipcia de Isis y Osiris donde esta antigua y maravillosa civilización tuvo su origen. Aquí se forjaron y elaboraron esas ideas que posteriormente entraron en la vida misma del pueblo.

Las dos figuras centrales de estos Misterios, así como de la historia egipcia, fueron Isis y Osiris.

Estos, cuando fueron despojados de sus místicas vestiduras y llevados al nivel de la humanidad, parecen haber sido un rey (Osiris) y una reina (Isis) tempranos de este país que eran al mismo tiempo hermano y hermana. Estos, por su superior virtud e inteligencia, se ganaron la admiración y la confianza de estos salvajes e incultos bárbaros, los sacaron de su pobreza y los guiaron por el camino de la civilización y el imperio. Bajo su dirección, la tierra de la salvaje oscuridad se convirtió en luz y se llenó de alegría. Isis enseñó a la gente a sostener el arado y a girar el surco y a hacer pan con el grano maduro. Mientras hacía esto, hizo leyes para la sociedad del hogar y restringió la anarquía y la violencia por su sanción. Osiris construyó Tebas, con sus cien puertas; erigió templos y altares, instituyó los ritos sagrados y nombró sacerdotes para que supervisaran y cuidaran los lugares sagrados.

Habiendo logrado estas cosas y viendo su efecto en su propio pueblo, resolvió levantar un gran ejército, y, dejando a Isis como gobernante, ir por todo el mundo, «porque esperaba poder civilizar a los hombres y apartarlos de su curso de vida rudo y bestial». Lo logró, pero poco después de su regreso fue asesinado por su hermano Tifón. Después de su muerte Isis hizo un voto de no volver a casarse y pasó sus días gobernando justamente sobre sus súbditos, «sobresaliendo por encima de todos los demás príncipes en sus actos de gracia y recompensa hacia su propio pueblo y así, después de su muerte, fue contada entre los

dioses. Como tal tuvo honores divinos y fue enterrada en Memphis, donde muestran su sepulcro en este día en la arboleda de Vulcano.

Los ritos sagrados que se dice que Osiris instituyó recibieron muchos añadidos en el curso del tiempo y, finalmente se dividieron en dos grados. Estos, como en su copia de Eleusis, Grecia, fueron llamados el Grande y el Menor, siendo el primero los Misterios de Osiris y el segundo los de Isis, siendo el último una preparación para la revelación más completa de los secretos contenidos en el primero.

En el gran misterio estaba representada la historia alegórica de Osiris que los egipcios consideraban el misterio más solemne de su religión y que Heródoto y todos los demás escritores antiguos mencionan con gran cautela. Ser iniciado en esto era el gran privilegio del sacerdote, aunque no todos los de esta casta fueron admitidos indiscriminadamente a este honor. Esto estaba reservado para el heredero del trono y para los sacerdotes que se destacaban en virtud y sabiduría.

La sede principal de los Misterios Egipcios estaba en Memphis en el barrio de la gran pirámide. La leyenda era la siguiente: Osiris, un sabio rey de Egipto, dejó el cuidado de su reino a su esposa Isis y viajó durante tres años para comunicar a otras naciones las artes de la civilización. Durante su ausencia, su hermano Tifón formó una conspiración secreta para destruirlo y usurpar su trono.

A su regreso, Osiris fue invitado por Tifón (Seth) a un espectáculo en el mes de noviembre en el que estaban presentes todos los conspiradores. Tifón había mandado fabricar un cofre con incrustaciones de oro y prometió dárselo a cualquier persona cuyo cuerpo encajara exactamente. Osiris estuvo tentado de intentar el experimento; pero tan pronto como se acostó en el cofre, la tapa se cerró y bloqueó y el cofre se arrojó al río Nilo. El cofre que contenía el cuerpo de Osiris fue, después de haber sido sacudido durante mucho tiempo por las olas, finalmente arrojado en Biblos, en Fenicia, y dejado al pie de un tamarisco.

Isis, abrumada por el dolor por la pérdida de su marido, emprendió un viaje y atravesó la tierra en busca del cuerpo. Después de muchas aventuras, descubrió el lugar donde había sido arrojado por las olas, y regresó con él triunfante a Egipto. Entonces proclamó, con las más extravagantes demostraciones de alegría, que Osiris había resucitado de entre los muertos y se había convertido en un dios. Tales, con ligeras variaciones de detalles por parte de diferentes escritores, son las líneas generales de la leyenda de Osiris.

Se representaba en el drama público de la iniciación por la imagen de un muerto siendo llevado en un arca o ataúd por una procesión de iniciados; y este encierro en el ataúd o entierro del cuerpo se llamaba el huérfano, o desaparición y las lamentaciones por él formaban la primera parte, o Misterios de Isis. Al tercer día después del entierro,

los sacerdotes e iniciados llevaban el ataúd, en el que también había una vasija de oro hasta el río Nilo.

En la vasija vertían agua del río; y luego, con un grito de «Lo hemos encontrado, alegrémonos», declaraban que el Osiris muerto, que había descendido al inframundo, había regresado de allí, y había sido devuelto de nuevo a la vida; y los regocijos que siguieron constituyeron la segunda parte, o Misterios de Osiris. Su parecido con la leyenda hirámica del sistema masónico se verá fácilmente y su simbolismo se entenderá fácilmente. Osiris y Tifón son representantes de los dos principios antagónicos, el bien y el mal, la luz y la oscuridad, la vida y la muerte.

Osiris, como deidad egipcia, era adorado bajo la forma de un buey, personificando el poder del bien y de la luz del sol, unido en la historia y en el culto a una tríada sagrada con Isis como su esposa y Horus como su hijo. Algunos filósofos egipcios lo consideraban como un dios del río y lo llamaban Nilo.

Pero la verdad es que Osiris representaba los poderes masculinos, activos o generativos de la naturaleza; mientras que Isis representaba sus poderes femeninos, pasivos o prolíficos. Así, cuando Osiris era el sol, Isis era la tierra, para ser vivificada por sus rayos; cuando era el Nilo, Isis era la tierra de Egipto, fertilizada por su desbordamiento.

Las investigaciones de los últimos años han arrojado mucha luz sobre los Misterios Egipcios.

Entre las ceremonias del pueblo antiguo había una llamada «Procesión de los Santuarios», que se menciona en la piedra de Rosetta, y se representa en las paredes del templo. Uno de estos santuarios era un arca, que era llevada en procesión por los sacerdotes, quienes la sostenían sobre sus hombros con palos que pasaban a través de anillos de metal. De este modo, se introducía en el templo y se depositaba en un atril o altar, para que las ceremonias prescritas en el ritual pudieran realizarse ante él. El contenido de estas arcas era variado, pero siempre de carácter místico. A veces el arca contenía símbolos de vida y estabilidad, a veces el escarabajo sagrado, el símbolo del sol; y siempre había una representación de dos figuras de la diosa Maat o Verdad y Justicia, que ensombrecían el arca con sus alas.

Estas coincidencias de las arcas egipcia y hebrea deben haber sido más que accidentales.

MISTERIOS ADONISIANOS EN SIRIA

Los Misterios de Adonis, debido a su ubicación, se relacionan estrechamente con la historia y el reputado origen de la masonería. Se celebraban principalmente en Biblos, ciudad de Fenicia situada cerca de la base del Monte Líbano, en el Mediterráneo, al norte de Beirut, cuyo nombre bíblico o hebreo era Gebal y cuyos habitantes eran los giblitas o giblemitas a los que se hace referencia en el primer Libro de los Reyes (cap. v. 18) como empleados por el rey Salomón en la construcción del templo.

Por lo tanto es evidente debe haber habido una conexión muy íntima o una intercomunicación frecuente entre los trabajadores del primer templo y los habitantes de Biblos. Se dice que estos Misterios se establecieron primero en Babilonia y de ahí pasaron a Siria, siendo su sede principal Biblos en ese país.

La leyenda de Adonis es la del rey de Chipre. Adonis estaba poseído por una belleza tan sorprendente que Venus (la diosa del amor) se enamoró de él y lo adoptó como su favorito. Posteriormente Adonis, que era un gran cazador, murió por una herida infligida por un jabalí en el monte Líbano. Venus voló al socorro de su

favorito, pero llegó demasiado tarde. Adonis estaba muerto.

Al descender a las regiones infernales, Proserpina (reina del Hades) se sintió, como Venus, tan atraída por su belleza que, a pesar de las súplicas de la diosa del amor, se negó a devolverlo a la Tierra. Las oraciones de la abatida Venus fueron escuchadas por Júpiter (padre de los hombres y los dioses) que reconcilió la disputa entre las dos diosas y por cuyo decreto Proserpina se vio obligada a consentir que Adonis pasara seis meses de cada año alternando con ella misma y con Venus.

Las ceremonias comenzaron más o menos en la estación del año en que el río Adonis comenzó a crecer por la inundación en su nacimiento. Es un pequeño río de Siria que, al nacer en el monte Líbano, entra en el Mediterráneo a unos pocos kilómetros al sur de Biblos. Es un hecho que, después fuertes lluvias, el río se tiñe de un rojo intenso por el suelo de las colinas en las que se eleva y traslada este color al mar en el que desemboca, a lo largo de una distancia considerable. Los adoradores de Adonis creían que esta decoloración rojiza del agua era un símbolo de su sangre. Los israelitas lo llamaban Tammuz.

Los Misterios de Adonis se celebraban en Siria y formaban parte de las ceremonias de los arquitectos Dionisio de Tiro, por los que fueron introducidos en Judea.

Los ritos sagrados comenzaban con el luto y los días reservados para la celebración de la muerte de

Adonis se pasaban entre gritos y lamentos, muchos a menudo se flagelaban. En el último de los días de luto, los ritos funerarios se realizaban en honor al dios. Al día siguiente se anunciaba la restauración de Adonis a la vida y era recibido con las más entusiastas demostraciones de alegría.

Los objetos representados en estos misterios fueron el dolor de Venus y la muerte y resurrección de Adonis. La analogía en el «simbolismo que existe entre Adonis en los Misterios de las Gibilmitas en Biblos e Hiram el constructor, puede ser vista fácilmente» por el masón en su propia institución.

MISTERIOS DIONISIÁCOS

Estos misterios se celebraron en toda Grecia y Asia Menor, pero principalmente en Atenas. Fueron introducidos en Grecia en el año 1415 a. C. por los colonos egipcios, muchos de los cuales, según la cronología bíblica, fueron allí ya en el año 1760 a. C. Estos misterios fueron instituidos en honor a Baco, o, como los griegos lo llamaron, Dionisio. Unos trescientos años después, se produjo la migración jónica, los emigrantes llevaron consigo desde Grecia a Asia Menor los Misterios de Dionisio antes de que fueran corrompidos por los atenienses.

En estos misterios se conmemoró el asesinato de Dionisio por los titanes, en cuya leyenda se le identifica evidentemente con el egipcio Osiris que fue asesinado por su hermano Tifón. El ritual de la masonería conserva, en su círculo central, los rasgos principales de la institución dionisiaca.

Hiram y Dionisio son nombres que representan e ilustran en su historia y experimentan las mismas ideas. La iniciación fue un progreso simbólico, desde el oscuro, muerto y frígido norte hasta el refulgente este. La enseñanza moral de estos misterios era la misma que la de los misterios de Osiris.

En la época del rey Salomón, la antigua ciudad de Tiro, en Fenicia, fue residencia del rey Hiram y a ese monarca, Salomón y su padre, David, le debían ayuda por su papel en la construcción del templo de Jerusalén.

Los habitantes de Tiro se distinguieron por su habilidad como artífices, especialmente como trabajadores del metal; y se dice que fue la sede principal del cuerpo de arquitectos conocido como la Fraternidad de Arquitectos Dionisiacos. Los sacerdotes de Baco o Dionisio, habiéndose dedicado a la arquitectura, fundaron esta sociedad que se limitaba exclusivamente al privilegio de erigir templos y otros edificios públicos; estaban unidos entre sí por los lazos secretos de los Misterios Dionisiacos en los que todos habían sido iniciados. Se distinguían por muchas peculiaridades que la asimilan notablemente a nuestra orden. Para facilitar trabajo y gobierno, se dividieron en comunidades, cada una de las cuales estaba gobernada por un maestro y varios guardianes.

Empleaban en sus ceremonias muchos de los instrumentos que aún se encuentran entre los masones y utilizaban, como ellos, un lenguaje universal, por el cual un hermano podía distinguir a otro tanto en la oscuridad como en la luz, y servía para unir a los miembros dispersos por la India, Persia y Siria en una hermandad común. Se admite universalmente la existencia de esta orden en Tiro en la época de la construcción del templo de Salomón. Hiram, el hijo de la viuda, a quien

Salomón confió la superintendencia de los obreros, como habitante de Tiro, fue, muy probablemente, uno de sus miembros. Por lo tanto, podemos suponer legítimamente que los arquitectos dionisiacos fueron enviados por Hiram, rey de Tiro, para ayudar al rey Salomón en la construcción de la casa que iba a dedicar a Jehová y que comunicaron a sus compañeros de trabajo judíos un conocimiento de las ventajas de su fraternidad y los invitaron a participar en sus misterios y privilegios. En la unión, sin embargo, la leyenda apócrifa dionisiaca daría paso a la verdadera leyenda de los masones que fue desgraciadamente establecida por un melancólico incidente ocurrido en ese momento. Se admite que la última parte de esta afirmación es una mera especulación, pero que ha recibido la aprobación de Lowrie, Oliver y nuestros mejores escritores; y aunque esta conexión entre los arquitectos dionisiacos y los constructores del rey Salomón puede no estar respaldada por pruebas documentales, la teoría tradicional es por lo menos plausible y no ofrece nada que sea absurdo o imposible.

Si se acepta, proporciona el enlace necesario que conecta al pagano con los misterios judíos.

MISTERIOS ELEUSINOS

La institución de estos Misterios puede situarse alrededor del año 1399 a. C. en el reinado de Erecteo.

Un fragmento de mármol conservado en Oxford da esta fecha. Esto fue trescientos años antes del reinado de David en Jerusalén y más de seiscientos años antes de la primera Olimpiada, el comienzo de la verdadera historia griega. Se celebraron en el pueblo de Eleusis, cerca de la ciudad de Atenas, Grecia. Al igual que los Misterios Egipcios, se dividieron en dos clases, la menor y la mayor. Los Misterios Menores se celebraban en las orillas del río, cuyas aguas suministraban los medios de purificación de los aspirantes. Los Misterios Mayores se celebraban en el templo de Eleusis. Eran públicos para muchos y secretos para pocos. Estaban dedicados a la diosa Deméter, la Ceres de los romanos, que era adorada por los griegos como símbolo de la tierra prolífica; y en ellos se representaba escénicamente y se enseñaba en secreto la pérdida y recuperación de Perséfone y la doctrina de la unidad de Dios y la inmortalidad del alma. Las representaciones escénicas, los signos y palabras secretas de reconocimiento, la instrucción en un dogma peculiar y el establecimiento de un vínculo oculto de fraternidad, atrajeron a estos misterios, que duraron hasta la caída misma del Imperio Romano y ejercieron una poderosa

influencia en las asociaciones místicas de la Edad Media. Lo que los conecta con las modernas iniciaciones de la masonería es evidente en el pensamiento común que impregna e identifica a ambos; aunque es difícil, quizás imposible, rastrear todos los eslabones de la cadena histórica.

MISTERIOS DE MITRA

No hay ninguno de los Antiguos Misterios que ofrezcan un tema de investigación más interesante al erudito masónico que los del dios persa Mitra. Se supone que estos misterios fueron llevados desde Egipto por Zeradusht o Zoroastro e instituidos como una iniciación a los principios de la religión que él había fundado entre los antiguos persas. De la identidad de Mitra como de otras deidades ha habido varias opiniones, pero para los persas, que fueron los primeros en practicar sus misterios, era un dios del sol, y lo adoraban como el dios de la luz. Los Misterios de Mitra siempre se celebraban en cuevas. Se dividían en siete etapas o grados y consistían en las más rigurosas pruebas de fortaleza y coraje.

Los Misterios de Mitra pasaron de Persia a Europa, y fueron introducidos en Roma en la época de Pompeyo (87-48 a. C.). Aquí florecieron hasta el año 378 d.C., cuando fueron proscritos por un decreto del senado, y la cueva sagrada, en la que se habían celebrado, fue destruida por el prefecto pretoriano.

Los monumentos mitraicos que aún existen en los museos de Europa muestran evidentemente que la inmortalidad del alma fue una de las doctrinas enseñadas en la iniciación mitraica.

Una descripción de los otros antiguos misterios sería repetir lo que se ha expuesto. Todas contienen

leyendas de este tipo, en todas partes diferentes en lo particular, pero en todas coincidentes en lo general. Después de lo dicho no puede ser difícil ver con claridad el verdadero fin y el gran propósito de los misterios, cuyos primeros y mayores frutos fueron, según los antiguos, civilizar a las personas salvajes, suavizar sus feroces modales, hacerlas sociales y prepararlas para un tipo de vida más digna.

Y tales fueron los resultados de las antiguas leyendas, enseñadas a través del simbolismo y los misterios.

ISRAELITAS

Ramsés el Grande de Egipto, fue sucedido por el rey Merenptah, que ahora es generalmente aceptado por los historiadores como el faraón del éxodo de Israel.

La historia de esta notable raza comienza con el viaje de Abraham desde su hogar en Ur, la ciudad de su nacimiento, usualmente llamada «Ur de los Caldeos», cerca del Éufrates, en la parte noroeste de Mesopotamia, a su prometida morada en Canaán.

Abraham era hijo de Taré, descendiente de Sem, y nació en 1996 a. C. En 1922 a. C. fue a Harán, en Mesopotamia (una región al noreste del Éufrates), acompañado por su padre, su esposa Sarai, su hermano Nahor y su sobrino Lot (Gen. xi. 26-32). Su padre muere poco después y él toma a su esposa y a su sobrino y entra en la Tierra Prometida, o Canaán, como nómada o pastor errante. Pasando un tiempo, en Siquem, construyó como era su costumbre, un altar al Señor. Trasladándose de un lugar a otro por conveniencia de agua y pasto, fue llevado por una hambruna a Egipto. Volviendo a Canaán en 1918 a. C., rico en rebaños y manadas, dejó a Lot para vivir en el fértil valle del bajo Jordán en la llanura de Sodoma y levantó sus propias tiendas en Mamre: el mismo es Hebrón en la tierra de Canaán (Gen. 7, 13). Aquí sus descendientes se multiplicaron hasta la quinta

generación. Se hizo muy famoso por su piedad y sabiduría y fue llamado amigo de Dios. Sarai, su esposa, siendo estéril, le da a Agar, su sierva egipcia, a Abram, y en 1910 a. C. nace Ismael (Gen. 16, 12). Dios hace un pacto con Abram, cambia su nombre por el de Abraham, instituye la circuncisión y promete a Isaac por medio de Sarai, a quien llama Sara. En cumplimiento de la promesa divina, nace Isaac en 1896 a. C., en la extrema vejez de sus dos padres, Abraham con cien años y Sara con noventa. En 1859 a. C., Sara muere y cinco años más tarde Abraham se casa con Cetura, con quien tuvo seis hijos. Abraham muere en 1821 a. C., a la edad de 175 años. Sus hijos Isaac e Ismael lo entierran en la cueva de Macpela en el campo de Efrón, que está antes de Mamre (o Hebrón) (Gen. 25. 9, 10).

Isaac a la edad de cuarenta años se casa con Rebeca, su pariente, que le dio hijos gemelos, Esaú (o Edom) y Jacob (llamado después Israel). Nacieron en 1836 a. C., pero el lugar de su nacimiento no se puede determinar a partir de la narración del Génesis xxv., excepto que fue en el Néguev o «País del Sur» de la tierra de Canaán. Esaú era el primogénito y el favorito de su padre, pero Jacob, en su temprana edad, con la ayuda de su madre, obtuvo la primogenitura (Gén. 27), y por temor a la ira de Esaú fue enviado por sus padres a su tío Labán en Harrán, en Mesopotamia, donde se casó con sus primas Lea y Raquel, y residió veinte años, haciéndose rico. Jacobo regresa entonces a Canaán con su familia y sus riquezas. Al llegar

cerca de su casa, se encuentra con su hermano Esaú y en una conversación personal bastante dramática se reconcilian (Gen. 33), Isaac muere en Hebrón en 1716 a. C., a la edad de 180 años y es enterrado en la cueva de Macpela con su padre.

José era el undécimo de los doce hijos de Jacob y nació en Harrán, en Mesopotamia, alrededor de 1745 a. C. Era el hijo favorito de su padre y era envidiado por sus hermanos por ello.

Su enemistad se vio aún más exacerbada por dos «sueños en los que se presagiaba su futura grandeza y esto les llevó a venderlo como esclavo a algunos comerciantes, por los que fue llevado a Egipto, y vendido a un oficial del rey.

Los comerciantes madianitas eran una antigua raza árabe, los descendientes de Madián, el cuarto de los seis hijos de Abraham por Cetura. Parece que vivían principalmente al sur de Moab y cubrían un territorio que se extendía hasta la vecindad del monte Sinaí. José adquirió la confianza de su amo, quien lo puso como supervisor de todas sus propiedades pero, habiendo repelido las propuestas deshonrosas que le hizo su amante, ella lo acusó falsamente a su esposo y lo condenó a la cárcel. Aquí interpretó los sueños de dos de sus compañeros de prisión, el panadero jefe y el mayordomo jefe del faraón y cuando sus predicciones fueron cumplidas fue convocado por el Faraón, a instancias del mayordomo, para interpretar dos sueños que presagiaban siete años de prosperidad seguidos de siete de hambruna. El rey quedó tan impresionado por la sabiduría del

consejo dado por el joven hebreo que adoptó todas sus sugerencias para hacer preparativos para el tiempo de hambruna y lo nombró gobernante de toda la tierra. Las medidas tomadas por José como visir o virrey resultaron muy ventajosas para el rey y su pueblo asegurando una abundante provisión para el tiempo de hambre. Esta calamidad se extendió también a los países limítrofes y llevó a Jacob a enviar a sus hijos a los graneros egipcios para comprar maíz y allí los hermanos fueron llevados cara a cara con José, quien reconoció a sus hermanos y, después de una serie de estratagemas (Gen. 42), mediante las cuales les recordaba y castigaba por su crimen, toda la familia, a petición suya, fue llevada y establecida en la «tierra de Goshen», o Ramsés, como la llamaban los egipcios. (Esto fue alrededor de 1706 A.C.) Aquí crecieron y se multiplicaron durante casi doscientos quince años. José se casó con una hija del sumo sacerdote de On (Heliópolis), y tuvo dos hijos, Manasés y Efraín, que se convirtieron en los progenitores de las tribus que llevaban esos nombres, las más poderosas del futuro reino de Israel. José conservó su autoridad hasta su muerte, que ocurrió en 1635 a. C. Su cuerpo fue embalsamado y en el momento del Éxodo fue llevado a Palestina y enterrado en Siquem, donde todavía se muestra su tumba.

Jacob murió en Egipto en 1689 a. C., a la edad de 147 años; su cuerpo fue embalsamado y enterrado entre todos los honores posibles en el lugar de sepultura de Abraham, cerca de Hebrón (Gen. 1).

Durante un tiempo la creciente tribu israelí fue mantenida en honor por el gobierno y el pueblo; pero más tarde la clase dirigente comenzó a mirar con recelo a los extranjeros y luego a oprimirlos. Se pusieron a trabajar en la construcción y la excavación. Fueron golpeados por los capataces hasta que estallaron en la insurrección.

Con el paso del tiempo, los privilegios religiosos complicaron e intensificaron la rebelión. En el año 1573 A. C., el faraón ordena que todos los hijos varones de los hebreos sean ahogados. Dos años más tarde, Jocabed, la esposa de Amram, un levita, logró ocultar a su hijo de tres meses, pero cuando ya no pudo esconderlo, lo puso en una cesta y colocó la cesta entre los juncos del Nilo, y puso a su hermana, Miriam, a vigilarlo desde lejos; Finalmente, la hija del rey encontró al niño y, sorprendida por su belleza, decidió adoptarlo y envió a Miriam a buscar una enfermera hebrea, quien concibió la idea de conseguir a su madre, y así Jocabed se convirtió en la enfermera de su propio hijo. Según el Ex. 10, 10, el niño fue adoptado por la hija del rey, que «le puso por nombre Moisés, y dijo: Porque lo saqué del agua». Y según Hechos 7, 22, fue iniciado en toda la sabiduría secreta del sacerdocio egipcio; pero la Biblia no nos dice nada de su juventud desde su adopción por la princesa hasta el día en que mató a un supervisor egipcio por su trato bárbaro a un esclavo judío.

Esto fue en el año 1531 a. C. Luego se vio obligado a huir de Egipto y vivió muchos años en

la tierra de los madianitas, con el sacerdote Jetro, con cuya hija se casó y cuyos rebaños cuidó. En 1491 a. C. fue llamado, según el Éxodo 3, y los Hechos 7, 30-34, del desierto del monte Sinaí, donde cuidaba los rebaños de su suegro, para liberar a sus hermanos de la esclavitud en la que vivían. Regresó a Egipto, pero al principio fue recibido por sus compatriotas con sospecha y por los egipcios con desprecio. Sin embargo, Moisés apareció como líder de su pueblo y exigió, en una conversación personal con el rey en Tánis, el privilegio de dirigirlos a una marcha de tres días por el desierto. Pero el faraón respondió acusando a los hebreos de querer escapar de sus tareas bajo un pretexto de piedad. Con lo cual Moisés, por medio de señales y maravillas hechas en la propia casa y el reino del rey, humilló al monarca y lo obligó a «dejar ir al pueblo» (Ex. 13).

Después de algunos retrasos los israelitas partieron a lo largo de las orillas del canal, tocando los principales pueblos hebreos y reuniendo a su población a medida que avanzaban. La ruta entonces se extendía a través del Uadi Tumilat (valle) y llegaba hasta el Golfo de Suez, donde llegaron, unos pocos kilómetros al sur de la actual ciudad homónima. Aquí los fugitivos fueron acorralados por las fuerzas del faraón que habían sido enviadas tras la retirada del ejército. En este punto del golfo hay una zona poco profunda, que se extiende de orilla a orilla, casi vadeable con la marea baja. «Moisés extendió su mano sobre el mar; y el Señor hizo retroceder el mar por un fuerte

viento del este toda aquella noche, e hizo que el mar se secara y las aguas se dividieran». Sobre esto las huestes de los hebreos, contando, según se dice, 603.000 hombres en edad de ser soldados, o más de 2.000.000 en total, cruzaron al otro lado con seguridad, mientras que los egipcios en su persecución se ahogaron, ya que las aguas volvieron a su lugar, mientras que los jinetes y carros del faraón, con las ruedas atascadas en el fango, se hundían presas del pánico.

Los israelitas no tardaron en escapar de los egipcios y fueron atacados en Refidim por los amalecitas, de los que se dice que los vencieron por abrumadora mayoría (Éx. xvii.). Los amalecitas eran un pueblo nómada y belicoso, de cuyos antepasados no hay constancia pero, en la época del Éxodo, ocuparon el desierto entre Egipto y Palestina. Vivían generalmente en grupos migratorios, en cuevas o en tiendas, como los bereberes árabes de hoy en día. Tras la derrota de los amalecitas, Moisés condujo al pueblo al monte Sinaí, que está situado entre el Mar Rojo o los golfos de Suez y Akaba, y es el lugar donde se dio la ley de Jehová y se instituyó la economía judía. El tabernáculo judío y el arca de la alianza fueron construidos aquí en el año 1490 a. C. por Aholiab y Bezaleel, bajo las instrucciones inmediatas de Moisés. Las tribus fueron numeradas según sus familias por la casa de sus padres, que eran descendientes de Abraham o de los doce hijos de Jacob. Los doce hijos eran Rubén, Simeón, Leví, Judá, Zabulón, Isacar, Dan, Gad, Aser, Neftalí,

José y Benjamín. Los levitas fueron apartados para tener jurisdicción exclusiva sobre el culto nacional y como no debían heredar tierras, los dos hijos de José, Efraín y Manasés, fueron elegidos como representantes de su padre y se convirtieron en progenitores en las doce tribus de Israel. La tribu de Leví recibió, en lugar de una provincia, cuarenta y ocho ciudades diseminadas por toda Canaán y la décima parte de los frutos del campo y se les permitió en general asentarse en toda la tierra que eligieron. Aarón, que era hermano de Moisés, de la tribu de los levitas, se convirtió en el primer sumo sacerdote. Moisés ordenó que se guardaran doce varas en el Lugar Santísimo del tabernáculo, una por cada tribu; el nombre de Aarón en una vara para representar a la tribu de Leví y Moisés dijo: «La vara del hombre que yo elija florecerá». Al día siguiente estas varas fueron sacadas y exhibidas al pueblo, y mientras que el resto permaneció seco y marchito, solo la de Aarón brotó y floreció y dio fruto (Núm. xvii.). Filón el Judío dice que «Moisés fue instruido por los sacerdotes egipcios en la filosofía de los símbolos y jeroglíficos así como en los misterios de los animales sagrados». El historiador sagrado nos dice que fue «instruido en toda la sabiduría de los egipcios»; y Manetón y otros escritores tradicionales nos dicen que fue educado en Heliópolis como sacerdote y que allí se le enseñó todo lo conocido de literatura y ciencia, como era costumbre impartir al sacerdocio de Egipto. No es extraño que, cuando comenzó en el desierto a establecer su nueva religión, diera un uso

sagrado a los símbolos cuyo significado había aprendido en su educación eclesiástica a orillas del Nilo.



Exodus of Israel

ÉXODO DE ISRAEL

El tabernáculo en sí era, según Josefo, de cuarenta y cinco pies de largo por quince de ancho, siendo su mayor longitud de este a oeste. Los lados tenían 15 pies de altura y tenía un techo inclinado. No había lugar de entrada excepto en el extremo este, que estaba cubierto por cortinas. Estaba dividido en dos salas por una cortina ricamente decorada. Había suspendidas, para cubrir los lados y la parte superior del tabernáculo, cuatro cortinas; la primera o cortina interior estaba compuesta de lino fino, magníficamente bordado, con figuras de querubines, en tonos de azul, púrpura y escarlata; esto formaba el techo «Hermoso». Las otras cubiertas o cortinas eran de pelo de cabra y las pieles de carneros y otros animales de color rojo. Los dos lados y el extremo occidental estaban formados por tablas de madera de acacia, recubiertas con finas placas de oro, y fijadas en bastidores sólidos o jarrones de plata. Estaba rodeada por un patio cuyas paredes estaban hechas de lino fino trenzado, sujeto a pilares atados con bandas de plata y fijados en bastidores de metal. La longitud del patio era de 150 pies, su anchura de 75 pies y su altura de 7 1/2 pies. El tabernáculo en toda su estructura estaba dispuesto para su transporte y montaje según necesidad; pero sin embargo, en tamaño, en belleza y en lo costoso del material, era una magnífica estructura para el desierto. Este tabernáculo era llevado por los israelitas en todas sus andanzas.

Durante su marcha por el desierto las doce tribus tenían entre ellas cuatro estandartes principales, a los que se hace referencia en el Libro de los Números, capítulo 2: «Cada hombre de los hijos de Israel acampará con su propio estandarte».



High Priest of Israel

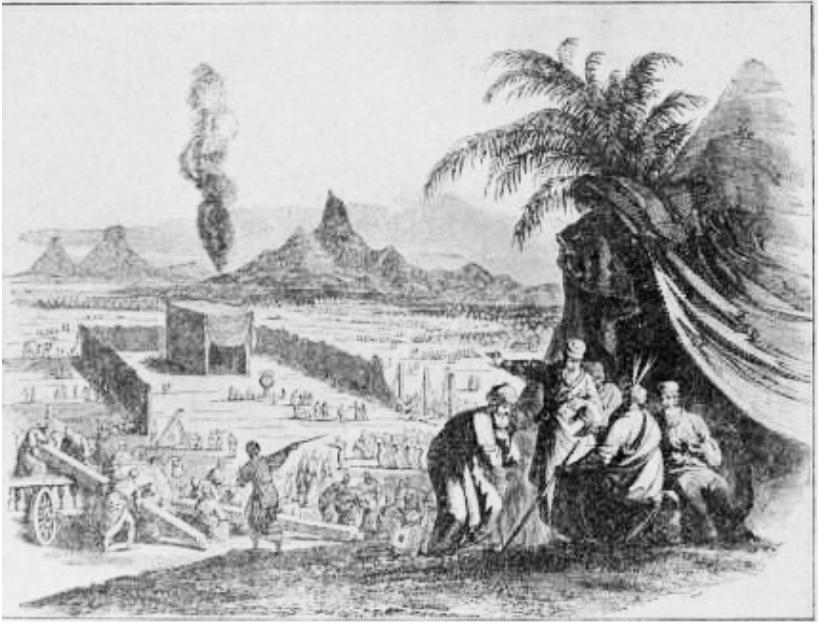
GRAN SACERDOTE DE ISRAEL

Pero en cuanto a cuáles eran estas banderas o cuáles eran sus diversos colores la Biblia no dice nada.

Al genio inventivo de los talmudistas se le debe todo lo que sabemos o profesamos saber sobre este tema. Dondequiera que los israelitas se detuvieron, acamparon con tres tribus a cada lado del tabernáculo. Las tribus de Judá, Isacar y Zabulón en el lado este bajo la bandera de Judá; Rubén, Simeón y Gad en el lado sur bajo la bandera de Rubén; Efraín, Manasés y Benjamín en el lado oeste bajo la bandera de Efraín; Dan, Aser y Neftalí en el lado norte bajo la bandera de Dan; los levitas en medio del campamento.

El Arca de la Alianza era un cofre en el que se guardaban las dos tablas de piedra en las que estaban grabados los Diez Mandamientos. También contenía una jarra de oro con maná, la vara de Aarón y las tablas de la alianza. Siempre se depositaba en el lugar más sagrado del tabernáculo. Estaba hecha de madera de acacia, recubierta por dentro y por fuera con oro puro. Medía unos tres pies y nueve pulgadas de largo, dos pies y tres pulgadas de ancho y tenía la misma extensión en profundidad. Tenía a los lados dos anillos de oro a través de los cuales se colocaban duelas de madera de cactus, recubiertas de oro por las que, cuando era necesario, era llevada por los levitas. Su cubierta era de oro puro, sobre la que se colocaban dos figuras llamadas querubines con las alas extendidas (Ex. 25). La tapa del arca se llamaba

Kaphiret, de Kaphar, «para perdonar el pecado», y de ahí el nombre inglés de «mercy-seat», por ser el lugar donde se hacía la intercesión por el pecado.



The Tabernacle

EL TABERNÁCULO

La vara de Aarón se hizo sagrada y se llevó en el arca por la forma en que la tribu de levitas fue elegida para ser investida con el sacerdocio. La vasija de maná se colocó en el arca de la alianza para conmemorar el pan celestial, por el cual los israelitas eran sostenidos en el desierto; y se considera como un símbolo de vida, no el transitorio, sino el duradero de un mundo futuro.

Habiendo retomado su marcha y llegando al desierto de Paran, Moisés envió doce hombres escogidos, uno de cada tribu, para examinar la tierra de Canaán, quienes, después de cuarenta días, regresaron a Cadés Barnea, una ciudad en la frontera sureste de Palestina y trajeron un mal informe del terreno. Caleb y Josué, que estaban entre los que se ocupaban del avance en función del terreno, dijeron a los hijos de Israel: «Subamos enseguida y poseámosla, porque estamos en condiciones de vencer». «Si Jehová se complace con nosotros, nos traerá a esta tierra y nos dará una tierra en la que fluyan leche y miel»; pero el pueblo murmura y se rebela y Dios jura en su ira que ninguno de los instigadores de la rebelión entrará en la tierra prometida, sino que terminará consumido en el desierto, donde están condenados a vagar cuarenta años. El pueblo, sin embargo, resuelve entrar en Canaán en contra de la voluntad de Dios, pero esta vez es repelido por los amalecitas (Números 13, 14). Moisés entonces en su avance del Sinaí a Canaán, una marcha por el desierto de estación en estación a través de un período de cuarenta años, llega con su pueblo cerca

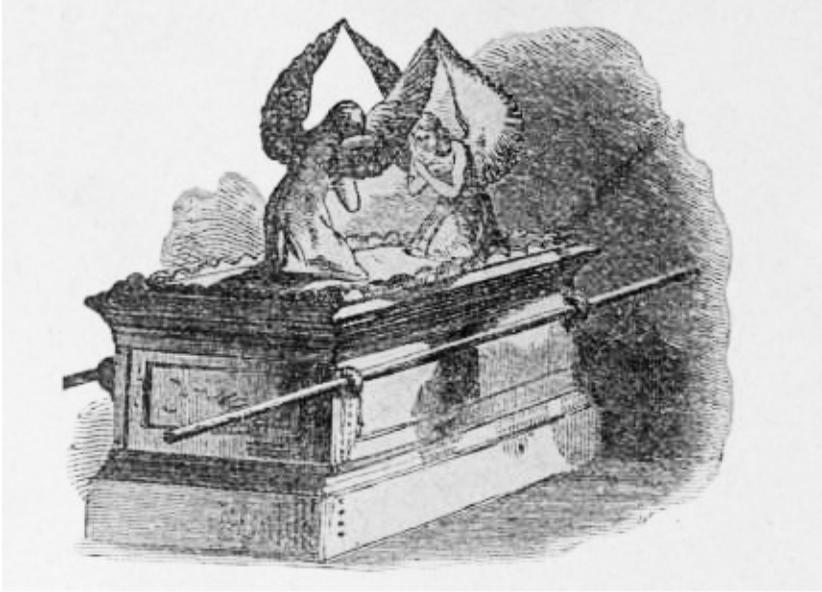
de la frontera de Palestina en el desierto de Zin y desde allí busca el paso a través de la tierra de los edomitas (descendientes de Esaú, el hermano gemelo de Jacob), pero es rechazado en el intento. Entonces los israelitas se alejan, evitando incluso a los moabitas y a los amonitas (descendientes de Lot por sus dos hijas), pero proceden con valentía contra los reyes de los amorreos, Sehón, que reinaba en Hesbón, y Og, en Basán. Estos dos caciques vivían al este del Jordán y eran descendientes de Canaán, un antiguo patriarca, hijo de Jam y antepasado de los cananeos. Fueron desposeídos de sus tierras que fueron otorgadas a las tribus de Rubén y Gad y a media tribu de Manasés (Números 32). Aarón murió en el monte Hor, en Edom, Arabia, en el cuadragésimo año después de dejar Egipto, a la edad de unos 123 años, y fue sucedido en el sacerdocio por su hijo Eleazer. Poco después, en el año 1451 a. C., Moisés murió en el monte Nebo, uno de los montes de Abarim, que está en la tierra de Moab, frente a Jericó, a la edad de 120 años y fue sucedido en el poder por Josué, de la tribu de Efraín. Josué demostró ser un general capaz y decidido. Dirigió a las tribus de Israel a través del Jordán hacia Canaán, o la Tierra Santa y tras esto comenzó una guerra de exterminio contra los nativos. Todos fueron exterminados excepto los gabaonitas, que aseguraron su seguridad mediante una estratagema (Josué 40), y se convirtieron en una clase dependiente o servil entre los hebreos. El tabernáculo se estableció en Silo en 1444 a. de C. y

el resto de la tierra de Palestina se dividió, haciendo en total doce estados confederados según las tribus (Josué, 32). Josué murió en el año 1443 a. C.

Luego siguieron una serie de jueces como gobernantes durante casi 350 años.

En el año 1116 a. C., justo antes de la batalla de los israelitas y los filisteos en Ebenezer, cerca de Silo, el Arca fue llevada desde Silo al campamento de los israelitas para inspirarles más valor y confianza, pero los filisteos los vencieron, capturaron el Arca y la llevaron primero a Asdod, luego a Gat y de allí a Ecrón. En el año 1115 a. C. fue devuelta por los filisteos desde Ecrón a los israelitas en Quiriath-Jearim, una ciudad de los gabaonitas situada a unos nueve kilómetros al noroeste de Jerusalén, y allí situada en la casa de Abinadab, un levita, donde permaneció durante setenta años antes de ser trasladada a Jerusalén (I Sam. 4, 6).

El tabernáculo fue llevado de Silo a Gibeón, pero se desconoce la hora exacta de su traslado. En I. Cron. 21. 29, se afirma que el tabernáculo de Moisés todavía estaba en Gabaón (1017 a. C.). De nuevo, en II. Cron. 1, 3-13, se indica que el tabernáculo aún permanecía en Gabaón y que Salomón se desplazó hasta allí. Esta es la última mención que se hace de él.



Ark of the Covenant

ARCA DE LA ALIANZA

HISTORIA JUDÍA

La primera historia judía se extiende desde la época de la conquista de Canaán, 1445 a. C., hasta el establecimiento de la monarquía bajo Saúl, 1095 a. C., Durante este período Israel fue gobernado en nombre de Jehová por jueces que eran los gobernantes, jefes o líderes de Israel (una teocracia). Antes de la conquista, Moisés había sido su legislador y líder. Después de él, Josué, el general, dio al pueblo paz mediante la guerra. Y después de la conquista surgieron una serie de gobernantes conocidos como jueces, ya que «juzgaban a Israel». A veces, durante un intervalo, no había ningún juez. Durante dicho intervalo cada hombre era libre de hacer lo que le pareciera bien a sus ojos. Pero el ejemplo de las naciones vecinas despertó recelos. El pueblo clamaba por un rey. Bajo el impulso popular y, en contra del principio teocrático, Saúl, el hijo de Kish, de la tribu de Benjamín, fue elegido para el honor real y fue ungido rey por el profeta Samuel. Con este acontecimiento comienza el segundo período de la historia israelita.

Saúl era un guerrero. Era un hombre austero y capaz, opuesto (de manera pacífica) al sacerdocio con el que mantenía un conflicto de autoridad. Comenzó su reinado haciendo la guerra a las tribus adyacentes a las que redujo a la sumisión. Los primeros de los cuales fueron los amonitas. Luego

cayó sobre los filisteos, a los que derrotó con una gran matanza en la decisiva batalla de Michmash. Luego los moabitas, amalecitas y edomitas fueron expulsados sucesivamente más allá de las fronteras de Israel.

Mientras tanto, el espíritu intratable del rey había dado a los sacerdotes la oportunidad de incitar al descontento y un partido anti-Saúl había surgido entre el pueblo que dirigió la atención popular al joven David como el próximo gobernante de Israel. David fue uno de los personajes más notables de la historia.

Era hijo de Jesé, y nació en Belén, Judá, alrededor del 1085 a. C. Jesé era hijo de Obed y nieto de Booz y Rut. Booz era el descendiente directo de Fares, el hijo de Judá (Gen 38.; Rut 4. 13-22).



Saul Anointed

SAUL UNGIDO

En su juventud David siguió la ocupación de pastor y parece haber adquirido una gran habilidad como músico. Cuando alrededor de los 22 años de edad fue recibido en la casa de Saúl, rey de Israel, quien, según se dice, estaba atribulado con un «espíritu maligno»; David, tocando el arpa, alivió y «refrescó» a Saúl, y el «espíritu maligno se alejó de él». Al estallar la guerra con los filisteos en el año 1063 a. C. parece que fue liberado de la casa de Saúl, y regresó a casa para apacentar las ovejas de su padre en Belén. Su padre poco después lo envió al campamento del Rey Saúl con provisiones para sus hermanos. A su llegada encontró a los dos ejércitos preparados para la batalla y, mientras hablaba con sus hermanos, Goliat, el gigante filisteo, se adelantó y, por cuadragésima como otros tantos días, ofreció su desafío para un solo combate. David convenció a Saúl para que le dejara ir a su encuentro y escogió cinco piedras lisas del arroyo, las puso en una bolsa de pastoreo que tenía. Con su honda en la mano se acercó al filisteo.

Goliat vino, y «David metió la mano en su bolsa y tomó de allí una piedra, y la lanzó, e hirió al filisteo en su frente, y cayó sobre su rostro a la tierra». Por esta y otras acciones de gran valor, según la promesa del rey, recibió en matrimonio a Mical, la hija menor de Saúl. Rápidamente ganó la confianza y el amor del pueblo. Pero Saúl se sintió ofendido por las alabanzas que David recibió por sus proezas y no solo miró a su yerno con celos amargos, sino que hizo repetidos intentos para

acabar con su vida. David se vio obligado a huir y a refugiarse en el desierto de Judea, donde pronto reunió un grupo de seiscientos hombres, sobre los que ejercía un completo control.

Saúl le seguía persiguiendo con implacable hostilidad y como no quería levantar la mano contra su rey, aunque podía hacerlo, al final juzgó mejor retirarse a la tierra de los filisteos. Aquí fue generosamente recibido como enemigo de Saúl y de Israel y se le dio la ciudad de Siclag como lugar de residencia, donde él y sus hombres, con sus familias, vivieron mientras estuvieron en ese país y que ha sido «retenida por los reyes de Judá hasta el día de hoy».

En el año 1055 a. de C., mientras los ejércitos de los filisteos se reunían en Afec, ciudad de la tribu de Isacar, en el valle de Jezreel, como preparación para el ataque a los israelitas, que estaban acampados en Jezreel, los príncipes de los filisteos sospecharon de David y de sus fuerzas y se quejaron a Aquis, su rey, para que no le permitiera ir a la batalla con ellos, para que no se convirtiera en su adversario. Dijeron: «¿No es éste el David del que se cantaron en danzas, diciendo: Saúl mató a sus mil y David a sus diez mil?» Entonces Aquis, que se había hecho amigo de David, mandó llamarle y le dijo: «Has sido correcto, y tu llegada es buena a mis ojos, pues no he encontrado mal en ti desde el día de tu llegada a mí hasta hoy; sin embargo, no cuentas con el favor de los príncipes. Por tanto, regresa y vete en paz, para no desagradar a los señores de los filisteos». David y

sus hombres volvieron a la tierra de los filisteos. Cuando llegaron a Siclag, encontraron la ciudad quemada y a sus mujeres, hijos e hijas cautivos y llevados por los amalecitas. David fue en seguida en su búsqueda y pronto los alcanzó, los encontró dispersos, «comiendo y bebiendo y bailando, por todo el botín que habían tomado de la tierra de los filisteos y de la tierra de Judá». David luchó con ellos desde el crepúsculo hasta la tarde del día siguiente; y todos los que lograron escapar fueron cuatrocientos jóvenes que se alejaron en camellos. David recuperó todo lo que los amalecitas se habían llevado. A sus esposas, hijos, hijas y todo el botín que habían tomado. A su regreso a Siclag, David envió una parte del botín a los ancianos de Judá, a sus amigos en Hebrón, y a todos los lugares que él y sus hombres solían frecuentar, diciendo: «He aquí un regalo para vosotros del botín de los enemigos del Señor». (En días posteriores esto habría sido considerado como astucia política.)

El enfrentamiento entre los filisteos y los israelitas resultó en una completa victoria para los filisteos. Los israelitas huyeron al monte Gilboa, donde todos los hijos del Rey Saúl fueron asesinados excepto uno, y el propio Saúl, siendo gravemente herido, se quitó la vida al caer sobre su espada. La muerte de Saúl abrió el camino para David al trono prometido.

Fue elegido a la vez rey de la tribu de Judá, reinando en Hebrón durante siete años, mientras que Ishbosheth. El único hijo que le quedaba a Saúl fue reconocido como rey de Israel y como uno

de los grandes poderes en el lado este del Jordán. Durante dos años fue obedecido por todas las tribus excepto Judá. En el año 1048 a. de C., Ishbosheth fue asesinado y David se convirtió en rey de todo Israel (1 Samuel 16; 2 Samuel 1-5)

Uno de los primeros actos de su reinado fue la conquista de Jerusalén, la ciudad principal de los jebuseos, que eran descendientes de Canaán y ocupaban la parte de la tierra de Canaán (Palestina) situada al sur del centro del país, a unas treinta y siete millas del Mediterráneo y a unas veinticuatro millas del río Jordán; un terreno elevado sobre el que descansa la ciudad de Jerusalén, a la que llamaban Jebus. Las viejas tradiciones tanto de judíos como de cristianos la conectan con Salem, de la que Melquisedec era rey (Génesis 14). Los jebuseos parecen haber sido territorialmente una de las naciones cananeas más pequeñas, pero desde su posición una de las más fuertes.

En la conquista de Canaán, su rey, Adonisedec, fue asesinado por Josué en la Meca, después de la batalla de Beth-Horon (Josué 10). Después de la muerte de Josué (1443 a. C.) los israelitas obtuvieron la posesión de la ciudad, que luego habitaron conjuntamente con los «jebuseos» durante casi 400 años.

Cuando David se convirtió en rey (1055 a. C.) expulsó a este último y lo convirtió en la capital de su reino, bajo el nombre de Jerusalén o Jerusalem, donde reinó durante treinta y tres años. En 1045 a. C. el Arca de la Alianza, que se encontraba en Quiriat-Jearim fue llevada, bajo las instrucciones

del rey David, a Jerusalén, donde fue colocada en un tabernáculo temporal erigido para su uso. Aquí los sacerdotes realizaban su servicio diario hasta que Salomón erigió el templo, entonces el tabernáculo temporal o davídico se conservó como una reliquia. Tanto el antiguo, o sinaítico, como el davídico se perdieron en el tiempo y sin duda se convirtieron en víctimas del descuido y la influencia corrosiva del tiempo o se quemaron. David murió en el año 1015 A.C., habiendo reinado cuarenta años y fue con mucho el más grande monarca que jamás se haya sentado en el trono de Israel. Salomón, quien lo sucedió en el trono, fue el hijo de David con Betsabé, cuyo marido, Urías, halló una vil muerte ordenada por David (2 Samuel 11, 12).

EL TEMPLO DEL REY SALOMÓN

Fue el Rey David quien primero propuso sustituir el tabernáculo nómada por un lugar de culto permanente para su pueblo. Para ello compró en el monte Moria una de las colinas que se conocía como el monte Sión y que era propiedad de Omán, el jebuseo.. Pero, aunque el rey David había diseñado el templo y adquirido todos los medios necesarios, e incluso recogió muchos de los materiales, no se le permitió comenzar la construcción, y la ejecución de la tarea se dejó a su hijo y sucesor, Salomón. Así pues, aquel monarca puso los cimientos del edificio en el cuarto año de su reinado, 1012 a. C.; y con la ayuda de su amigo y aliado, Hiram, rey de Tiro, lo terminó en unos siete años y medio, dedicándolo al servicio del Altísimo en el año 1004 a. C. Este fue el año del mundo 3000, según la cronología hebrea; y aunque ha habido mucha diferencia entre los cronólogos en relación a la fecha precisa, esta es la que ha sido generalmente aceptada y por lo tanto es adoptada por los masones en sus cálculos de las diferentes épocas.

«Cuando Salomón estaba a punto de construir el Templo (2 Cron 1, 10) llamó a Hiram, rey de Tiro, para que le proporcionara un suministro de madera.

El rey de Tiro no solo le suministró la madera, que fue cortada en el bosque del Líbano y enviada por mar a Jope, a una distancia de más de cien millas, y de allí llevada por tierra a unas cuarenta millas a Jerusalén, sino que también le envió a un hombre llamado Hiram Abiff, el arquitecto más consumado que se conocía entonces en el país.

Tiro y Sidón eran las principales ciudades de los fenicios. Tiro distaba de Jerusalén unas ciento veinte millas por mar y treinta millas por tierra. Sidón estaba bajo el gobierno de Tiro, situada a 20 millas al norte de Tiro en los bosques del Líbano. Era un lugar de considerable importancia incluso en la época de Josué (1451 a. C.), que sucedió a Moisés y que habló de ella como «la gran Sidón». Por lo tanto, es evidente que la civilización de los fenicios era muy avanzada cuando los israelitas llegaron a la Tierra Prometida. Para que no surgiera ninguna confusión, debido al gran número de empleados, el rey Salomón seleccionó a las mentes más brillantes, religiosos y celosos de la obra sagrada, como maestros para supervisar a los obreros; y para los supervisores de la obra seleccionó a hombres hábiles en geometría y proporción, que habían sido iniciados en el aprendizaje místico de los antiguos sabios. Numeró y clasificó a todos los artesanos, ya fueran nativos o extranjeros.

Al terminar el templo, el Arca de la Alianza fue depositada por Salomón en el *Sanctum Sanctorum*, o Santo de los Santos, del templo. Se perdió al ser destruido definitivamente por los caldeos en el año

588 a. C. El primer templo de los judíos fue llamado el palacio o la casa de Jehová para indicar su esplendor y magnificencia y estaba destinado a ser la morada perpetua del Señor. Era una de las estructuras más magníficas del mundo antiguo. Estaba rodeada de amplios patios y toda la estructura ocupaba al menos media milla de circunferencia. Estaba rodeada por un muro de gran altura, que superaba en la parte más baja los cuatrocientos cincuenta pies, construido totalmente de mármol blanco. El cuerpo del templo tenía un tamaño mucho menor que el de muchas iglesias parroquiales modernas, ya que su longitud no era más que de noventa pies. Sus cortes exteriores, sus numerosas terrazas y la magnificencia de sus decoraciones exteriores e interiores, junto con su posición elevada sobre las viviendas que la rodeaban, produjeron ese esplendor que atrajo la admiración de todos los que la contemplaban. Tal era su majestuosidad que la reina de Saba, cuando lo divisó por primera vez, exclamó con admiración: «¡Un excelentísimo maestro debe haber hecho esto!».

Las doce tribus de Israel se ocuparon de su construcción y para su levantamiento David había recaudado el equivalente a más de cuatro mil millones de dólares. 184.600 hombres se dedicaron unos siete años y medio a construirla; una vez finalizado fue bendecido por Salomón con una oración solemne, y siete días de ayuno, durante los cuales se hizo una ofrenda pacífica de veinte mil

bueyes y seis veces ese número de ovejas, para consumirlas el fuego santo bajó del cielo.

LA EXPLORACIÓN DE JERUSALÉN

Las recientes exploraciones de Jerusalén por una asociación conocida como «The survey of Western Palestine-Jerusalem» de Inglaterra, con el Capitán Charles Warren a cargo, han hecho muchos descubrimientos que van a corroborar el testimonio de Josefo y de los escritores de la historia anterior de la Ciudad Santa.

La actual ciudad de Jerusalén se encuentra, por así decirlo, sobre un montón de polvo y basura, bajo el cual está la Jerusalén de la Biblia. El hecho de que la antigua Jerusalén haya sido capturada diecisiete veces y que más de una vez haya sido nivelada al suelo, sus espléndidos edificios convertidos en montones de polvo y ruinas, no es suficiente para explicar esta singular situación, sino que la piedra de la que están construidas las casas y paseos de Jerusalén es fácilmente erosionable y se deshace rápidamente, tan rápidamente que bastan unos pocos siglos para reducir varias edificaciones a una masa informe. Esto, por supuesto, produce nueva tierra pulverizada, la tierra que ha enterrado a cincuenta, setenta y cinco y hasta cien pies de profundidad, la Jerusalén del período de nuestro Salvador. El llamado «mármol de Jerusalén», extraído de la inmensa cantera que subyace en gran parte del barrio nororiental de la ciudad y que ha

sido excavado durante los últimos tres mil años expresamente para materiales de construcción, es tan blando cuando sale de la cantera que casi puede ser aplastado entre los dedos.

No es más firme que un terrón de azúcar. Es cierto que se endurece y con el tiempo se convierte en un material adecuado para la construcción; pero si alguien se sorprende al encontrar la ciudad de Jerusalén sobre una pila de piedra caliza desintegrada, de cincuenta pies de espesor, como seguramente lo hace, solo tiene que visitar esa enorme cantera, de un cuarto de milla de profundidad, para descubrir de dónde vino el material originalmente.

Esta explicación permitirá al lector entender lo que significa explorar Jerusalén. Es simplemente ir al fondo de ese enorme montón de polvo y cenizas, y dejar entrar la luz en las calles y cimientos sobre los que brilló hace dos mil años. A este respecto hay una analogía muy exacta entre la exploración de Jerusalén y la de Pompeya. Sobre esta última ciudad la masa superpuesta es de restos, lava y cenizas volcánicas; en la primera las acumulaciones son de piedra caliza pulverizada, añadida, por supuesto, a los restos de la ciudad, fragmentos de cerámica, huesos, etc. No es baladí afirmar que la Jerusalén actual se sobrepone a muchas Jerusalén que se han convertido en polvo, en los siglos transcurridos desde que los jebuseos establecieron su ciudadela en el monte Sión, antes de la época de Abraham y que la pala del explorador debe pasar por estas tumbas de

ciudades una por una para encontrar los restos que busca. Estas observaciones son igualmente aplicables a los antiguos sitios de Tiro, Sidón, Gebal, etc.

LA FUNDACIÓN DEL TEMPLO

Es difícil comprender que, aunque el templo de Salomón ha desaparecido completamente de la tierra de modo que no se puede reconocer ni una parte o fragmento, sus cimientos permanecen. Con este término no se refiere a los muros sobre los que se construyó el templo (comparándolo con un edificio ordinario), sino a la plataforma, la colina, el montículo erigido artificialmente para servir de base a la estructura sublime.

La colina del Antiguo Testamento y más recientemente el monte Moria, era, por naturaleza, una cresta estrecha, nudosa y retorcida, surcada por barrancos y cañadas, con abundantes cuevas y simas, y en ningún sentido adecuado para ser utilizada como base de un gran templo. El área de la cima se amplió con muros de 100 a 150 pies por debajo del área en la que se encontraban los edificios del templo. Cien pies más abajo se encontraba el lecho original del arroyo Kedron. Los cimientos del templo por lo tanto estaban a 250 pies por encima de los profundos desfiladeros de alrededor. Esta área, originalmente construida por Salomón y ampliada por Herodes, todavía existe, corriendo al sur a lo largo del valle de Hinnom y a lo largo del Kedron. Transformar esta antiestética y circunscrita cresta en una sólida,

amplia, alta y duradera plataforma fue un problema de tal magnitud que habría resultado más sencillo hacer una plataforma totalmente artificial.

Ahora, cuando describimos los cimientos del templo del rey Salomón que se conservan, aludimos a esta estupenda base, la plataforma de treinta y seis acres y medio, construida de manera tal que ni el tiempo, ni la devastación de las guerras, ni el poderoso soplo de los terremotos, han tenido el poder de destruirla. Tan grandes son las piedras con las que se construyen los muros exteriores, tan milimétricamente se colocan juntas en relación unas con otras, y tan firmemente afianzadas en sus bordes interiores y en sus puntos de unión con la roca nativa, que se puede decir con seguridad que ningún poder que puedan aplicar las manos humanas las eliminará jamás, ni ninguna fuerza titánica las moverá.

Sobre y a lo largo de los muros exteriores de este recinto o cimiento se construyeron los pórticos o paseos cubiertos, sobre los cuales había galerías o salas, sostenidas por pilares de mármol blanco, que daban al arroyo Kēdron y al valle de Hinnom. Eran estructuras magníficas se asemejaban a las naves y pasillos de las catedrales góticas. Pero estos eran solo los edificios exteriores del área del templo.

Los pórticos se abrían hacia dentro sobre un patio pavimentado. Era el patio exterior, el más grande de todos los patios pertenecientes al templo. Rodeaba por completo el propio templo.

Desde el patio de los sacerdotes doce escalones ascendían al templo, estrictamente llamado así, que

estaba dividido en tres partes, el pórtico, el santuario y el Santo de los Santos. A la entrada del pórtico del templo había una puerta hecha enteramente de latón, el metal más precioso conocido por los antiguos. Junto a esta puerta y justo debajo del pórtico había dos pilares. Jachin y Boaz.

Estos pilares tenían 27 pies de altura y 6 pies de diámetro. El grosor del latón de cada pilar era de tres pulgadas. El que estaba en la derecha (o sur) se llamaba Jachin, y el otro a la izquierda (o norte) se llamaba Boaz.

Se ha supuesto que Salomón, al erigir estas columnas, se refirió a la columna de humo y a la columna de fuego, que iban delante de los israelitas en su viaje por el desierto, y que la columna derecha o sur representaba la columna de humo y la columna izquierda o norte representaba la de fuego. Salomón no las erigió simplemente como adornos del templo, sino como memorias de las repetidas promesas de Dios de apoyo a su pueblo de Israel.

Porque la columna (Jachin), derivada de las palabras hebreas (*Jah*), «Jehová» y (*achin*), «establecer», significa que «Dios establecerá su casa de Israel»; mientras que la columna (Boaz), compuesta de (*b*), «en» y (*oaz*), «fuerza», significa que «en fuerza será establecida». Y así los judíos, al pasar por el pórtico del templo, recordaban diariamente las promesas de Dios así como su protección y gratitud por sus muchos actos de bondad hacia su pueblo elegido. Si este

simbolismo es correcto, los pilares del pórtico, como los del desierto, se referirían al poder superintendente y protector de la Deidad. (Calcott, Cand. Disg., 66.)

Desde el pórtico se entra en el santuario, que, en lugar de puertas, estaba flanqueado con un magnífico velo de muchos colores, que representaba místicamente el universo. En el santuario se colocaban los distintos utensilios necesarios para el culto diario. El Santo de los Santos, o cámara interior, estaba separado del santuario por puertas de olivo, ricamente esculpidas e incrustadas con oro y cubiertas con velos de azul, púrpura, escarlata y el más fino lino. Al lugar más sagrado solo podía entrar el sumo sacerdote una vez al año, el día de la expiación.

La vista de el monte Moria desde la cima del monte de los Olivos de la ciudad, debió haber sido una vista que, por su belleza y grandeza arquitectónica, quizás, nunca ha sido igualada. Era una montaña artificial sobre profundos barrancos de entre 500 y 600 pies de altura.

El distinguido arquitecto James Fergusson escribe: «El triple templo de Jerusalén, el patio inferior que se alza en sus magníficas terrazas, el patio interior que se eleva en su plataforma central y el templo mismo que se eleva por encima del grupo y corona el conjunto, debe haber formado, cuando se combina con la belleza de la situación, una de las combinaciones arquitectónicas más espléndidas del mundo antiguo».

Josefo escribió: «Si alguien mirara desde lo alto de las almenas se marearía, mientras que su vista no podría abarcar una profundidad tan inmensa.»

Esto pasó por una exageración hasta que las recientes exploraciones reivindicaron la declaración.

Crowley (en Salathiel) describe la montaña y su glorioso ocupante (el templo de Herodes), el año de su destrucción, el año 70 d.C., que era similar en estructura al Templo de Salomón, de la siguiente manera : «Veó el patio de los Gentiles rodeando todo el conjunto, una fortaleza del más puro mármol, con su muro que se eleva a seiscientos pies del valle; su entrada real, digna de la fama de Salomón: sus innumerables y majestuosos edificios para los sacerdotes y oficiales del templo, y sobre ellos, brillando como una sucesión de arcos celestiales, esos pórticos y columnatas de alabastro en los que los jefes y sabios de Jerusalén se sentaban enseñando al pueblo, o caminaban, respirando el aire, y contemplando la grandeza de un paisaje que cubría las montañas. Veo, elevándose por encima de este, el patio de las mujeres judías, separado por sus pilares y su pared ricamente esculpida; por encima de esto el patio separado de los hombres; aún más alto, el patio de los sacerdotes; y más alto aún, el esplendor supremo de todo el templo central, el lugar del santuario y del Santo de los Santos, cubierto con planchas de oro, su techo plantado con altas puntas de oro, los mármoles y metales más preciosos por todas partes relampagueando en

el día, hasta que el Monte Moria se erigió a la vista del extranjero que se acercaba a Jerusalén, lo que tantas veces había sido descrito por sus bardos y su gente, una montaña de nieve tachonada de joyas.»

Todos estos edificios, pórticos, columnas, pináculos, altar y templo, han perecido. «No queda una piedra sobre otra que no haya sido arrojada.» Solo queda el área y las subestructuras que durante 3.000 años han estado durmiendo. La preservación derivó en ruina. Los tan vastos edificios que se han visto desmoronar por las laderas del Moria, desfiladeros y valles sepultados hasta el punto de que han sido casi destruidos.

Lo que se ha considerado como la superficie original se ha encontrado que son escombros de 70 a 90 pies de profundidad.

Con el pico y el afán los exploradores británicos han llegado a los cimientos originales. Se han encontrado y evitado las columnas caídas, o se ha abierto un camino a través de ellas. El sello de Haggeo, en caracteres hebreos antiguos, fue recogido de los cernideros de este depósito. Se ha llegado a los primeros vestigios de piedras labradas por los constructores fenicios, que yacen junto a la roca viva.

Se ha descubierto que todo el Monte Moria está lleno de cisternas y pasadizos.

Una de las cisternas, conocida como el Gran Mar, contendría entre dos y diez millones de galones. El muro de Ofel ha quedado expuesto en la actualidad a 70 pies de altura aunque enterrado en escombros; y los restos de torres y casas han sido catalogados

como pertenecientes a la época de los reyes de Judá.

Los siete objetos que han ocupado esta cresta sagrada, a los que se dirige la atención de un masón, son:

1. El Altar de Abraham.
2. El nivel de Omán.
3. El Altar de David.
4. El Templo de Salomón.
5. El templo de Zorobabel.
6. El Templo de Herodes.

7. La mezquita de Omar. En el siglo IV, este edificio fue descrito como una edificación muy hermosa, elevada y circular, cubierta de plomo, pavimentada con mármol blanco.

El área del templo está ahora ocupada por dos mezquitas turcas, en las que, hasta hace poco, no se permitía la entrada ni a judíos ni a cristianos.

TEMPLOS ANTIGUOS

La forma egipcia de un templo fue adoptada por los judíos y con algunas modificaciones retomadas por los griegos y romanos, de donde pasó a la Europa moderna.

La orientación de un templo egipcio era generalmente de este a oeste, la entrada estaba al este.

Era un edificio cuadrangular, mucho más largo que su ancho, y estaba situado en la parte occidental de un recinto sagrado. La aproximación a través de este recinto al templo propiamente dicho era frecuentemente por una doble fila de esfinges. Frente a la entrada había un par de obeliscos altos, que recordarán al lector los dos pilares del pórtico del templo de Salomón. El templo estaba dividido en un espacioso salón, donde se reunía el gran cuerpo de adoradores. Más allá, en el extremo occidental, estaba la celda o sekos, equivalente al Santo de los Santos judíos, en la que solo entraban los sacerdotes; y en la parte más remota, detrás de una cortina, aparecía la imagen del dios sentado en su santuario o el animal sagrado que lo representaba.

Los templos griegos como los egipcios y hebreos, fueron colocados dentro de un recinto, que fue separado de la tierra profana que lo rodeaba, en un comienzo por cuerdas, pero después por muros.

El templo era generalmente cuadrangular, aunque algunos tenían forma circular. Estaba dividido en partes similares a las de los egipcios.

Los templos romanos, tras salir de su primitiva simplicidad, fueron construidos a la manera de los griegos. La idea de una separación en un lugar santo y santísimo se ha conservado en todas partes. La misma idea se mantiene en la construcción de las logias masónicas, que no son más que imitaciones, en espíritu, de los antiguos templos. El lugar más sagrado de los egipcios y los judíos estaba en el oeste, mientras que ahora está en el este.

DIVISIÓN DEL PUEBLO HEBREO

Salomón murió en el año 975 a. C. Durante su reinado consolidó, reconquistó pacíficamente, fortificó y construyó ciudades para el comercio o la protección en puntos estratégicos. Construyó embalses, acueductos, edificios únicos y diseñó «paraísos» y jardines. Muchos reyes actuaron como mecenas; riquezas incalculables de muchos países fluyeron hacia su reino. Muchos extranjeros se sentían atraídos por su esplendor y sabiduría, en particular Balkis, la reina de Saba, con su maravilloso séquito. Para satisfacer las ideas orientales de su magnificencia real, su harén creció hasta alcanzar el número de mil y, en contra de la ley de Moisés, no solo multiplicó sus esposas, sino que por medio de sus matrimonios formó alianzas con muchas naciones paganas. En su vejez, sus «extrañas» esposas le llevaron a cometer o permitir una idolatría grosera y viciosa. Estaba dotado de una sabiduría trascendente y de los más brillantes poderes mentales, sin embargo, hacia el final de su vida presentó el triste espectáculo de un común déspota oriental, voluptuoso, idolátrico, ocasionalmente incluso cruel, y su reinado no puede sino ser considerado, tanto política como financieramente, como un espléndido fracaso. Antes de su muerte Edom y Siria se rebelaron, los

celos tribales surgieron en Israel, y Jeroboam, de la tribu de Efraín, que era superintendente de las obras públicas, comenzó a tramar la división de la nación, tarea en la que se vio ayudado por la alienación del pueblo que venía a través de la intolerable opresión y los impuestos que eran necesarios para hacer frente a los enormes gastos de la corte. Por esta conspiración Jeroboam se vio obligado a huir para salvar su vida. Fue a Egipto y se puso bajo la protección de Shishak, el rey.

Tras la muerte de Salomón su pueblo se rebeló. Roboam, su hijo y sucesor, cuya madre era Naamah, una amonita, adoptó los métodos de su padre como propios, y con un aire altivo provocó imprudentemente el resentimiento que la justicia y la política le pedían que disipara.

Diez tribus, bajo la dirección de Jeroboam, que, tras la muerte de Salomón, habían regresado a Jerusalén, se separaron de su dominio y formaron la nación o reino de Israel, y se establecieron en Samaria; mientras que las dos restantes, las tribus de Tudá y Benjamín, conservaron la posesión del Templo y de Jerusalén bajo el nombre de Reino de Judá. Así, en el año 975 a. de C. se produjo la división de la nación hebrea en pueblos que mantuvieron entre sí una actitud de alejamiento y hostilidad. Al año siguiente, Jeroboam, rey de Israel, abolió el culto a Jehová y estableció el de los becerros de oro en Dan y Betel. Los sacerdotes y levitas y los israelitas piadosos dejan sus posesiones en el reino de Israel y se incorporan al reino de Judá.

El templo solo conservó su esplendor durante treinta y tres años, ya que en el año 971 a. C., Shishak, el rey de Egipto, declaró la guerra al rey de Judá, tomó Jerusalén y se llevó los más valiosos tesoros. Desde entonces hasta el período de su destrucción final, la historia del templo no es más que una historia de expoliaciones y reparaciones alternas, de profanaciones e idolatría y de subsiguientes restauraciones a la pureza del culto.

Tras la culminación del templo, habiendo terminado esa gran obra, y llenado toda Judea de templos y palacios y ciudades amuralladas, habiendo enriquecido y embellecido a Gezer, Baalah y Tadmor con los resultados de su ingenio, muchos de estos miembros de la Fraternidad de Arquitectos, se trasladaron a Grecia, Roma, España y otros países, dondequiera que sus servicios pudieran ser empleados en la construcción de edificios por los que el mundo antiguo es justamente celebrado.

Alrededor del año 721 a. C. el ejército de Salmanasar IV, rey de Asiria, invadió Samaria, hogar de los descendientes de las diez tribus sublevadas, capturó la ciudad de Samaria, la capital, y causó la caída del reino de Israel.

Oseas, su soberano, fue condenado a prisión, la mayor parte de los habitantes fueron llevados cautivos al lejano oriente, a las regiones montañosas de Media, y su lugar fue ocupado por colonos asirios traídos de Babilonia, Persia, Susa, Elam y otros lugares. Estos colonos trajeron consigo el credo y las prácticas idólatras de la

región de la que emigraron. Se mezclaron con el resto de los israelitas, se casaron entre ellos y formaron el pueblo mixto llamado Samaritanos. Los israelitas que habían sido exiliados nunca regresaron y lo que fue de ellos siempre ha sido, y presumimos que siempre será, materia de vagas especulaciones.

DE LO ANTIGUO A LO MODERNO

Pasando de este breve esbozo de la condición de la fraternidad en lo que podemos denominar propiamente la historia antigua, nos esforzaremos ahora por trazar su progreso desde ese período hasta los días más ilustrados de la arquitectura moderna, y el cultivo de las artes y las ciencias, en un orden cronológico que dará los hechos históricos más concisos, basados en documentos sustanciales, y los principales monumentos erigidos por las fraternidades operativas itinerantes o masones.

LOS *COLLEGIA* *FABRORUM*

716 años antes de la era cristiana se establecieron los *Collegia Fabrorum*. Estaban compuestos por hombres que aprendían todas las artes y oficios de la arquitectura civil, religiosa, naval e hidráulica, con sus propias leyes y jueces, leyes basadas en las de los artífices dionisiacos¹, cuyos misterios se habían extendido entre los principales pueblos de Oriente.

Numa, el gran legislador, el segundo rey de Roma, al fundar estos colegios, los hizo a la vez sociedades civiles y religiosas, otorgándoles el privilegio exclusivo de construir templos y edificios, determinando sus relaciones con el estado y el sacerdocio por las leyes generales. A su cabeza estaban los presidentes llamados maestros, supervisores o guardianes y había en cada uno de ellos un sacerdote. Los obreros se dividían en tres clases: Ancianos, o jefes de oficio, y sus oficiales y aprendices; mantenían reuniones secretas; pagaban cuotas mensuales que se acumulaban en un fondo común para sufragar a los miembros sin recursos; elegían a los candidatos por votación de los miembros y realizaban una ceremonia secreta de iniciación. Hacían un uso simbólico de las herramientas de su arte o profesión. Ningún

colegio podía estar formado por menos de tres miembros. En todos estos aspectos eran como las actuales logias masónicas.

Con el avance del imperio, su número aumentó y sus privilegios se extendieron enormemente, de modo que se convirtieron en un elemento importante a nivel político.

Los romanos se distinguieron tempranamente por su espíritu de colonización, que se llevó a cabo a través de los soldados legionarios del ejército. A cada legión se le asignaba un *Collegia Fabrorum*, que se organizaba con la legión en Roma y la acompañaba a través de todas sus campañas, y cuando colonizaba permanecía en la colonia para plantar las semillas de la civilización romana y para enseñar los principios de las artes como se conocían en Roma. Los miembros del colegio erigieron fortificaciones para las legiones en tiempos de guerra y en tiempos de paz, o cuando la legión se quedaba inmóvil, construían templos y viviendas. Cuando Inglaterra fue invadida por los ejércitos romanos en el año 55 d. C., las legiones que fueron allí llevaron consigo sus *Collegia Fabrorum*. Una de estas legiones, bajo el mando de Tulio César, avanzando hacia los límites septentrionales del país, estableció una colonia y, para defenderse, formó un campamento atrincherado con murallas, dentro del cual, como en otros lugares, aparecieron viviendas, templos y acueductos que, bajo el nombre de *Eboracum*, dieron origen a la ciudad de York, posteriormente tan celebrada en la historia de la masonería. A

principios del siglo II, después de la caída de la República Romana, todos los *Collegia Fabrorum* perdieron sus antiguos privilegios. Pero en el año 286, Carausius, fue llamado por los británicos, que sufrían las depredaciones de los piratas sajones y francos, para asumir la soberanía de su isla. Habiendo organizado una campaña victoriosa contra los piratas, tomó posesión de Gran Bretaña y se declaró emperador. Con el fin de acercarse a los *Collegia Fabrorum*, que entonces ejercían una inmensa influencia en ese país. Restituyó sus antiguos privilegios y fueron desde entonces conocidos como privilegiados o masones, para distinguirlos de los que no tenían ese derecho. En 294 Carausius fue asesinado por su primer ministro y amigo de confianza, Allectus, quien mantuvo sus dominios usurpados durante tres años, cuando el poder romano puso fin a la soberanía independiente de Bretaña y se la restituyó al imperio.

La invasión de los bárbaros del norte a la península itálica exigió toda la fuerza de los ejércitos romanos para defender la integridad del imperio. Así Bretaña en el año 420 fue abandonada y los nativos, principalmente celtas, junto con los colonos romanos y los *Collegia Fabrorum* que se habían establecido entre ellos, fueron abandonados a su suerte. Mucho antes de esto, sin embargo, el cristianismo había surgido, no solo en las Islas Británicas, sino en toda Europa, y las influencias de la nueva fe no tardaron en sentirse en los *Collegia Fabrorum*. La siguiente fase de su historia

pasará a estar envuelto en el seno de las doctrinas cristianas.

SOCIEDADES GREMIALES

Tan pronto como los colonos y los nativos de Gran Bretaña fueron abandonados, fueron obligados, primero por los Pictos, sus salvajes vecinos, y luego por los piratas sajones, a dirigirse a las montañas de Gales y las islas del mar de Irlanda. Los antiguos artesanos, que se convirtieron al cristianismo, y que habían permanecido cuando las legiones dejaron el país, se fueron con ellos, y habiendo perdido su conexión con la institución central en Roma, se convirtieron desde entonces en simples gremios o sociedades de constructores. Conservaron la organización que había funcionado bien y el nombre de *francmasones*. Posteriormente, en el siglo VI, alrededor del año 550, cuando toda Inglaterra fue tomada por los invasores sajones, los británicos, encabezados por los monjes y sacerdotes y acompañados por los gremios, huyeron a Irlanda y Escocia, países a donde llevaron su idea de civilización y donde sus técnicas de construcción calaron en la sociedad.

Siempre que leemos de acerca de países bárbaros o paganos y de la conversión de sus habitantes a la verdadera fe, también encontramos referencias sobre la adopción de técnicas de construcción por parte de estos gremios de constructores, los sucesores inmediatos de los *Collegia Fabrorum* romanos, ya que la nueva religión requería iglesia, y, con el tiempo, catedrales y monasterios. Con el

tiempo, todo el conocimiento religioso y toda la habilidad arquitectónica de la parte norte de Europa se concentró en las regiones remotas de Irlanda y Escocia, de donde se enviaron misioneros a Inglaterra para convertir a los sajones paganos. Desde Inglaterra estos misioneros, acompañados por los gremios de constructores, llegaron a Europa y trabajaron en la conversión de las naciones escandinavas, introduciendo en Alemania, Suecia, Noruega, e incluso Irlanda, las bendiciones del cristianismo y los refinamientos de su forma de vida.

La disputa religiosa entre los cristianos originarios de Gran Bretaña y el poder papal, después de años de controversia, finalmente terminó en la sumisión de los obispos británicos al Papa. Tan pronto como la autoridad papal se estableció firmemente en Europa, la jerarquía católica romana aseguró los servicios de los gremios de constructores y estos, bajo el mecenazgo del Papa y los obispos, se dedicaron a la construcción de edificios eclesiásticos y reales. En adelante encontramos estos gremios de constructores ejerciendo su arte en todos los países, demostrando en sus diseños que estaban unificados por principios comunes.

En Inglaterra, las fraternidades de constructores o masones se vieron sometidas a muchas dificultades, debido a las repetidas invasiones de escoceses, pictos, daneses y sajones, que impidieron su labor de manera continua. Pero se les permitió mantener su existencia de acuerdo con

el manuscrito más antiguo existente, hasta que en el año 926, celebraron una asamblea general en la ciudad de York que enmarcó las constituciones que sentarían los principios masónicos durante ochocientos años. En ese manuscrito se encontró la siguiente leyenda, que la masonería de hoy en día acepta como una parte genuina de la historia auténtica. La leyenda fue dada por el Dr. Anderson en el primer *Libro de Constituciones* o *Constituciones de Anderson* en 1723 y luego aceptada y publicada por William Preston en las siguientes palabras: «Edward (el Anciano) murió en 924 y fue sucedido por Athelstane, su hijo, quien nombró a su hermano, Edwin, Gran Maestro de los masones. Este príncipe obtuvo una carta de Athelstane, autorizándoles a reunirse anualmente en York. En esta ciudad se formó la primera Gran Logia de Inglaterra en 926 que Edwin presidió como Gran Maestro».

Aquí se produjeron muchos escritos antiguos en griego, latín y otros idiomas, de los que se dice que se han extraído las *Constituciones de la Logia de Inglaterra*. Es ese código de leyes adoptado en esa asamblea general en 926, el que se convirtió en la base sobre la que se enmarcaron todas las constituciones masónicas posteriores.

La convocatoria de esta asamblea demuestra que los masones estuvieron activos anteriormente, lo cual, de hecho, está probado por los registros de la construcción, en un período anterior, de catedrales, abadías y castillos. Pero datamos la asamblea de York como la primera organización conocida y

reconocida de la masonería en Inglaterra en un cuerpo nacional o Gran Logia.

Después de esa Asamblea General, la fraternidad experimentó, como en otros países, períodos alternos de prosperidad y decadencia. Durante mucho tiempo la asamblea de York ejerció la jurisdicción masónica sobre toda Inglaterra; pero en 1567 los masones de la parte sur de la isla eligieron a Sir Thomas Gresham, el célebre mercader, como su Gran Maestro. Fue sucedido a su vez por Chas. Howard, conde de Effingham, y George Hastings, conde de Huntingdon, y ellos, a su vez, en 1607 por el ilustre arquitecto, Inigo Jones, cuyo espíritu inspiró en gran medida a las demás logias. Hombres, no arquitectos ni albañiles, sino destacados por su formación, conocimiento o posición, fueron admitidos como miembros del cuerpo bajo la designación de hermanos aceptados; de ahí el origen del actual estilo de la sociedad, MASONES LIBRES Y ACEPTADOS.

LA MASONERÍA ESPECULATIVA

Había ahora dos Grandes Maestros en Inglaterra que asumían títulos distintivos; el Gran Maestro del Norte se llamaba «Gran Maestro de toda Inglaterra», mientras que el que presidía en el Sur se llamaba «Gran Maestro de Inglaterra». A principios del siglo XVIII la masonería en el sur de Inglaterra había caído en decadencia. Los disturbios de la revolución, que colocó a Guillermo III en el trono (1689), y el subsiguiente vaivén de los sentimientos políticos, infligieron a la Orden una herida fatal. Sir Christopher Wren, activo durante mucho tiempo como Maestro de Obras y Gran Maestre en el reinado de la Reina Ana (1702-1714), la última de sus patronas reales, se había vuelto anciano, enfermo e inactivo, y por lo tanto las asambleas generales de la Gran Logia habían dejado de celebrarse. En 1715 solo había cuatro logias en el sur de Inglaterra y todas ellas trabajaban en la ciudad de Londres. Estas logias, deseosas de reavivar la prosperidad de la Orden, decidieron unirse bajo un nuevo Gran Maestre y revivir las comunicaciones y los festivales anuales de la sociedad. Por lo tanto «se reunieron en la Apple-tree Tavern» y se constituyeron en una Gran Logia, *pro tempore*, en la forma debida. Resolvieron celebrar la asamblea anual y luego

elegir un Gran Maestro de entre ellos. Por consiguiente, el día de San Juan (24 de junio) de 1717, se celebraron la asamblea anual y Anthony Sayer fue propuesto y elegido Gran Maestre. Se promulgó un estatuto que cambió por completo los objetivos de la institución. De una sociedad operativa pasó a ser totalmente especulativa en su carácter.

Dejó de construir templos materiales y se dedicó a la construcción de uno espiritual. Conservó las herramientas de trabajo y los términos técnicos del arte de la institución operativa original simplemente por el simbolismo religioso que éstas transmitían.

Se convirtieron en los masones de hoy en día y establecieron sobre una base imperecedera esa sublime institución que presenta en toda la tierra habitable el más maravilloso sistema de simbolismo religioso y moral que el mundo haya visto jamás. Las Grandes Logias de York y de Londres mantuvieron una relación amistosa y un intercambio de reconocimiento mutuo, hasta 1725, cuando surgieron tensiones por la invasión del territorio, causando oposición entre ellas, y en 1735 cesaron todas las relaciones amistosas. Desde ese momento los masones de York consideraron sus intereses distintos a los de los masones de la Gran Logia de Londres. Tres años después, en 1738, varios hermanos, descontentos con la conducta de la Gran Logia de Inglaterra, se separaron de ella y celebraron reuniones no autorizadas con el propósito de iniciarse.

Aprovechando la brecha entre las Grandes Logias de York y Londres, asumieron el carácter de los masones de York. En la determinación de la Gran Logia de poner estrictamente en ejecución las leyes contra tales secesiones, se separaron aún más de su jurisdicción y asumieron el apelativo de «Antiguos Masones de York». Anunciaron que solo ellos preservaban los antiguos deberes; y declarando que las logias regulares habían adoptado nuevos planes, y sancionado innovaciones, los marcaron con el nombre de «Masones Modernos». En 1739 establecieron una nueva Gran Logia en Londres, bajo el nombre de «Gran Logia de los Antiguos Masones de York» y, perseverando en las medidas que habían adoptado, realizaron comunicaciones y organizaron sus propias reuniones.

Poco después fueron reconocidos por los masones de Escocia e Irlanda, y fueron alentados y fomentados por muchos de la nobleza. Las dos Grandes Logias continuaron existiendo y actuando en oposición a la otra, extendiendo sus cismas a otros países, especialmente a América, hasta el año 1813, cuando, bajo el Gran Maestrazgo del Duque de Sussex para los «Modernos» y su hermano, el Duque de Kent, para los «Antiguos», se unieron bajo el título de «Gran Logia Unida de Inglaterra». La «Gran Logia de Toda Inglaterra» en York continuó trabajando hasta 1792, cuando finalmente se derrumbó.

Tal es la historia de la masonería en Inglaterra, tal como la transmitieron todos los masones y escritores masónicos en los últimos dos siglos. Se

extendió en otros países con más o menos actividad, ya que a través de la Gran Logia de Inglaterra, que se convirtió, de hecho, en la logia madre del mundo, la masonería fue revivida en todas partes. Se organizaron logias según el modelo inglés, que posteriormente dieron lugar al establecimiento de Grandes Logias en sus respectivos países, en Francia en 1727, en Holanda en 1731, en Alemania en 1733 y en Italia en 1735. La masonería se estableció en América en Boston, Massachusetts, en el año 1733.

FRATERNIDAD DE CONSTRUCTORES O MASONES DE EUROPA CONTINENTAL

Alemania

Se admite universalmente que en las primeras edades del cristianismo, solo el clero era el patrón de las artes y las ciencias. Esto se debió a que todo el aprendizaje era entonces casi exclusivamente entregado a los eclesiásticos.

Muy pocos de entre los laicos sabían leer o escribir; incluso los reyes ponían la señal de la cruz, en lugar de sus firmas, en las cartas y otros documentos que emitían, y desde los tiempos de Carlomagno, en el siglo VIII, hasta mediados del XII todo el conocimiento y la práctica de la arquitectura, la pintura y la escultura estaba atesorado exclusivamente por los monjes; y los obispos supervisaban personalmente la construcción de las iglesias y catedrales de sus diócesis, porque no solo los principios, sino también la práctica del arte de la construcción, eran secretos guardados dentro de los muros de los claustros, y eran desconocidos para el resto. Muchos de los fundadores de las órdenes monásticas hicieron que los monjes se dedicaran a

la arquitectura y a la construcción de iglesias. En el año 716 d. C. el monje inglés San Bonifacio fue a Alemania y organizó un cuerpo especial de monjes dedicados a la construcción, bajo el nombre de *Operarii*, o Artesanos, y *Magestri Operum*, o Maestros de las Obras. Las labores y deberes de estos monjes estaban organizadas bajo el mismo sistema u organización que los *Collegia Fabrorum* romanos. Algunos de ellos diseñaban el plano del edificio, otros eran pintores y escultores, y luego estaban los llamados *coementarii*, o canteros, que realizaban las labores prácticas de la construcción. En los grandes edificios, donde se necesitaban muchos obreros, también se contrataba personal ajeno a la iglesia bajo la dirección de los monjes. Entre este personal ajeno aparecieron muchos hombres de grandes capacidades. La constante e íntima asociación de éstos con los monjes en la persecución del mismo diseño llevó a que gradualmente y casi inconscientemente, los monjes les instruyeran en el arte, los secretos y los principios de la arquitectura.

Así, con el paso del tiempo, el conocimiento de las artes y ciencias fue de estos constructores monjes hacia el mundo, y los arquitectos profanos, retirándose de las fraternidades eclesiásticas, organizaron hermandades propias. Estas hermandades independientes comenzaron a ser llamadas dondequiera que un edificio importante fuera a ser erigido, y eventualmente reemplazaron por completo a los monjes. Pero ahora una nueva clasificación tuvo lugar. Los más capaces de entre

los profanos, depositarios de los secretos de los monjes, se distinguieron como arquitectos de los trabajadores comunes.

Los segundos solo conocían el uso de la paleta y el mortero, mientras que los primeros se ocupaban de elaborar planes de construcción. Estas cofradías pronto ganaron reconocimiento y las autoridades municipales les concedieron privilegios. Sus lugares de reunión se conocían como logias y sus miembros adoptaron el nombre de masones. Su santo patrón era San Juan Bautista, a quien honraban como mediador entre el antiguo y el nuevo testamento, y el primer mártir de la religión cristiana. Así fue el comienzo de las hermandades masónicas en Alemania.

El acontecimiento más importante en el crecimiento y la difusión del arte masónico en el continente europeo fue el que tuvo lugar en la ciudad de Estrasburgo en Alemania, cuando Erwin de Steinbach, el arquitecto de la catedral, convocó a un gran número de maestros constructores de Alemania, Inglaterra e Italia, y en el año 1275 estableció un código de reglamentos y organizó a la fraternidad de masones según había ocurrido trescientos cincuenta años antes con los masones ingleses en la ciudad de York. Se reconocieron tres grados, maestros, compañeros y aprendices; y se crearon palabras, signos y toques como modos de reconocimiento para ser utilizados por los miembros de la fraternidad, una parte de los cuales fue prestada por los masones ingleses. Por último, crearon ceremonias de iniciación, que tenían un

carácter simbólico y ocultaban bajo su simbolismo profundas doctrinas de la filosofía, la religión y la arquitectura. Se establecieron entonces logias en muchas de las ciudades de Alemania, todas las cuales fraternizaron entre sí. Admitieron a muchas personas eminentes, especialmente a eclesiásticos, que no eran masones operativos, pero que les dieron su mecenazgo y protección. Se estableció una Gran Logia en la ciudad de Estrasburgo, y Erwin de Steinbach fue elegido su líder o Gran Maestro. Estas fraternidades o asociaciones se volvieron muy populares. Muchos de los potentados de Europa les concedieron considerables poderes de jurisdicción que les permitieron conservar sus métodos en materia de construcción y les facilitaron la creación de asociaciones. Siguieron existiendo sin interrupción hasta 1707, cuando un decreto de El Coloquio de Ratisbona disolvió la conexión de las Logias de Alemania con la Gran Logia de Estrasburgo, porque esta ciudad había pasado en 1687 al poder de los franceses.

Al perder su eje central, las logias entraron en decadencia y en 1731, por un edicto imperial de Carlos I, casi todas las logias de Alemania se disolvieron y se perdieron en el tiempo hasta la restauración de la Orden en el siglo XVIII, a través de la fraternidad inglesa.

Francia

A principios del siglo X se fundó en Francia una fraternidad de arquitectos, similar a la de sus hermanos alemanes. Originada, como en el caso germano, desde los claustros y a través del empleo de gente ajena al clero por los arquitectos monjes. La conexión entre los masones de Francia y los *Collegia Fabrorum* era más íntima y directa que la de los alemanes, debido a la temprana ocupación de la Galia por las legiones romanas; pero las organizaciones francesas no se diferenciaban mucho de las alemanas. Protegidos por papas y príncipes, los masones se dedicaban, bajo el patrocinio eclesiástico, a la construcción de edificios religiosos. La sede principal de la fraternidad francesa estaba en Como, una ciudad de Lombardía, desde donde se diseminaron las logias por todo el reino, y que pasaron de país en país y de ciudad en ciudad bajo el nombre de «masones viajeros». A principios del siglo XVI la necesidad de su empleo en la construcción de edificios religiosos cesó, la fraternidad entró en decadencia, y finalmente en el año 1539 fueron disueltos por un edicto de Francisco I, rey de Francia, dejando de existir públicamente hasta su resurgimiento en el siglo XVIII, a través de la fraternidad inglesa.

Italia

En Italia la asociación de arquitectos nunca dejó de existir por completo, en su mayoría se

relacionaron con las fraternidades de Francia en Como, sus registros se perdieron a lo largo de la historia.

CONCLUSIÓN

La masonería se presenta bajo dos aspectos diferentes. Primero, como una sociedad secreta distinguida por un sistema ritual propio; y segundo, como una sociedad que tiene una filosofía que se propone transmitir a sus discípulos. Estos, a modo de distinción, pueden ser llamados elementos rituales y filosóficos de la masonería.

La parte ritual de la masonería es la que se refiere a la debida realización de los ritos y ceremonias de la Orden. Pertenece enteramente a la organización interna de la institución, o a la manera en que sus servicios serán conducidos, y es interesante o importante solo para sus propios miembros.

El elemento filosófico de la masonería es de gran importancia. Por ello, y a través de él, la institución tiene derecho al respeto, e incluso a la veneración, de todos los hombres de bien, y merece la cuidadosa consideración de los eruditos.

Esta sociedad o cofradía, como podría llamarse más apropiadamente, se distingue de todas las demás asociaciones por la posesión de ciertos símbolos, mitos y, sobre todo, una leyenda dorada. Todo ello dirigido a la purificación del corazón, a la elevación de la mente, al desarrollo de la gran doctrina de la inmortalidad.

¿De dónde vinieron estos símbolos, mitos y leyendas? ¿Quién los inventó? ¿Cómo y por qué se han preservado? Mirando hacia atrás en los días

más remotos de la historia registrada, encontramos un sacerdocio a orillas del Nilo, miles de años antes de que la luz del cristianismo amaneciera en el mundo, enseñando la existencia en una vida futura por medio de símbolos y leyendas, que transmiten la lección de un modo peculiar. Y ahora, miles de años después, encontramos el mismo método simbólico y legendario de instrucción para el mismo propósito en lo que es comparativamente una institución moderna. Y entre estos dos extremos del pasado y el presente, encontramos el período intermedio ocupado por asociaciones similares, que se suceden de vez en cuando, y que se extienden por diferentes países; pero todas comprometidas en la misma instrucción simbólica, recurriendo a similares símbolos y con misma historia mítica. Durante este período intermedio, encontramos tanto las sociedades de constructores de la Edad Media procedentes de los *Collegia Fabrorum*, como en Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, la hermandad de monjes que se dedicaban principalmente a la construcción de edificios religiosos. Constaban principalmente de arquitectos y operarios hábiles, controlados por los más altos principios de su arte. Poseían importantes secretos profesionales, actuaban con profundos sentimientos de devoción religiosa y se esmeraban en sus labores como hombres de conocimiento, riqueza e influencia. Asumieron desde el principio el nombre de masones libres. Posteriormente, a principios del siglo XVIII, se despojaron del elemento operativo de su institución

y, adoptando un carácter totalmente especulativo, se convirtieron en los masones de hoy en día. Las más avezadas autoridades de la actualidad avanzan la teoría de que «la francmasonería es la sucesora, con certeza, de las asociaciones de constructores de la Edad Media, y a través de ellas, con menos certeza, pero con gran probabilidad, de los *Collegia Fabrorum*. Su conexión con el Templo de Salomón como su lugar de nacimiento puede haber sido accidental, una mera selección arbitraria por parte de sus inventores y lleva, por tanto, solo un significado alegórico; o puede ser «histórica», como una hermandad, compuesta por maestros simbólicos y compañeros y aprendices, derivada de una asociación de maestros operarios, compañeros y aprendices que construyen templos espirituales. Como sus materiales de construcción, su edad no puede exceder por mucho los seiscientos años: pero como asociación secreta, que contiene en sí misma la expresión simbólica de una idea religiosa, se conecta con todos los Antiguos Misterios que, con similar secreto, dieron la misma expresión simbólica a similares ideas religiosas. Estos misterios no fueron la cuna de la masonería; solo fueron sus análogos. En todos los lugares donde se celebraban estas antiguas religiones y ritos místicos, encontramos la misma lección de vida eterna, enseñada por una leyenda e inculcada por la representación de una muerte imaginaria y la resurrección de algún ser querido, ya sea objeto de estima como un héroe, o de devoción como un dios. Esta leyenda es la que conecta a la masonería

especulativa con los antiguos misterios de Grecia, Siria y Egipto.

No hay duda de que todos los misterios tuvieron una fuente común; y no hay duda de que la masonería ha derivado su leyenda, su modo simbólico de instrucción, y la lección para la cual esa instrucción fue destinada, ya sea directa o indirectamente, de la misma fuente. Y si se respetan los axiomas de la ciencia histórica, hay que decir que el cuerpo salió de la Edad Media, pero que su espíritu se remonta a un período muy remoto. La analogía de las leyendas de los antiguos Misterios y la de la forma actual de la masonería resulta evidente y los mejores historiadores de la época, incluso sin pruebas documentales, ven el Templo de Jerusalén y las tradiciones masónicas relacionadas con él como una parte de la gran alegoría de la masonería.

La organización masónica ha sido moldeada en forma estrechamente relacionada con todos los eventos y características del templo salomónico, de modo que ahora casi todo el simbolismo de la masonería descansa o se deriva de la «Casa del Señor» en Jerusalén. Están tan estrechamente conectados que intentar separar el uno del otro sería fatal para la futura existencia de la masonería. Cada logia es y debe ser un símbolo del templo judío, cada maestro en la silla un representante del rey judío, y cada masón una personificación del obrero judío.

RESURGIMIENTO

La organización de ese organismo, la Gran Logia de Inglaterra, que tuvo lugar en la ciudad de Londres en el año 1717, ha sido siempre conocida en la historia masónica como el «renacimiento de la masonería». Anderson, en su primera edición del *Libro de Constituciones*, que contiene la historia, los *antiguos deberes* (Old Charges) y las regulaciones para el uso de las Logias, que fue adoptado por la Gran Logia y publicado en 1723, habla de que los hermanos han vuelto a levantar las antiguas logias de Londres. En su segunda edición, publicada en 1738, el relato que allí se da es la única fuente que poseemos de la organización hecha en 1717. Preston y todos los escritores posteriores han derivado su conocimiento de Anderson.

GRADOS

La palabra grado etimológicamente proviene de «grada», paso o peldaño. Los grados de la masonería son entonces los pasos por los cuales el candidato asciende de una condición de conocimiento inferior a una superior. Es ahora la opinión de los mejores eruditos, que la división del sistema masónico en grados fue el trabajo de los revivalistas de principios del siglo XVIII; que antes de ese período no había más que un grado, o más bien un sistema común de ritualismo; y que la división en maestros, compañeros y aprendices era simplemente una división o graduación de rangos, habiendo una sola forma de iniciación y un catecismo para todos. El primer ritual existente, que está contenido en *The Grand Mystery*, publicado en 1725, no hace referencia a ningún grado, sino que solo da lo que era la iniciación común en esa época. La división del sistema masónico en tres grados, dice el Dr. Mackey, «debe haber crecido después del resurgimiento en 1717, pero de una manera tan gradual e imperceptible que fue imposible fijar la fecha precisa de la introducción de cada grado. Según los antiguos registros, parece que fue alrededor de 1721 cuando se introdujeron los tres grados, pero el segundo y el tercero no se perfeccionaron hasta 1738. Incluso en 1735 el grado de aprendiz entrado contenía la forma más prominente de iniciación, y el que era

aprendiz era, para todos los propósitos prácticos, un masón. No fue hasta repetidas mejoras, por la adopción de nuevas ceremonias y nuevas regulaciones, que el grado de maestro masón tomó el lugar que ahora ocupa; habiendo sido confinado al principio a aquellos que *habían pasado por la silla*». Pero hay pruebas incuestionables de que los modos de reconocimiento, el método de gobierno, las leyendas y gran parte del ceremonial de iniciación, existían entre los masones operativos de la Edad Media, y se transmitieron a los masones especulativos del siglo XVIII. El trabajo de Anderson, de Desaguliers y de sus contemporáneos fue mejorar y ampliar, pero no inventar. El sistema masónico de hoy en día ha sido el resultado de un lento pero constante crecimiento, así como las primeras conferencias autorizadas, organizadas por Anderson y Desaguliers en 1720, fueron posteriormente modificadas y ampliadas por los sucesivos trabajos de Clare, de Dunckerlev, de Preston y de Hemming.

RITUAL

El modo de abrir y cerrar una logia, de conferir los grados, de instalación y otros deberes, constituye un sistema de ceremonias que se conoce como el ritual. Gran parte de este Ritual es esotérico, y, al no permitirse que se cometa por escrito, solo se comunica por instrucción oral.

En cada jurisdicción masónica se exige por parte de la autoridad superintendente que el ritual sea el mismo; pero difiere más o menos en los diferentes ritos y jurisdicciones. Esto, sin embargo, no afecta a la universalidad de la masonería. El ritual es solo la forma externa y extrínseca. La doctrina de la masonería es la misma en todas partes. Pero mientras que las ceremonias, o el ritual, han variado en diferentes períodos y siguen variando en diferentes países, la ciencia y la filosofía, el simbolismo y la religión de la francmasonería continúan y continuarán siendo los mismos dondequiera que se practique la verdadera masonería.

RITO

La palabra latina *ritus*, de la que obtenemos el rito, significa un uso o costumbre aprobado, o una observancia externa. Como término masónico significa un método de conferir luz masónica a través de un sistema de grados. Es, en otras palabras, el método y el orden en un sistema masónico.

El sistema original de la masonería especulativa consistía en los tres grados simbólicos. Fueron en un momento dado los únicos grados conocidos o practicados.

De ahí que éste fuera el rito original o aceptado, y así continuó en Inglaterra hasta el año 1813, cuando en la unión de las dos Grandes Logias se declaró que el «Santo Arco Real» (que en su momento fue parte del grado de maestro) formaba parte del sistema; y así el rito inglés, o como se le llama más comúnmente, el Rito de York se hizo pasó a consistir en cuatro grados. La abstracción del Arco Real del grado de maestro y su ubicación como un grado separado, produjo esa modificación del Rito de York que ahora existe en Inglaterra, y que debería llamarse propiamente el Rito de York Moderno, para distinguirlo del Rito de York Antiguo, que consistía en solo tres grados. Pero en los Estados Unidos se han hecho aún mayores adiciones al rito a través de las labores de Webb y otros eruditos y la influencia ejercida sobre la

Orden por la introducción del Rito Escocés en este país.

En el continente europeo la organización de nuevos sistemas comenzó en un período temprano y con la invención de lo que se conoce como los altos grados se establecieron muchos ritos. Todos ellos coincidieron en algo esencial. Se construyeron sobre los tres grados simbólicos que, en cada caso, constituyeron la base fundamental sobre la que se erigieron. Fueron pensados como una expansión y desarrollo de las ideas masónicas contenidas en estos grados. Los grados de aprendiz, compañero y maestro eran el pórtico por el que cada iniciado debía pasar antes de poder entrar en el templo interior que habían erigido los fundadores del rito. Algunos de estos ritos han vivido mientras lo hicieron sus autores y murieron cuando su energía paternal dejó de ejercerse. El más importante de los que hasta ahora o aún continúan llamando la atención del estudiante masónico es el Rito Escocés. Este rito consiste en treinta y tres grados, y surgió del Rito de Perfección, que consistía en veinticinco grados, el más alto de los cuales era «Sublime Príncipe del Real Secreto». El Rito de Perfección fue creado por el «Consejo de Emperadores de Oriente y Occidente», un organismo organizado en París, en 1758. El Rito Escocés, aunque es uno de los más jóvenes de los ritos masónicos, es en la actualidad el más popular y el más difundido. En casi todos los países civilizados del mundo se encuentran consejos supremos de los órganos de gobierno del

rito y en muchos de ellos es la única obediencia masónica². Sería imposible nombrar todos los ritos de origen masónico; basta decir que todos fueron fundados después del resurgimiento de la masonería en 1717.

La modificación americana del sistema masónico o rito de York, que con propiedad puede llamarse el rito americano, se divide en tres secciones, cada una de las cuales se encuentra bajo una jurisdicción propia, y son las siguientes:

I Grados simbólicos

Los tres primeros grados de la masonería, a saber, los de Aprendiz, Compañero y Maestro Masón, se conocen distintivamente como los «grados simbólicos».

El término «simbólico» se limita exclusivamente a los grados conferidos en una logia de los tres grados primitivos, por lo que la logia, ya sea que se abra en el primer, segundo o tercer grado, siempre se denomina «logia simbólica». En este país³ los grados se confieren bajo la carta patente de las Grandes Logias del Estado. El simbolismo es la característica predominante de estos grados iniciales; y es porque toda la ciencia, filosofía y religión de la masonería del Arte Resal se oculta así a los profanos, pero se muestra a los iniciados mediante símbolos. Nada de esto se encuentra en los grados más allá del tercero, si exceptuamos el

Arco Real, que fue arrancado de forma antinatural del grado de Maestro, del cual, como todo estudiante masónico sabe, constituía el complemento y la consumación.

II

Grados capitulares

Los grados conferidos bajo la carta patente de un capítulo del Arco Real Americano, que son Mark Master, Past Master, Most Excellent Master, y Royal Arch Mason⁴.

Los grados capitulares están casi en su totalidad fundados y compuestos por una serie de eventos de la historia masónica y como la información que se pretende comunicar en estos grados es de carácter histórico, existe menos espacio para los símbolos o para la instrucción simbólica. Estas observaciones se refieren exclusivamente al grado de Maestro de la Marca y Muy Excelente, pero no son tan aplicables al Arco Real, que es eminentemente simbólico. Las leyendas del segundo templo, y la *palabra perdida*, las peculiares leyendas de ese grado, están entre los símbolos más prominentes del sistema masónico.

III

Grados crípticos

Los grados conferidos bajo la carta patente de un Consejo Americano de Maestros Reales y Selectos,

que son el Maestro Real y el Maestro Selecto. Algunos ritualistas modernos han añadido a la lista el grado de Súper Excelente Maestro; pero este, aunque a menudo conferido en un grado críptico, no es realmente uno de ellos, ya que su leyenda no tiene conexión con la cripta o la bóveda secreta.

GRADOS DE LA MASONERÍA

GRADOS SIMBÓLICOS

Aprendiz Entrado

El primer grado de la masonería en todos los ritos es el de Aprendiz Entrado. Como los misterios menores de las antiguas iniciaciones, es un grado primario destinado a preparar al candidato para las instrucciones más altas y completas de los grados siguientes. Por lo tanto, aunque no proporciona ninguna información histórica valiosa, está repleto en su discurso de instrucciones sobre la estructura interna de la Orden.

Compañero

El segundo grado de la masonería en todos los ritos es el del Compañero. Al igual que el grado de aprendiz, solo es preparatorio para la iniciación superior del Maestro; y sin embargo difiere esencialmente de él en su simbolismo. Como el primer grado era típico de la juventud, el segundo se supone que representa la etapa de la madurez, y por lo tanto la adquisición de la ciencia se hace su característica prominente. Mientras que el primero está dirigido en todos sus símbolos y ceremonias alegóricas a la purificación del corazón, el segundo tiene por objeto, mediante sus lecciones, cultivar

las facultades de razonamiento y mejorar las facultades intelectuales.

Maestro Masón

En todos los ritos de la masonería, por muy diferente que sea su organización en los grados superiores, el Maestro Masón constituye el tercer grado.

Los historiadores masónicos han encontrado muchas dificultades para resolver la cuestión de la época de la invención y la composición del grado. La teoría de que en la construcción del templo de Jerusalén el oficio se dividió en tres o incluso más grados, siendo solo un mito simbólico, debe ser descartada en cualquier discusión histórica sobre el tema. La verdadera cuestión que se plantea es si el grado de maestro masón, como título, existía entre los masones operativos antes del siglo XVIII, o si se lo debemos a los revivalistas de 1717 y las pruebas documentales todavía deben establecer el momento preciso de su composición, tal como lo conocemos ahora. Fue originalmente llamada la cumbre de la antigua masonería. Pero bajo la organización actual el grado es en realidad incompleto, porque necesita un complemento que solo debe ser suministrado en uno más alto. Por lo tanto su simbolismo está necesariamente restringido, en su forma mutilada, al primer templo y a la vida presente, aunque da seguridad de una futura.

Todo el sistema de la masonería tiene como objetivo presentar la idea simbólica del hombre

pasando por el peregrinaje de la vida. Al aprendiz masón se le enseñan las instrucciones elementales que le permitirán avanzar en su profesión, así como a los jóvenes se les proporciona una educación rudimentaria que les preparará para los deberes de la vida; como compañero se le ordena que continúe sus investigaciones en la ciencia de la institución y que trabaje diligentemente en las tareas que prescribe, así como se le exige que amplíe su mente mediante la adquisición de nuevas ideas y que extienda su utilidad a sus compañeros; pero como maestro masón se le enseña la última, la más importante y la más necesaria de las verdades, que habiendo sido fiel a todos sus deberes, debe morir al fin y recibir la recompensa de su fidelidad.

Era el único objeto de todos los ritos y antiguos misterios practicados en el seno mismo de la oscuridad pagana. Que brillaba como un faro solitario en toda esa oscuridad circundante y animaba al filósofo en su cansado peregrinaje de la vida para descubrir y transmitir la inmortalidad del alma. Este sigue siendo el gran objetivo del tercer grado de la masonería.

GRADOS CAPITULARES

Maestro de la Marca

Maestro de la Marca es el cuarto grado del Rito Americano. Las tradiciones del grado lo revisten de gran importancia histórica, ya que se nos informa que en la construcción del templo cada masón operativo se distinguía por su marca, y el desorden y la confusión que de otra manera podría haber asistido a tan inmensa empresa fue completamente impedido. No es menos útil en su significado simbólico. Nos enseña que debemos cumplir con precisión y puntualidad todos los deberes asignados; que el trabajo de nuestras manos y los pensamientos de nuestro corazón deben ser buenos y verdaderos, no pecaminosos y defectuosos, no inacabados e imperfectos, sino tales como el Gran Supervisor y Juez del Cielo y de la Tierra considere oportuno aprobar como una digna acción de sus criaturas.

Sostiene que aunque nuestros motivos puedan ser a veces mal interpretados por nuestros errados compañeros mortales, nuestros logros subestimados y nuestra reputación tergiversada por los envidiosos y los malvados, hay Uno, por lo menos, que no ve con los ojos de los hombres, pero puede todavía hacer que la piedra que los

constructores rechazaron sea la cabeza de la esquina, la primera piedra.

Pasado Maestro

La concesión de este grado, que no tiene ninguna conexión histórica con el resto de los grados capitulares, surge de las siguientes circunstancias.

Originalmente, cuando los capítulos de la masonería del Arco Real estaban bajo el gobierno de las logias, en las cuales el grado era conferido, formaba parte del reglamento que nadie podía recibir el grado del Arco Real a menos que hubiera presidido previamente la logia como Maestro. Cuando los capítulos se independizaron, el reglamento no podía ser abolido, porque eso hubiera sido una innovación. Por lo tanto, la dificultad se ha obviado haciendo que cada candidato al grado de Pasado Maestro sea un antiguo maestro antes de su exaltación.

Muy Excelente Maestro

El Muy Excelente Maestro es el sexto grado en el Rito Americano. Su historia se refiere a la dedicación del templo del rey Salomón, representado por su presidente bajo el título de Excelentísimo. Es peculiarmente americano, ya que no se practica en ningún otro país. Fue la invención de Webb, quien organizó el sistema capitular de la masonería tal como existe en este país y estableció el sistema de conferencias que es

la base de todos los sistemas posteriores enseñados en América.

Arco Real

Si exceptuamos a los maestros, no hay ningún otro grado de la masonería que haya sido tan ampliamente difundido, o que sea tan importante en su importancia histórica y simbólica, como el Arco Real, o, como se ha llamado por su sublime significado, el «Sagrado Arco Real», la raíz, el corazón y la médula de la masonería. El grado de Maestro en su significado simbólico es imperfecto e inacabado en su historia y, terminando abruptamente en su simbolismo, deja a la mente todavía esperando algo que es necesario para su totalidad. Esta deficiencia es suministrada por el grado de Arco Real.

El Arco Real no existió como un grado independiente y distintivo hasta aproximadamente el año 1740, cuando el cuerpo que se llamaba a sí mismo «Gran Logia de los Antiguos Masones de York» disoció el elemento esencial del Arco Real del grado de Maestro y lo invistió con la forma de un grado distintivo. Antes de esto, no era más que una parte complementaria del grado de Maestro, al que daba una terminación necesaria. En 1776, la Gran Logia Constitucional, o los «Modernos», adoptaron un grado similar, establecido por Thos. Dunckerly y en la unión de las dos Grandes Logias en 1813, el Arco Real fue reconocido formal y oficialmente como parte del Rito de York. En

América, como la mayoría de las logias derivaban sus órdenes de la llamada «Gran Logia de los Antiguos Masones de York», el Arco Real debe haber sido introducido en el momento de su constitución. El control sobre este título estuvo durante mucho tiempo bajo las logias, y pasaron muchos años antes de que fuera puesto bajo el control de distintos cuerpos llamados Grandes Capítulos. En América el primer Gran Capítulo se formó en el año 1798. El verdadero simbolismo del sistema del Arco Real se basa en el descubrimiento de la «Palabra Perdida». Esa palabra es, en la masonería, el símbolo de la VERDAD. Esta verdad, de que la masonería hace el gran objeto de sus investigaciones, no es la mera verdad de la ciencia o la verdad de la historia, sino que es la verdad más importante que es sinónimo del conocimiento de la naturaleza de Dios, esa verdad que se abraza en el sagrado nombre omnífico, es la eterna existencia presente, pasada y futura, y a la que Él mismo aludió cuando declaró a Moisés, «Me aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob en el nombre de Dios Todopoderoso»; por mi nombre Jehová no me reconocían.» El descubrimiento de la verdad es, entonces, el simbolismo esencial del grado del Arco Real.

Cautiverio

Entre la construcción y consagración del primer templo, como se encuentra en los grados de Maestro y de Excelente Maestro, su destrucción y

la parte posterior que simboliza la construcción del segundo, hay un intervalo en los ceremoniales del grado del Arco Real.

Este intervalo representa el tiempo pasado en cautiverio de los judíos en Babilonia. En el 626 a. C. el imperio y la ciudad de Babilonia fueron conquistados por Nabopolasar, un general asirio de confianza del rey Sarsacus de Asiria. Nació de una raza nómada y su hogar estaba en las montañas del Cáucaso. Se convirtió en traidor después de convertirse en virrey de Babilonia, y unió sus fuerzas con Ciáxares, rey de Media, y derrocó a los asirios. El imperio fue dividido y cada uno de los confederados tomó su parte asignada. Asiria propiamente dicha cayó ante los medos, y Nabopolasar recibió el reino de Babilonia, al que se anexionó Susiana al este, y el valle del Éufrates y toda Siria al oeste.

En el año 610 a. C. el faraón Neco de Egipto invade Siria y captura Jerusalén y hace a Joaquín rey de Judá. Nabopolasar, alarmado por la pérdida de Siria, determina recuperar lo que Neco le ha quitado. Sin embargo, después de que el ejército fuera puesto en marcha y pertrechado, el anciano rey se encontró incapaz de llevar a cabo la expedición, por lo que la orden fue dada a su hijo Nabucodonosor. El príncipe avanzó por la parte alta de Siria, donde los egipcios se habían establecido con toda la fuerza para mantener el país, y los derrotó por completo. Todo vestigio de resistencia egipcia se desvaneció. Avanzando hacia el oeste, se detuvo por un corto periodo en

Palestina, donde recibió la sumisión de Joaquín, a quien el faraón Neco había establecido, y luego continuó su campaña triunfal hacia las puertas de Egipto. Fue durante esta expedición, en el año 606 a. C., que Daniel y sus amigos fueron hechos cautivos en Jerusalén y llevados a Babilonia, con muchos de los vasos sagrados. Y a partir de esta fecha comienza el cálculo principal de los setenta años de cautiverio.



Captive Jews lead into Babylonia

HEBREOS CAUTIVOS CONDUCIDOS A
BABILONIA

Nabucodonosor, mientras estaba a las puertas de Egipto, recibió la noticia de la muerte de su padre y, sin demora, temiendo que algún rival pudiera usurpar el trono de Babilonia, dio órdenes a su ejército para que volviera hacia la alta Siria, y él mismo, con un destacamento, se apresuró a tomar la ruta más cercana a la capital a través del desierto. A su llegada fue recibido triunfalmente y se estableció pacíficamente en el trono del imperio. Su ascenso, en el 604 a. C., marca la era de la grandeza babilónica, ante cuyos ejércitos victoriosos cayeron muchas naciones. A veces estallaban insurrecciones. Entre la primera y más importante fue la revuelta de Tiro, la ciudad más importante de los fenicios. Más o menos en la misma época Joaquín, rey de Judá, recordando sin duda que debía su propia soberanía al faraón Neco, el rey rival de Babilonia, y creyendo que los egipcios vendrían en su ayuda se rebelaron y tomaron las armas. Para castigar a estos fenicios y rebeldes judíos Nabucodonosor emprendió la primera gran campaña tras su coronación. Invirtió mucho tiempo en Tiro, pero esa fuerte ciudad demostró ser inexpugnable. Así que el rey, sin desistir del asedio, dividió sus fuerzas y con una sola división procedió contra Jerusalén. Hasta el último momento Joaquín confió en los egipcios para que le ayudaran, pero el faraón se mantuvo al margen y Joaquín quedó abandonado a su suerte. Se sometió a Nabucodonosor, que lo mató deliberadamente, y fue «enterrado con el entierro

más propio de un animal, arrastrado y arrojado más allá de las puertas de Jerusalén». Por el momento, el rey babilónico confirió la corona de Judá a Joaquín, hijo del reciente gobernante; pero pronto cayó bajo la sospecha de traición, fue depuesto y llevado cautivo a Babilonia, dando así paso a Sedequías, que fue puesto en el trono judío. Por alguna razón el pueblo judío había llegado a preferir a los amos egipcios a los babilonios. Tal vez esperaban finalmente deshacerse de todo dominio y ser independientes, como en los días de David. En cualquier caso, Sedequías, después de haber mantenido su fe con Nabucodonosor durante ocho años, se volvió desleal y en el 588 a. C. entró en una intriga con Egipto contra los babilonios. Cuando Nabucodonosor se enteró de la revuelta, marchó con su ejército contra la ciudad de los judíos, y Jerusalén cayó. La ciudad fue arrasada, el templo fue saqueado y quemado, y los habitantes fueron llevados cautivos a Babilonia. El estado de Judá se extinguió. Nabucodonosor nombró a Godolías para gobernar las ruinas de Palestina, entre las que Jeremías se sentó a llorar. Ese cautiverio duró cincuenta y dos años, y se conmemora en el grado de Arquitecto Real. Era parte de los «setenta años de cautiverio» de los judíos, que fue predicho por el profeta Jeremías, cuyo comienzo, sin embargo, como se ha mencionado, comenzó dieciocho años antes.

Entre los prisioneros distinguidos estaban el sumo sacerdote y el sacerdote que estaba a su lado, los tres gobernantes que custodiaban el templo, el

eunuco que dirigía a los hombres armados, siete amigos de Sedequías, su escriba y otros dos gobernantes. El rey Sedequías intentó escapar antes de que terminara el asedio, pero fue perseguido, capturado y llevado al cuartel general de Nabucodonosor, que estaba entonces en Ribla, donde, habiendo sido obligado a contemplar primero la matanza de sus hijos, le sacaron los ojos y lo llevaron encadenado a Babilonia. A la llegada de los cautivos a Babilonia no parecen haber sido sometidos a los rigores extremos de la esclavitud. Fueron distribuidos por las distintas partes del imperio, algunos permanecieron en la ciudad, mientras que otros fueron enviados a las provincias. Se les permitió conservar sus bienes personales e incluso comprar tierras y construir casas. Su gobierno civil y religioso no fue completamente destruido, ya que mantuvieron una sucesión regular de reyes y sumos sacerdotes. Algunos de los principales cautivos fueron ascendidos a altos cargos en el palacio real y se les permitió participar en los consejos de estado.

Joaquín, que fue el primer rey de Judea llevado cautivo a Babilonia, fue sucedido por su hijo Shalathiel, y él por su hijo Zorobabel, que era el jefe del cautiverio o príncipe de Judea al final del cautiverio. Josadec fue el sumo sacerdote llevado por Nabucodonosor a Babilonia, donde murió durante el cautiverio y fue sucedido por su hijo mayor, Josué.



Babylon

BABILONIA

Babel o Babilonia la Grande, como la llama el profeta Daniel, estaba situada a 475 millas en una dirección casi oriental de Jerusalén. Se encontraba en medio de una gran y fértil llanura a cada lado del río Éufrates, que la atravesaba de norte a sur. Babel era también el nombre de una torre elevada, que los descendientes de Noé comenzaron a construir (entre los cuales Nimrod era un líder) unos ciento veinte años después del diluvio, llamada así porque Dios allí confundió el lenguaje de los constructores. Su objetivo al construir la ciudad y la torre era concentrar la población y el dominio en ese lugar; y como esto era contrario al propósito divino de llenar la tierra de habitantes, y denotaba una disposición impía y tal vez idólatra, Dios frustró sus designios al dar milagrosamente a diferentes miembros del pueblo diferentes idiomas o diferentes modos de pronunciación y dialectos divergentes del idioma original del hombre, haciendo así que se dispersaran por todo el globo. La torre quedó aparentemente incompleta, pero probablemente se pusieron los cimientos de la ciudad, y una parte, sin duda alguna, de los constructores siguió habitando en ella. El lugar se convirtió después en la célebre ciudad de Babilonia. Se ha supuesto que la Torre de Babel fue después terminada y llamada la Torre de Belus dentro de la ciudad de Babilonia. Heródoto visitó esta torre, y la describe como una pirámide cuadrada, que mide media milla de circunferencia en su base; de ella se elevaron ocho torres, una

sobre otra, disminuyendo gradualmente hasta la cima, a la que se llegaba por un amplio camino que serpenteaba por el exterior. Esta torre se utilizaba con fines astronómicos, pero estaba dedicada principalmente al culto de Bel, cuyo templo contenía inmensos tesoros, incluyendo varias estatuas de oro macizo, una de las cuales tenía una altura de cuarenta pies. Aquí se depositaban las copas sagradas de oro traídos de Jerusalén. Babilonia alcanzó la cumbre de su grandeza y esplendor bajo Nabucodonosor, hijo y sucesor de Nabopolasar. La ciudad estaba rodeada de murallas de ochenta y siete pies de grosor, trescientos cincuenta pies de altura y sesenta millas de circunferencia. Todas ellas estaban construidas con grandes ladrillos cementados con betún. El exterior de los muros era una amplia y profunda zanja forrada con el mismo material. Veinticinco puertas a cada lado hechas de latón macizo daban acceso a la ciudad.

De cada una de estas puertas salía una calle ancha de quince millas de longitud. Doscientas cincuenta torres colocadas sobre los muros proporcionaban medios de fuerza y protección adicionales. Dentro de este inmenso circuito se encontraban palacios y templos y otros edificios de la mayor magnificencia, que han hecho que la riqueza, el lujo y el esplendor de Babilonia se convierta en uno de los temas favoritos de los historiadores de la antigüedad. No es exagerado decir que de no ser por Nabucodonosor los babilonios no habrían tenido lugar en la historia. En cualquier caso, su

consideración actual se debe casi enteramente a este príncipe, que a los talentos militares de un hábil general añadió grandeza de concepción artística y habilidad en la construcción. Capacidades que lo colocan a la par de los más grandes constructores de la antigüedad. Después de capturar Jerusalén, quemar el gran templo de Salomón y llevar a los judíos como cautivos a Babilonia, también tomó Tiro y conquistó Egipto, convirtiéndose sin duda en el monarca más poderoso de su tiempo. Ascendió al profeta hebreo Daniel al segundo lugar del reino. Murió en el 562 a. C., y fue sucedido por su hijo, Evilmerodac, que reinó solo dos años.

Nabónido ascendió al trono en el 555 a. C., como sexto rey en la línea de Nabopolasar, y parece haber compartido el poder real con su hijo Belsasar, cuya madre era hija de Nabucodonosor.

La ubicación de Babilonia le dio en gran medida el control del tráfico del Éufrates y del paso de caravanas, entre Asia central, Arabia y Egipto; y en su seno fluyó, ya sea a través de la conquista o del comercio, la riqueza de casi todas las tierras conocidas. Como consecuencia de la opulencia y el lujo de los habitantes, la corrupción y el libertinaje de los modales y la moral fueron llevados a un extremo espantoso.

Terminación del cautiverio

En el año 538 A.C., Ciro, rey de Persia, un gran conquistador, que había reducido casi toda Asia, cruzó el Éufrates y sitió Babilonia, lo que hizo después de dos años desviando el curso del río Éufrates de su cauce mediante la excavación de un canal, que corría al oeste de la ciudad, y llevó las aguas del Éufrates al lago Nitocris, que se hizo así tan poco profundo que sus soldados pudieron cruzar su lecho y entrar en la ciudad. Realizó su exitoso asalto en una noche en la que toda la ciudad, confiando en la fuerza de las murallas, se había entregado a los disturbios y al libertinaje de un gran festival y el rey y sus nobles se deleitaban con un espléndido entretenimiento. El príncipe Belsasar y sus nobles fueron asesinados en el banquete y el amanecer encontró a los persas victoriosos en completa posesión de la ciudad. Nabónido, el rey babilónico, estaba en Borsippa con parte de su ejército, donde se rindió a Ciro en términos honorables, otorgando al rey destronado el control de una de sus provincias. Ciro constituye a su tío «Darío el Medo» rey de Babilonia, que reinó dos años hasta el momento de su muerte. Durante su reinado Daniel fue arrojado al foso de los leones. En el año 536 a. C. Ciro controló todo el imperio, y en el primer año de su reinado terminó el cautiverio judío. Ciro, a partir de sus conversaciones con Daniel y otros cautivos judíos había adquirido un aprendizaje y piedad, así como

el conocimiento por medio de la lectura de sus libros sagrados, más especialmente de las profecías de Isaías. También adquirió el saber de la verdadera religión, e hizo un anuncio público a sus súbditos de su creencia en el Dios «que adoraban las naciones de los israelitas». Impresionado por el deseo sincero de cumplir las declaraciones proféticas de reconstruir el templo de Jerusalén, Ciro emitió un decreto por el cual se permitía a los judíos regresar a Jerusalén. Zorobabel, el príncipe de Judá, era el nieto de aquel rey (Joaquín) que había sido depuesto por Nabucodonosor y llevado cautivo a Babilonia. Por lo tanto, se le confirió la autoridad real de los cautivos que regresaban por Ciro, quien en esa ocasión, según la tradición masónica, le presentó la espada que Nabucodonosor había recibido de su abuelo. También le devolvió la mayor parte de los objetos sagrados del templo que se habían llevado.

Solo 42.360 israelitas, sin contar los sirvientes y esclavos, acompañaron a Zorobabel, de los cuales seleccionó a 7.000 de los más valientes, a los que puso como avanzadilla a la cabeza del pueblo.

Su regreso al hogar no estuvo exento de peligro; pues la tradición nos informa que en el río Éufrates se les opusieron los asirios, quienes, incitados por la tentación de la gran cantidad de reliquias de oro que llevaban, se alinearon en despliegue hostil, y, a pesar de las protestas de los judíos y el edicto de Ciro, disputaron su paso. Zorobabel, sin embargo, repelió al enemigo con tal contundencia que aseguró unas futuras victorias, ya que la mayoría de

los asirios habían muerto en la batalla o se habían ahogado en su intento de cruzar el río en su retirada. El resto del viaje fue ininterrumpido y después de una marcha de cuatro meses, que los llevó a través de las ruinas de Rabá y del viejo Tadmor, o Palmira del desierto, y las ruinas de Damasco, Zorobabel llegó a Jerusalén con sus seguidores en el mes de junio del año 535 a. C.

Durante su cautiverio, los judíos habían continuado practicando sus ritos y habían establecido, en varios lugares, logias en Caldea. Según las tradiciones rabínicas, instituyeron su fraternidad mística en Nehardea, en el Éufrates, y Zorobabel llevó consigo a Jerusalén todo el conocimiento secreto que era propiedad de esa institución y estableció una fraternidad similar en Judea. Esto coincide y da fuerza adicional a las tradiciones del grado del Arco Real. Tan pronto como los piadosos peregrinos llegaron a Jerusalén y tomaron un necesario descanso de siete días, se erigiría un tabernáculo para los propósitos temporales del culto divino cerca de las ruinas del antiguo templo, y se convocaría un concilio, en el que Zorobabel presidiendo como rey, Yeshua como sumo sacerdote, y Hageo como escriba. Allí se determinó comenzar la construcción del segundo templo en el mismo lugar santo que había sido ocupado por el primero, y el pueblo contribuyó con el equivalente a casi un cuarto de millón de dólares para pagar los gastos.

Apenas los obreros habían comenzado sus labores cuando fueron interrumpidos por los samaritanos,

quienes solicitaron que se les permitiera unirse a ellos en la construcción del templo. Pero los judíos, que los consideraban idólatras, se negaron a aceptar sus servicios. En consecuencia, los samaritanos se convirtieron en enemigos acérrimos y se impusieron, mediante tergiversaciones, a los ministros de Ciro, hasta el punto de poner tales obstáculos en el camino de la construcción del edificio que impidieron su progreso durante varios años.

En el séptimo año después de la restauración de los judíos, Ciro, su amigo y benefactor, murió (530 a. C.), y fue sucedido por su hijo Cambises, quien, después de un reinado de ocho años, murió en Siria. Smerdis, llamado en las escrituras sagradas Artajerjes, usurpó entonces el trono de Persia, y prohibió a los judíos continuar con la obra, y el templo permaneció en estado inacabado hasta su muerte, y la sucesión de Darío al trono (521 a. C.).

Como en los primeros tiempos hubo una gran relación entre este soberano y Zorobabel, este último se dirigió a Babilonia y obtuvo permiso del monarca para reanudar el trabajo. Zorobabel regresó a Jerusalén y, a pesar de algunas demoras adicionales debidas a la enemistad de las naciones vecinas, el segundo templo, o, como puede llamarse por distinción del primero, el templo de Zorobabel, se completó en el sexto año del reinado de Darío, 515 a. C., apenas veinte años después de su comienzo. Fue entonces consagrado con todas las solemnidades que acompañaron la consagración del primero.

Zorobabel era de la estirpe real de David, y se llamaba «Sesbasar el príncipe de Judá». Nació en Babilonia, como su nombre lo indica, pero nada más lejos de lo que se ha dicho se sabe de su historia, excepto que de él descendieron tanto José como María. El plan general de este segundo templo era similar al del primero, pero lo superaba en casi todas las dimensiones en un tercio. Las decoraciones de oro y otros ornamentos en el primer templo deben haber superado con creces las otorgadas en el segundo, ya que se nos dice en Josefo que «los sacerdotes y levitas y los ancianos de las familias estaban desconsolados al ver lo suntuoso que era el antiguo templo que, debido a su pobreza, acababan de erigir».

GRADOS CRÍPTICOS

Consejo de Maestros Reales y Selectos

La jurisdicción apropiada bajo la cual estos grados deben ser otorgados, ya sea bajo Capítulos (para ser conferidos como preparatorios al grado del Arco Real), o bajo Consejos (para ser conferidos después de él), ha suscitado discusiones. El primer uso prevalece en Maryland y Virginia, pero el segundo en todos los demás Estados. No hay duda de que estos grados pertenecían originalmente al Rito Escocés Antiguo y Aceptado, y fueron conferidos como grados honorarios por los Inspectores de ese Rito. Se ha intentado repetidamente quitar los grados de las manos de los Consejos y colocarlos en Capítulos, para ser conferidos como preparatorios al Arco Real.

El Gran Capítulo General, en la sesión trienal de 1847, adoptó una resolución que concedía este permiso a todos los Capítulos en los Estados donde no existen Grandes Consejos. Pero, viendo la manifiesta injusticia e inoportunidad de tal medida, en 1853 renunció a todo control sobre ellos, y prohibió a los Capítulos bajo su jurisdicción conferirlos. En cuanto a la interferencia del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, esta cuestión fue dejada en suspenso en 1870 por el Consejo Madre, que, en su sesión de Baltimore, renunció formalmente a todo control adicional sobre ellos.

Maestro Real

El octavo grado del Rito Americano, y el primero de los grados conferidos en un Consejo de Maestros Reales y Selectos. El lugar de reunión se llama «Cámara del Consejo», y representa la sala privada del Rey Salomón, en la que se dice que se reunió para consultar con sus dos ayudantes durante la construcción del templo. Se dice que los candidatos que reciben este título son «honrados con el título de Maestros Reales».

De la historia legendaria y el simbolismo del grado, encontramos que, breves y simples como son las ceremonias, presentan la gran idea masónica del trabajador que busca su recompensa. A través de todo el simbolismo de la masonería, desde el primer hasta el último grado, la búsqueda de la PALABRA ha sido considerada pero como una expresión simbólica para la búsqueda de la VERDAD. El logro de esta verdad siempre ha sido reconocido como el gran objeto de todo el trabajo masónico. La verdad divina, el conocimiento de Dios oculto en la antigua doctrina cabalística, bajo el símbolo de su inefable nombre, y tipificado en el sistema masónico bajo la expresión mística de la *palabra verdadera*, es la recompensa propuesta a todo masón que haya realizado fielmente su tarea. Es, en resumen, el «sueldo del Maestro».

Maestro Selecto

El noveno grado en el Rito Americano, y el segundo de los grados conferidos en un Consejo de Maestros Reales y Selectos. Se supone que un

Consejo está compuesto por no más ni menos de veintisiete; pero un número menor, si no menos de nueve, es válido para abrir trabajos. Se dice que el candidato, cuando es iniciado, es «elegido como un Maestro Selecto». El objeto histórico del título es conmemorar el depósito de un importante secreto o tesoro que, después de la preparación preliminar, se dice que ha sido hecho por Hiram Abif.

El lugar de reunión representa una bóveda secreta bajo el Templo.

Súper Excelente Maestro

Un título que originalmente era un título honorario o secundario otorgado por los Inspectores Generales del Rito Escocés Antiguo y Aceptado en Charleston. Desde entonces se ha introducido en algunos de los Consejos Reales y Selectos de los Estados Unidos, y allí se ha conferido como un título adicional. El grado es simplemente una ampliación de la parte de las ceremonias del Arco Real que se refieren a la destrucción del Templo. No tiene nada que ver con las ideas inculcadas en la Masonería Críptica. De dónde surgió el grado originalmente es imposible de decir.

En cuanto al diseño simbólico del grado es muy evidente que su leyenda y sus ceremonias están destinadas a inculcar esa importante virtud masónica de fidelidad a los votos.

LIBRO DE LA LEY

Por una antigua costumbre, la Santa Biblia, o Libro de la Ley, está siempre abierta en la logia. Hay en esto, como en todo lo demás que es masónico, un simbolismo apropiado. El Libro de la Ley es la gran luz de la masonería. Cerrarlo sería interceptar los rayos de luz divina que emanan de él; y por ello permanece abierto, para indicar que la logia no está en la oscuridad, sino bajo la influencia de su poder iluminador.

Los masones en este sentido obedecen la sugerencia del Divino Fundador de la religión cristiana: «tampoco se enciende una vela y se oculta, sino que se coloca en un candelabro, y alumbrá a todos los que están en la casa».

El Libro de la Ley es el libro sagrado que el masón de una religión en particular cree que contiene la voluntad revelada de Dios y por lo tanto, cualquier cosa que exprese cualquier persona que pueda ser usada como un sustituto de la biblia en una logia masónica. Así, para el masón cristiano el Libro de la Ley es el Antiguo y el Nuevo Testamento; para el judío, el Antiguo Testamento; para el musulmán, el Corán; para el brahmán, los Vedas; y para el parsi, el Avesta. Todos ellos transmiten la misma idea del simbolismo de la voluntad divina revelada al hombre.

La masonería por sí sola no tiene una doctrina secreta. Su filosofía está abierta al mundo. Solo

son secretos sus modos de reconocimiento por los que se asegura la identificación y sus ritos y ceremonias, que son su método de instrucción. Todos los hombres pueden conocer los principios del credo masónico. Este credo consta de dos artículos: Primero, la creencia en Dios, el creador de todas las cosas, que por lo tanto es reconocido como el Gran Arquitecto del Universo; y segundo, la creencia en la vida eterna, para la cual esta vida presente no es más que un estado preparatorio y de prueba.

En el resurgimiento de la masonería en 1717, la Gran Logia de Inglaterra estableció la Ley y el credo religioso en las siguientes palabras que se encuentran en los cargos aprobados por ese organismo: «En la antigüedad, los masones eran considerados en todos los países como miembros de la religión de ese país o nación, cualquiera que fuera; sin embargo, ahora se considera más conveniente solo obligarlos a esa religión en la que todos los hombres están de acuerdo, dejando sus opiniones particulares para ellos mismos».

Esto se considera ahora universalmente como la ley reconocida en la materia.

OBJETIVO DE LA MASONERÍA

El «objetivo de la masonería» no es ni la caridad ni la limosna, ni el cultivo de los sentimientos sociales; pues ambas cosas son meramente incidentales a su organización. Es la búsqueda de la verdad y esa verdad es la unidad de Dios y la inmortalidad del alma. Los diversos grados representan las diversas etapas por las que pasa la mente humana y las muchas dificultades que los hombres, individual y colectivamente, deben encontrar en su progreso desde la ignorancia hasta la adquisición de la verdad. Esa verdad está oculta en sus símbolos, y éstos, que constituyen, como lo hacen, un lenguaje pictórico, o discurso artístico, están hechos para llevar una filosofía completa de la existencia y las relaciones de la deidad, la naturaleza y el hombre.

La masonería no solo es una ciencia universal, sino una religión mundial, y no debe lealtad a ningún credo, y no puede adoptar ningún dogma sectario, como tal, sin dejar por ello de ser masónica.

Extraído de la Cábala, y tomando el discurso o los símbolos judíos o cristianos, no discierne en ellos más que verdades universales, que reconoce en todas las demás religiones. La masonería no es el cristianismo, ni un sustituto del mismo. No

pretende reemplazarlo ni ninguna otra forma de culto o sistema de fe. Su religión es aquella general de la naturaleza y de las revelaciones primitivas, transmitida por algún antiguo y patriarcal sacerdocio, en la que todos los hombres pueden estar de acuerdo y en la que ningún hombre puede diferir. Inculca la práctica de la virtud, pero no proporciona ningún esquema de redención del pecado.

Señala a sus discípulos el camino de la rectitud, pero no pretende ser «el camino, la verdad y la vida». Ni la persecución ni la tergiversación pueden destruirlo. Puede que no encuentre lugar en una generación de fanáticos; puede que se retire durante un siglo; pero de nuevo llegará un maestro constructor con la llave del «palacio cerrado del rey», subirá las persianas, dejará entrar la luz y encenderá de nuevo el fuego del altar sagrado. El pavimento teselado será tan brillante como se trajo por primera vez de las canteras de la verdad, las joyas, de oro puro, se iluminarán al tacto, y las grandes luces se revelarán, intactas incólumes.

«Cuando el candidato está listo, el maestro aparece.» Y aún así los hombres son tan necios como para imaginar que pueden destruir esta herencia de las eras; ¡esta herencia de los inmortales! Ninguna edad es tan oscura como para apagar completamente la luz de la logia; ninguna persecución tan sangrienta como para borrar a sus adeptos; ningún edicto tan duradero como para contar un segundo en el eterno flujo el tiempo. Estos, todos y cada uno, solo sirven para mantener

al pueblo en la oscuridad y retrasar el reinado de la hermandad universal.

COMANDANCIA

Caballeros Templarios

En Estados Unidos una Asamblea de Caballeros Templarios se llama Comandancia y debe estar formada por al menos nueve miembros. El gobierno de los Caballeros Templarios masónicos en este país está regido, en primer lugar, en Comandancias, que confieren los grados de Caballero de la Cruz Roja, Caballero Templario y Caballero de Malta.

Las comandancias están bajo el control de las Grandes Comandancias en los Estados en los que existen esos organismos. Cuando no existen, las órdenes se derivan directamente del Gran Campamento. La autoridad suprema de la Orden es ejercida por el Gran Campamento de los Estados Unidos, que se reúne cada tres años. El oficial que preside es un Gran Maestro.

La Antigua Orden de Caballeros Templarios estaba dividida en provincias, cada una de las cuales estaba gobernada por un Gran Preceptor o Gran Prior.

Estas provincias eran quince en número y se extendían desde Jerusalén hasta Inglaterra. No había ninguna parte de Europa, excepto los empobrecidos reinos de Dinamarca, Suecia y

Noruega, donde los templarios no habían extendido sus posesiones y su influencia.

En todas las provincias había numerosas casas-templo llamadas Preceptorías, presididas por un Preceptor. Algunas de las casas se llamaban también Comandancias. Este último nombre ha sido adoptado por los Templarios Masónicos de este país.

Caballero de la Cruz Roja

Este grado, cuya leyenda lo sitúa mucho antes de la era cristiana y en el reinado de Darío, no tiene ninguna analogía con las órdenes caballerescas de la caballería. Es puramente masónico e íntimamente conectado con el grado del Arco Real. En este país siempre se confiere en una Comandancia de Caballeros Templarios y se da como una recepción preliminar en ese grado. La leyenda es la siguiente: «Después de la muerte de Ciro, los judíos, que habían sido liberados por él de su cautiverio y a los que se les permitió regresar a Jerusalén con el propósito de reconstruir el templo, se encontraron con obstáculos en su empresa por las naciones vecinas y especialmente de los samaritanos. Por ello enviaron una misiva, a la cabeza de la cual se encontraba su príncipe, Zorobabel, a Darío, el sucesor de Ciro, para pedir su mediación y protección. Zorobabel, esperando una respuesta favorable, logró no solo obtener su petición, sino también renovar la amistad que había existido anteriormente entre el rey y él. En

conmemoración de estos eventos, se dice que Darío instituyó una nueva orden y la llamó los Caballeros del Este. Después asumieron su nombre actual por la cruz roja que llevaban en sus estandartes».

Caballeros Templarios

En los primeros siglos de nuestra era la raza semita envió a las naciones dos grandes corrientes de religión; y de esta contribución surgieron los sistemas rivales del cristianismo y el mahometismo.

Cada uno sería todo o nada. Cada uno pasó a formar parte de la estructura política de los estados y buscó controlar las instituciones y dominar los destinos del mundo.

En la lucha que siguió, los poderes de la civilización primitiva se enfrentaron entre sí bajo la cruz y la media luna. En esta lid Europa cayó ante Cristo; Asia y África, ante Mahoma.

LA CRUZ

El cristianismo fue concebido en Abraham y dado a luz a través de Jesucristo.

Abraham, originalmente Abram, fue el fundador de la nación judía, y nació en Ur, en Mesopotamia, en 1996 a. C. Se casa con Sara, y en 1922 a. C. se traslada a Harán en Mesopotamia.

Unos años más tarde van a la tierra de Canaán, y allí, en 1896 A.C., en su extrema vejez, nace Isaac. A la edad de cuarenta años Isaac se casa con Rebeca, y en 1836 a. C. nacen hijos gemelos a los que llaman Jacob y Esaú.

Jacob, en 1753 a. C., se casa con Lía y Raquel y tiene seis hijos y una hija de Lía: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Ísacar, Zabulón y Dina; dos hijos de la sierva de Raquel, Bilhá: Dan y Neftalí; dos de Zilpa, la sierva de Lea: Gad y Aser; dos de Raquel: José y Benjamín. Los doce hijos de Jacob se convirtieron en los antepasados inmediatos de las doce tribus de Israel.

En 1571 a. C. vino al mundo ese gran legislador, Moisés, el primer profeta de Israel.

Era hijo de Amram y Jocabed, de la tribu de Levi y el hermano menor de Miriam y Aarón. El nombre de Moisés es uno de los más grandes de la historia. Organizó al pueblo hebreo; formó el carácter hebreo; y la influencia que la nación

hebrea ha ejercido en la humanidad, al ser a través de muchos siglos portadora de la idea monoteísta, difícilmente puede ser sobreestimada. Durante muchas generaciones los judíos habían vivido en la más abyecta esclavitud; habían perdido todo sentimiento de independencia y confianza en sí mismos, y las peculiaridades de su pueblo se contaminaron y pervirtieron, en lugar de haberse desarrollado en un carácter nacional. Sus características los hacían poco aptos para la conquista de un país, para la organización de un estado y para el papel que estaban destinados a desempeñar en la historia.

Según el relato bíblico Moisés tenía cuarenta años cuando huyó de Egipto a Arabia, ochenta cuando regresó y encabezó la marcha a través del Mar Rojo hacia el Sinaí, y 120 cuando murió en el Monte Nebo. Bajo su liderazgo, el pueblo hebreo, durante cuarenta años erró por el desierto y asumió el carácter religioso y moral que le permitió comenzar su carrera en Palestina.

Judá, uno de los doce patriarcas y el progenitor de la tribu del mismo nombre, llegó a ser tan poderoso en Palestina como para dar su nombre al reino de Judea y, en última instancia, a toda la raza de los descendientes de Abraham (judíos). Parece que Judá ejerció una especie de liderazgo entre sus hermanos; fue él quien les persuadió de no matar a José, sino de venderlo a los madianitas, y en el viaje a Egipto para comprar maíz fue Judá quien actuó como portavoz de toda la compañía. Como tal se ofreció a José como esclavo para rescatar a

su medio hermano Benjamín. Se casó con una mujer cananea, con la que tuvo tres hijos: Er, Onan y Shelah. Er y Onan murieron en la tierra de Canaán sin problemas. Tamar, su nuera, por engaño, le dio dos hijos gemelos, Fares y Zara, del primero de los cuales descendió David, y finalmente Cristo. De la vida de Judá en Egipto no se sabe nada, salvo que aún vivía en el momento de la muerte de su padre que y recibió esa espléndida bendición que predijo la gloria de su linaje.

El judaísmo, el sistema religioso y político de los judíos, tal como lo ordenan las leyes de Moisés, se convirtió en la base de una religión espiritual o universal.

«Y ella [María] dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mat. 1, 21; Lucas 1, 31-33).

Jesús el Cristo nació en Belén, una pequeña ciudad de Judea, ya famosa por ser el lugar de nacimiento del rey David, a unas seis millas al sur de Jerusalén. El hogar de su madre, María, era Nazaret en Galilea, pero ella había llegado a Belén con su marido, José, descendiente de David, en obediencia a un decreto de inscripción e impuestos que parece haber requerido la presencia de José en el hogar original de su familia. Se cree que María era, como José, descendiente de la casa real de Judá. Se supone que Jesús nació el 25 de diciembre, cuatro años antes del año 1 d. C. Al octavo día de su nacimiento fue circuncidado, y al cuadragésimo día fue llevado al templo. La visita de ciertos «sabios» o magos, probablemente

procedentes de Persia, al niño de Belén, con regalos propios de un rey, y las averiguaciones hechas anteriormente en Jerusalén que hablaban de un rey que nacería entre los judíos, despertaron los celos de Herodes el Grande, que gobernaba entonces en Judea y los territorios vecinos bajo la protección de los romanos. Ordenó entonces la masacre de todos los recién nacidos en Belén. José, advertido, tomó al niño y a su madre por la noche y huyó a Egipto a tiempo para escapar de la destrucción, donde permanecieron hasta que fueron avisados de la muerte de Herodes poco después. José parece haber tenido la intención de criar al niño en Belén (la ciudad de David), pero otra advertencia le hizo regresar a Nazaret. Doce años después José y María llevaron a Jesús con ellos a Jerusalén para celebrar la Pascua, y entonces demostró que ya era consciente de una misión divina. Sin embargo, vivió en Nazaret durante dieciocho años más, y probablemente asistió a José en su oficio, el de carpintero. José no se vuelve a mencionar en los Evangelios, y se supone que murió antes de que Cristo entrara como tal en la vida pública.

Cuando Jesús tenía unos treinta años, su pariente, Juan, el hijo de Zacarías, comenzó a anunciar la proximidad del reino de Dios y a llamar a sus compatriotas a prepararse para ello mediante una reforma moral, aceptando el bautismo en sus manos como un signo de la remisión de los pecados. Jesús apareció entre las multitudes que se reunieron en torno a Juan el Bautista en el Jordán,

e insistió en ser bautizado por él. Después de que Juan hubiera administrado a regañadientes el rito a alguien que sentía, por una especie de instinto profético, más santo que él, se le mostró que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios, y lo anunció como tal a los que le rodeaban. Después de su bautismo algunos de los discípulos de Juan se unieron a Jesús y lo acompañaron a Galilea. Luego fue a Jerusalén y se mostró a los jefes de la nación como mensajero del cielo, expulsando del patio del templo a los que se les había permitido traficar en él por conveniencia de los adoradores. Un miembro del Sanedrín, Nicodemo, se convirtió en ese momento en un seguidor secreto del nuevo profeta. Durante unos meses, Jesús llevó a cabo en Judea un trabajo similar al de Juan el Bautista, y parecía cooperar con éste en el esfuerzo por lograr un arrepentimiento nacional. Pero mientras se intentaba crear una disensión entre sus seguidores y los de Juan, se retiró a Galilea.

Después de que Juan el Bautista fuera ejecutado por Herodes Antipas, Gobernador de Galilea, Jesús comenzó su segundo y último intento de obtener una audiencia de los representantes de la nación en Jerusalén. Apareció repentinamente en la fiesta de los tabernáculos, y por medio de milagros y discursos, así como por la oposición airada que suscitó, logró al menos despertar un nuevo interés en sus movimientos y fijar la atención de la nación sobre sí mismo durante el resto de su carrera. Durante varios años continuó llevando sus enseñanzas por toda Palestina, encontrando mucha

oposición y muchas pruebas y tribulaciones. Los gobernantes comenzaron a temer su creciente popularidad y alrededor del año 29, cuando regresaba a Betania desde Jerusalén, fue traicionado por Judas, arrestado y llevado de vuelta a la ciudad para ser juzgado ante el Sanedrín. La acusación era de blasfemia, pero a falta de testigos de confianza fue prácticamente puesto bajo juramento y se le exigió que se autoinculpara.

Cuando el sumo sacerdote le apeló solemnemente, no solo confesó su condición de Mesías, sino que afirmó que era el Hijo de Dios y el futuro juez del mundo. Fue llevado ante Poncio Pilato, quien ordenó su muerte por crucifixión. Murió en el acto de encomendar su alma a Dios. El cuerpo fue entregado por Pilato a José de Arimatea, y, ayudado por Nicodemo, lo colocó en una tumba preparada para él en un jardín que poseía fuera de los muros.

Jesús resucitó al tercer día después de su muerte en el cuerpo que, aunque cambió, era el mismo que fue crucificado.

Fue visto a menudo en diferentes lugares y circunstancias por muchos testigos. El cuadragésimo día después de su resurrección, Jesús condujo a los apóstoles fuera de Jerusalén hacia Betania y los dejó por última vez, no desapareciendo, como antes, sino ascendiendo a los cielos hasta que una nube lo ocultó a la vista. Mientras lo observaban, dos ángeles les trajeron un mensaje que decía: «Venid de la misma manera».

El cristianismo, la religión fundada por Jesucristo, puede ser considerada como divisible en:

(1) El cristianismo histórico, los hechos y principios enunciados en el Nuevo Testamento, especialmente los relativos a la vida, los sufrimientos, la muerte, la resurrección, la ascensión y la naturaleza de Jesús, junto con el desarrollo posterior de la Iglesia cristiana, y la incorporación gradual en la sociedad de los principios inculcados en ella.

(2) El cristianismo dogmático, los sistemas de doctrina teológica fundados en el Nuevo Testamento. Estos sistemas difieren con las diferentes iglesias, sectas y escuelas.

(3) Cristianismo vital, el Espíritu manifestado por Jesucristo en su vida, y que ordenó a sus seguidores a imitar.

LA MEDIA LUNA

*El mahometanismo fue concebido en
Abraham y dado a luz a través de
Mahoma.*

Abraham solo tuvo un hijo, Isaac, con su esposa, Sara, que nació en el año 1896 a. C. Cuatro años después del nacimiento de Isaac, Ismael, que era hijo de Abraham por la sierva egipcia de Sara, Agar, fue llevado al desierto con su madre. «Ismael fue bendecido,» y tuvo doce hijos que se convirtieron en príncipes según sus naciones. Y habitaron desde Havila hasta Shur, que está delante de Egipto cuando vas hacia Asiria (Génesis 25). «Tenían pendientes de oro, porque eran ismaelitas» (Jue. 8, 24). Ismael murió en el año 1773 a. C., «en presencia de todos sus hermanos, a la edad de 137 años». Los árabes lo consideran su antepasado inmediato.

La leyenda del pueblo es la siguiente. Cuando nuestros primeros padres fueron expulsados del Paraíso, vagaron hasta que finalmente se establecieron en la frontera del gran desierto árabe. Aquí construyeron un templo, la Kaaba, en exacta imitación del que habían adorado en el Jardín del Edén.

Diez generaciones más tarde, una inundación barrió esa región y destruyó el frágil edificio, de modo que no quedó ningún vestigio. Diez

generaciones después, en un ataque de celos, Sara, la esposa del patriarca Abraham, hizo que expulsara a su sierva Agar y a su hijo Ismael y mientras vagaba por el desierto un ángel le reveló este sitio a Agar, y ella dio a su sediento hijo a beber de las refrescantes aguas de su pozo Zamzam. Fue aquí, debido al suministro de agua (la principal manera de localizar una ciudad oriental), que una tribu de amalecitas vino y fundó la ciudad de La Meca.

Ayudaron a Ismael a reconstruir la Kaaba, y en su ayuda llegó el ángel Gabriel, con una piedra blanca del Paraíso, que aún hoy se encuentra en la pared de la Kaaba, ennegrecida por los besos devotos de los labios pecadores.

En el siglo VI de la presente era el guardián de esta piedra sagrada era un tal Abd Allah, un hombre muy pobre pero noble, de una tribu de las más distinguidas árabes; la custodia de la Kaaba le fue confiada hereditariamente.

Pero su familia, Hashem, era pobre. Abd Allah murió justo antes de que naciera su primer hijo. Ese hijo se llamaba Mahoma, «El Alabado» y nació en la Meca en el año 570. En años posteriores, cuando tuvo lugar la deificación del profeta, se añadieron a las circunstancias de su nacimiento, leyendas similares a las de los otros fundadores de grandes religiones. Se dice que tan pronto como nació, volvió sus ojos a la luz y dijo claramente: «Dios es grande y yo soy su profeta», el río Tigris se desbordó en sus orillas, el palacio del rey Cosroes se derrumbó al suelo, los fuegos

sagrados de Zoroastro que habían ardido durante siglos se extinguieron por la luz más brillante, y las mulas hablaron y las ovejas se inclinaron ante él cuando salió. Perdió a su madre, Amina, cuando tenía seis años, y fue adoptado unos años más tarde por su tío, Abu Taleb, con quien se fue a Siria; allí conoció a un monje árabe, que informó a su tío del futuro que le esperaba a su sobrino, y le encargó que cuidara al niño con el mayor cuidado. Desde entonces hasta sus veinte años apenas se sabe nada de él.

En ese año sirvió en la guerra contra la tribu Banu Nadir. A los veinticinco años era un pastor en los campos de pastoreo en los alrededores de la Meca. Por esta época, entró a trabajar para una viuda rica, que era unos quince años mayor que él. Esta viuda, Jadiya, lo empleó para cuidar de sus caravanas, y su gestión de los asuntos de ella fue atendida con éxito. A su regreso de un viaje a Damasco, donde había tenido más éxito que nunca, la exultante viuda se ofreció a casarse con él y defendió su causa con tal fervor y elocuencia que el joven dio su consentimiento. En muchos aspectos este matrimonio fue el más importante. De inmediato colocó a Mahoma en una posición de prosperidad y elevó su rango hasta igualarlo al de la influyente tribu de los Quraysh. Dejó los negocios y se dedicó a la meditación religiosa. La religión de los árabes en esta época (595) era el sabeísmo, una especie de idolatría o sistema de adoración del sol, la luna y las estrellas, muy extendido no solo en Arabia, sino también en Caldea, Siria y Etiopía. La idolatría

había empañado el antiguo monoteísmo (un solo Dios) de los árabes y había llevado los instintos religiosos del pueblo a una confusión múltiple. Mahoma estaba rodeado de judíos, cristianos y judíos cristianos; y en sus viajes con las caravanas tenía frecuentes oportunidades de discutir cuestiones religiosas con ellos. Es cierto que estaba lejos de estar satisfecho con el judaísmo, el cristianismo o el sabeísmo, las religiones populares de Arabia. Las escenas de miseria e inmoralidad, y la completa degradación espiritual de todo el pueblo, dejaron una vívida impresión en su mente sensible, y le sugirieron que encontrara una solución.

A los cuarenta años recibió la primera revelación sobre la nueva verdad. Se apresuró a su amada esposa, y, confiándole lo que había sucedido, cayó en un severo paroxismo de epilepsia. Se sometió a los más terribles tormentos mentales.

La vacilación y el miedo lo poseyeron. Al final los superó, con el resultado de que se sintió llamado a derrocar el culto de sus compatriotas, establecer la creencia en la unidad de Dios, ya que él era el único designado divinamente para predicarlo al mundo. La evidencia de historiadores demuestra que era conocido por su bondad y gentileza, su honestidad y verdad. Su progreso fue lento, sus pasos, obstinados, sus enemigos lo persiguieron, su fiel esposa, Jadiya, muere, y una vez fue apedreado y dejado por muerto al borde del camino. En esta coyuntura la ayuda llegó de forma inesperada.

La vecina ciudad de Medina estaba en manos de dos tribus hostiles al pueblo de la Meca, y le ofrecieron a él y a sus conversos asilo. A altas horas de la noche y a riesgo de su vida huyó de su lugar de nacimiento. Ese día se celebra en el calendario mahometano como el comienzo de una nueva era.

Esto ocurrió en el año 622, y se llama la Hégira. Su huida se hizo conocida y sus perseguidores lo siguieron. Se escondió en una cueva durante tres días y tres noches. A la tradición le encanta contar cómo una araña tejió su red sobre la boca de la cueva, y algunas palomas, siempre sagradas, pusieron sus huevos ante la cueva, de modo que los perseguidores juzgaron que nadie había entrado en la cueva. Al llegar a Medina, organizó a sus seguidores. A partir de ese momento se produjo un cambio completo en él; el hombre que había sido «tan tímido como una virgen con velo», se convirtió ahora en el apóstol de la guerra. Con un pequeño ejército de seguidores invadió Arabia, y en menos de siete años su brillante espada había conquistado todas las ciudades del país. Incluso la Meca cayó ante él, y arrojó los ídolos del templo y lo consagró a la adoración de Alá. Ahora era reconocido por todo el pueblo como el profeta de Dios y como su rey.

Su gran regalo es la Biblia mahometana, el Corán, un libro que contiene los mensajes del profeta que fueron recogidos por su seguidor, Zayd, de los registros escritos en hojas de palma,

piedras blancas, cuero, los omóplatos de ovejas y camellos.

El mahometismo, la religión fundada por Mahoma, enseña, en oposición a las diversas religiones idólatras que ha logrado superar, un fuerte teísmo (creencia en Dios), esencialmente el mismo que enseñan el judaísmo y el cristianismo, del que se tomó prestado. «No hay más Dios que Dios» es el principio principal de la dogmática mahometana, y ha creado el mundo y el alma inmortal del hombre, cuya vida en la tierra juzgará y recompensará o castigará en un estado futuro. Pero el desarrollo de esta idea, especialmente de la relación entre Dios y el hombre, es estrecho, fantástico y arbitrario. Ante el poder todopoderoso de Alá el libre albedrío del hombre se desvanece; el mahometanismo es el fatalismo.

Diez años después de que Mahoma huyera de la Meca, en el año 632, a la edad de sesenta y dos años, peregrinó allí desde Medina con cuarenta mil musulmanes, y allí en una montaña, como lo hiciera Moisés, pronunció las últimas palabras al pueblo, exhortándole principalmente a proteger a los débiles, a los pobres, a las mujeres y a abstenerse de la usura. Estuvo enfermo durante algunos días, a causa de un veneno que le administró una mujer. Mientras yacía moribundo, con la cabeza apoyada en el regazo de Ayesha, una de las numerosas esposas con las que se había casado después de la muerte de Jadiya, ella le oyó murmurar, mientras miraba su rostro pálido y sus

ojos lentamente vidriosos, «No a los compañeros de arriba en el Paraíso».

Ella tomó su mano en la suya, rezando. Dejó diez esposas (de catorce, que tenía en total), pero solo una hija, Fátima, la hija de Jadiya, su primera esposa; y mientras Jadiya vivió, Mahoma no siguió la práctica habitual entre los árabes de tomar muchas esposas. Fue enterrado en la mezquita de Medina, y en su tumba se reúnen miles de peregrinos cada año.

El Islam es el nombre árabe del credo mahometano. Musulmán es el nombre que se dan los profesores de este credo. Sarracenos o musulmanes, seguidores de Mahoma.

EL CONFLICTO

El odio mutuo había existido por mucho tiempo entre los cristianos y los mahometanos. Estos últimos habían hecho un daño incalculable a las doctrinas de la cruz. Todo lo que los misioneros y evangelistas habían logrado en Arabia, Abisinia, Egipto y el norte de África, había sido erradicado por los seguidores del profeta. El movimiento de los mahometanos, hacia el oeste a través de África y hacia el norte en Europa, en el siglo VIII, fue respondido por el contramovimiento de los cristianos, hacia el este a través de Europa y hacia Asia, en el siglo XI. La espada del Godofredo vivo fue Cruzada con la del Taric muerto.

Sin embargo, antes de que se iniciara el conflicto, e indirectamente conducida a él, Palestina se había convertido en la Meca de los peregrinos piadosos, quienes, desde todas las partes de la cristiandad, recorrían su largo camino hacia la tierra sagrada de su Señor, para hacer penitencia por sus pecados o para avivar su celo visitando escenas sagradas. Un gran estímulo fue dado a estas acciones por la madre de Constantino, Helena, que visitó la Tierra Santa en el año 325 d.C., y en un celo piadoso usó la inmensa riqueza a su mando para construir altares, capillas y casas de oración en lugares hechos históricos por los eventos en la vida del Salvador. Ella erigió la famosa Iglesia de la Natividad en Belén, la ciudad de su nacimiento;

construyó la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, en el supuesto lugar de su tumba; y puso los cimientos de la Iglesia de la Resurrección. Su labor despertó un nuevo afán por la peregrinación. Desde entonces, miles de príncipes y campesinos, nobles y mendigos, devotos y mercenarios, abarrotaban anualmente las calles en su camino hacia la «Ciudad del Gran Rey».

Jerusalén, entonces bajo el control del Imperio Romano, fue tomada en el 637, por los soldados fieles al Islam, dirigidos por el famoso jefe mahometano, Omar. Él erigió la mezquita que lleva su nombre, en el sitio del templo de Salomón, y restauró los recintos del templo como tributo al rey Salomón, cuya fe, como la de Mahoma, reconocía un solo «Dios vivo y verdadero».

Debido a la tolerancia de Omar, durante un largo período los cristianos no vieron perturbadas en sus peregrinaciones y devociones, pero en 1073 Palestina fue invadida y conquistada por hordas de turcos selyúcidas, que salieron del noreste a través de Jorasán y otras provincias de Persia. Eran más revolucionarios que conquistadores, discípulos del Islam. Los gobernadores árabes fueron obligados a retirarse a Egipto. La Ciudad Santa cayó bajo el dominio del Sultán Malik Shah y sus virreyes, quienes instituyeron una gran violencia contra cristianos y árabes. Infestados por bandas de hombres sin ley, los caminos a Jerusalén ya no eran seguros para los peregrinos. Se les robaba su gran o pequeña riqueza; los hombres eran arrojados a la esclavitud; los niños eran robados o asesinados, y

aunque, sin duda, había entusiastas que asumían estos peligros en santa misión, la gran mayoría de la cristiandad se llenaba de dolor y venganza cuando los peregrinos que regresaban contaban la espantosa historia de las atrocidades paganas.

En este momento, cuando apenas había un círculo familiar que no estuviera afectado por el trato brutal a los peregrinos, Pedro el Ermitaño, un monje y nativo de Amiens, Francia, habiendo visitado Palestina y presenciado la crueldad de los turcos, informó de lo que había visto al Papa Urbano II, por quien animado, viajó a través de Italia y Francia y comenzó a predicar la primera Cruzada. Pedro había sido educado en París y en Italia; había servido en el ejército de Flandes, pero abandonó la carrera militar y se casó; se convirtió en monje después de la muerte de su esposa, y finalmente en ermitaño. Sin otro poder que la influencia de su carácter y su genio, este simple monje, hombre de aspecto mezquino, vestido con una sotana gruesa, alrededor de la cual una ruda cuerda servía de cinturón, montado en una mula, y sosteniendo un reluciente crucifijo en su mano, cabalgaba de ciudad en ciudad y de provincia en provincia repitiendo las indignidades acumuladas sobre los inocentes peregrinos; en un lenguaje gráfico representaba las escenas de sangre de las que había sido testigo en las calles de Jerusalén, apelando a su vez a la piedad, el coraje y las pasiones de sus oyentes. Con su elocuencia encendió el corazón popular para salir a reparar los males y rescatar una tumba profanada de las manos

del infiel. Como consecuencia de sus apasionadas arengas, tal ola de entusiasmo por su empresa surgió en toda la cristiandad que sus palabras llegaron a los poderes reinantes y, en el año 1095, en el primer concilio de Clermont, el Papa Urbano II abrazó su causa y declaró la primera Cruzada. Antes de la puesta en marcha de la verdadera Cruzada, cuatro ejércitos, si se les puede llamar así, consistentes en multitudes desordenadas de la cristiandad, habían partido hacia Palestina.

Las fronteras orientales de Francia se convirtieron en el escenario de la reunión. Allí Pedro el Ermitaño, como principal promotor de la empresa, asumió el liderazgo. Sin una preparación adecuada, sin armas apropiadas y sin ninguna apreciación de los peligros y dificultades que les esperaban, la vasta y tumultuosa muchedumbre salió de Francia y entró en Alemania. El gran mar de la furiosa y enajenada humanidad desbordó las abandonadas rutas y portó la devastación a su paso. Los medios de subsistencia se agotaron rápidamente, y las multitudes comenzaron a atacar los países por los que atravesaban. Avanzaron a través de los territorios alemanes como un ejército de langostas devoradoras, hasta que, por puro despilfarro de recursos, se vieron obligados a dividirse en masas más pequeñas. Un grupo de unos 20.000 hombres, dirigidos por Walter el Indigente, un caballero francés de Borgoña, avanzó a través de Hungría y Bulgaria en dirección a Constantinopla. Los búlgaros tomaron las armas para defender su país de la destrucción. La huella de Walter y su ejército

fue marcada con sangre y fuego. Los cruzados fueron perseguidos día tras día hasta que, en los confines del país, solo quedaban Walter y unos pocos seguidores para abrirse camino a través de los bosques hacia Constantinopla.

Mientras tanto, la segunda división del ejército, con unos 40.000 hombres, mujeres y niños, bajo el mando de Pedro el Ermitaño, siguió adelante en la misma dirección que Walter. Ellos también fueron perseguidos y atacados furiosamente por los búlgaros salvajes, que causaron una derrota general y la matanza de miles de ellos. El resto de miserables fugitivos medio muertos de hambre llegaron a tiempo a Constantinopla, donde, bajo la protección del emperador Alejo, que había abrazado la Cruzada, los dos unieron sus fuerzas, cruzaron el Bósforo hacia Asia Menor y se encontraron con los turcos en Niza. Allí fueron completamente derrotados y masacrados; Walter el Indigente fue asesinado y el resto regresaron a Constantinopla. Un tercer grupo pronto le siguió desde Alemania. Cierta monje llamado Godeschal, celoso de la fama de Pedro y Walter, predicó la guerra santa a través de sus distritos natales, y unos 15.000 aldeanos y campesinos acudieron a su estandarte. Siguieron la misma ruta que los demás, y ante los muros de Belgrado fueron masacrados por los húngaros.

Mientras tanto, la cuarta y última división del ejército se reunió en los confines orientales de Alemania. Tal vez ninguna otra masa tan detestable y vil ha sido vista antes lo será después en este mundo. Francia envió a sus ladrones; las provincias

del Rin, sus despojos; las islas británicas, sus forajidos; y todo el oeste, a sus asesinos.

Este encantador ejército de basura europea se juntó en un número superior a los 200.000 hombres. Unos pocos nobles ignorantes con sus criados se unieron a la masa común; pero cuando se trataba de elegir a los líderes la elección recayó en una cabra y un ganso. Estas ridículas criaturas fueron en realidad presentadas como los agentes divinamente constituidos por los cuales la hueste debía ser conducida a la victoria sobre los infieles turcos de Asia. El resultado fue tan repugnante como abominable. La supersticiosa manada cayó sobre los colonos judíos en las ciudades del Rin y el Mosela, y comenzó a robar y asesinar. La muchedumbre enfurecida pretendía ver en los judíos a los enemigos de Cristo. A pesar de las protestas de la Iglesia Romana, bajo cuya llamada había comenzado la Cruzada, los judíos fueron masacrados por miles. Cuando las huestes de rufianes no pudieron encontrar más material para la matanza, la marcha se reanudó desde el Rin hasta el Danubio. Toda la ruta fue una escena de lujuria bárbara y libertinaje. El día del juicio final, sin embargo, llegó por fin. En el Danubio, el ejército húngaro formó para disputar el progreso de los invasores. La ingente masa de criminales fue acorralada y espoleada contra el río.

La marea del Danubio se tiñó de roja sangre de ladrones. Muy pocos escaparon de la venganza de los húngaros y del río que los envolvía. Así pereció la cuarta y última de esas multitudes fanáticas que

se levantaron a la llamada de Pedro el Ermitaño. Ya habían acabado con más de un cuarto de millón de seres humanos antes de que el ejército regular pudiera equiparse y ponerse en marcha a raíz del tumulto popular. Ningún soldado cristiano había penetrado hasta ahora más allá de la llanura de Niza.

Walter el Indigente estaba muerto. La fama de Pedro el Ermitaño también se había resentido, pero la fiebre de Europa no se había enfriado. Aún faltaban los soldados por emprender en expedición regular lo que sus campesinos y monjes, su ganso y su cabra, no habían logrado.

Mientras tanto, los príncipes seculares del oeste, que asistieron al concilio de Clermont y asumieron la cruz, estaban ocupados preparando la guerra santa. Un vasto ejército que abarcaba toda la caballería de Europa, consistente en seis grandes divisiones, partió hacia Constantinopla. Aquí unieron sus fuerzas y luego emprendieron la marcha hacia la Ciudad Santa. Entre los que estaban destinados a distinguirse como cruzados, debe mencionarse, en primer lugar, a Godofredo de Bouillon, Duque de Lorena. Su reputación de piedad, aprendizaje y coraje era igual a la del mejor príncipe de su época. En la casa de su padre, Pedro el Ermitaño había vivido antes de convertirse en monje. En los primeros años de su vida, Godofredo tomó las armas y ganó una gran distinción como soldado en muchas batallas sangrientas. Sin ningún propósito a medias se

convirtió en un cruzado. No se escatimaron sacrificios para asegurar el fin deseado.

Vendió o hipotecó todos sus castillos y haciendas, y con el dinero obtenido por la venta de sus vastos dominios levantó y equipó un magnífico ejército de 90.000 hombres. Fue él quien dirigió a los destacamentos de Alemania y del norte de Francia.

Raymond, Conde de Toulouse, el segundo de los líderes, era soldado de profesión y había luchado contra los mahometanos en España. Era reconocido como uno de los capitanes más valientes de su tiempo. Decía que había pasado su juventud luchando contra los seguidores del falso profeta en Europa, y que pasaría su vejez luchando con ellos en Asia. Ya envejecido, sus blancos mechones lo convirtieron en un líder conspicuo para el sur de Francia.

El príncipe Bohemundo, de Tarento, Italia, que dirigía la fuerza italiana, era el hombre más alto de su ejército; estaba lleno de pasión y poseía un orgullo altivo; cuando hablaba, sus oyentes creían que la elocuencia había sido su único estudio; cuando desenfundaba un arma, parecía que no había hecho nada más que empuñar la lanza y la espada. La liberación de la tumba de Cristo no fue el objeto que le indujo a asumir la cruz; esperaba ganar un reino antes de llegar a Jerusalén. Después de la caída de Antioquía sus vanas esperanzas se hicieron realidad al convertirse en el primer Príncipe de Antioquía.

Hugo el Grande, Conde de Vermandois, dirigió las fuerzas francesas. Era hermano del Rey Felipe

de Francia. Muy admirado por la corte por sus brillantes cualidades. Era valiente, pero se dejaba llevar fácilmente por la adulación, y le faltaba perseverancia.

Roberto, duque de Normandía, que dirigió las fuerzas normandas, era hijo de Guillermo el Conquistador. Tenía pocas cualidades nobles y muchos defectos reprobables. Su extravagancia, debilidad e inconstancia le causó cierta impopularidad, y, al final, lo redujo a la pobreza absoluta.

Roberto, Conde de Flandes, estaba a la cabeza de las fuerzas flamencas o holandesas. Se embarcó en una expedición que le proporcionó la reputación de un caballero audaz, junto con el apellido de «La Lanza y la Espada» de los cristianos.

Todos estos líderes fueron celebrados por sus hazañas, pero nadie entre ese vasto ejército era más digno de atraer la atención de la posteridad como el valiente Tancredo, de la isla de Sicilia.

Extraño a todos los motivos e intereses de la política, no reconocía otra ley que la religión y el honor, y siempre estaba dispuesto a morir por su causa.

Fue nombrado Príncipe de Tiberíades, y finalmente murió en Antioquía en 1112. Las fuerzas así reunidas contaban con 600.000 guerreros. De estos, 100.000 pertenecían a la caballería y el resto a la infantería. El carácter mixto de la muchedumbre aún se conservaba. Sacerdote, matrona y doncella viajaban al lado de los guerreros. A la cabeza iban el austero

Godofredo, el canoso Raimundo y Pedro el Ermitaño sentado en una mula.



Jerusalem

JERUSALÉN

Este inmenso ejército siguió avanzando, y después de capturar Niza, Antioquía y otras ciudades en el camino, este ejército, aunque muy reducido en número por las privaciones y los conflictos, finalmente llegó al objeto de su ambición, Jerusalén, en el año 1099. La ciudad fue tomada el 5 de julio, después de un obstinado asedio de algo más de cinco semanas. Asalto tras asalto se hicieron sobre los muros inflexibles, solo para ser repelidos, y los hastiados restos de solo 40.000 de lo que una vez fue un vasto ejército, estuvieron a punto de abandonar la empresa, cuando Godofredo, mirando hacia el Monte de los Olivos, vio allí a un poderoso jinete agitando en alto un broquel. «He aquí», gritó el héroe, «San Jorge viene de nuevo en nuestra ayuda y hace una señal para que entremos en la Ciudad Santa» El efecto fue mágico.

El ejército, poseído por un entusiasmo frenético, hizo una carga irresistible, atravesó las murallas, y Jerusalén fue tomada. La historia ha remarcado que los cristianos entraron en Jerusalén un viernes, a la hora de las tres de la tarde; exactamente el mismo día y hora en que Cristo expiró para la salvación de la raza humana. Entre los que recibieron las mayores felicitaciones de la multitud victoriosa estaba Pedro el Ermitaño. El pequeño monje fanático fue señalado como el más grande de todos los organismos humanos por los que se había logrado la liberación de Jerusalén. Alrededor de él, vestido con su ropa de lana y montado en su mula, los zelotes medievales se reunieron en enormes

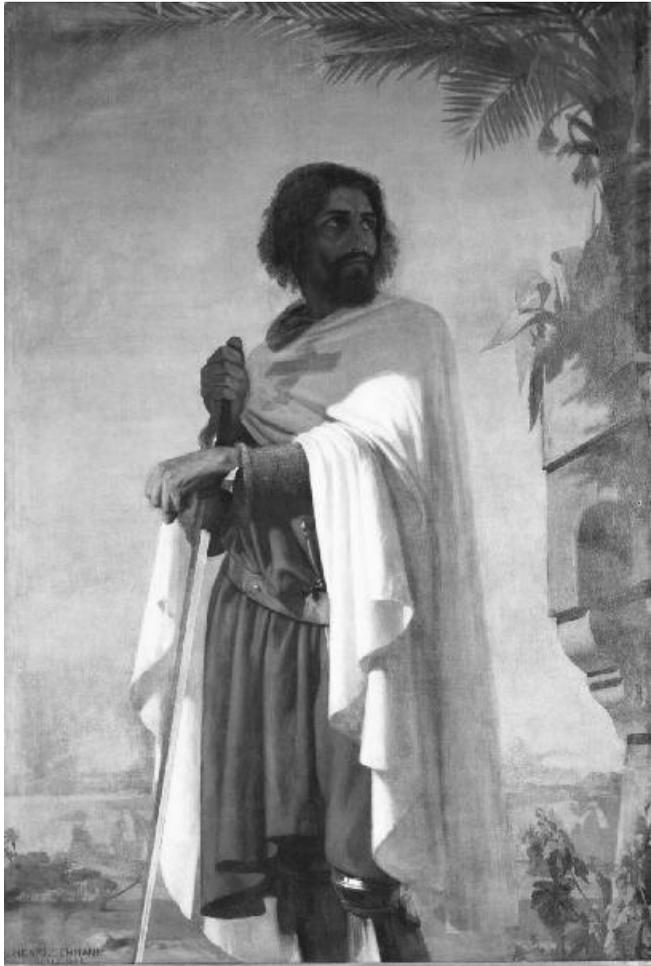
multitudes y le hicieron una reverencia como a un libertador y salvador.

Godofredo de Caldo pronto obtuvo su parte. A los ocho días de la caída de la ciudad fue elegido rey de Jerusalén el 23 de julio. Godofredo aceptó el cargo, pero rechazó el título de rey. Declaró que sería impropio de él llevar una corona de oro en la ciudad donde Cristo había sido coronado con espinas. Por lo tanto, se decidió que se llamara «Primer Barón y Defensor del Santo Sepulcro». Su soberanía, sin embargo, era amplia y su derecho se disputaba. Poco después, muchos de los príncipes y líderes regresaron a Europa. Pedro el Ermitaño también dejó la Ciudad Santa y comenzó un viaje de regreso a casa. En medio del mar, su barco se vio envuelto en una tormenta y el aterrorizado monje juró que si se salvaba, levantaría una abadía en honor a la tumba de Cristo. La tormenta pasó y Pedro mantuvo su voto construyendo un monasterio. Aquí pasó el resto de sus días en penitencia, a la manera de su orden.

Alrededor de un año después de la toma de Jerusalén, cuando Godofredo regresaba de una expedición, el emir de Cesarea salió a su encuentro y le presentó una ofrenda de algunos de los frutos de Palestina. El desprevenido Godofredo aceptó y comió una manzana. Sin duda había sido envenenada, ya que el príncipe casi inmediatamente enfermó. Con gran dificultad que llegó a Jaffa, de donde fue trasladado a su capital, donde el 18 de julio de 1110, murió. Sus restos mortales fueron depositados en el recinto del

Calvario, cerca de la tumba de Cristo. Superó a todos los capitanes de su época, y su nombre vivirá honrado entre los hombres mientras dure el recuerdo de las Cruzadas.

Godofredo fue sucedido por su hermano Balduino de Edesa, como Balduino I y a su muerte en 1118, fue sucedido por Balduino de Bourg, un primo de Balduino I, bajo el título de Balduino II.



TEMPLARIOS ANTIGUOS

La conquista de la ciudad proporcionó un nuevo estímulo a la época de los peregrinos, pero Palestina estaba todavía en manos de los feroces mahometanos que pronto comenzaron a llevar a cabo su trabajo de pillaje y asesinato de los peregrinos cristianos con mayor vigor. En 1118 dos caballeros franceses, Hugo de Payens y Geoffrey de San Omar, percibiendo las dificultades a las que estaban expuestos los viajeros cristianos en la Ciudad Santa y sus alrededores, asumieron el deber de conducir a los peregrinos que viajaban entre Jerusalén y el Jordán. Este oficio caritativo pronto se ganó la reputación de los humildes guías guerreros, y se les unieron otros siete, con ideas afines a las suyas. Sus nombres eran Payen de Montdidier, Archambaudo de Saint Agnan, Andrés de Montbard (tío por parte de madre de San Bernardo de Claraval), Godofredo Bison, y otros dos de los que solo se conoce su nombre, Rolando y Gondamero. Se desconoce el nombre del noveno caballero, aunque hay quien piensa que pudo ser Hugo, Conde de Champagne. Se creó una organización bajo el benévolo patrocinio del patriarca de la ciudad, y bajo el nombre de «Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Salomón». Los miembros se obligaron por el habitual voto monástico de obediencia, castidad y pobreza; y a éstos se añadieron otros dos, para defender el Santo

Sepulcro y proteger a los peregrinos caminantes en Palestina. Tal fue el humilde comienzo de la Orden de los Caballeros Templarios. En este momento considero mejor mencionar que la antigua Orden de Caballeros Hospitalarios, que estaba ahora en el rubor de sus heroicas victorias, prestó ayuda y aliento a la nueva sociedad de hermanos. Los Caballeros Hospitalarios, una humilde fraternidad no tenían nada que temer, pero años después surgieron celos y a veces conflictos entre las dos órdenes, aunque en su mayoría lucharon codo con codo por la causa común. Hugo y Geoffrey tenían un solo caballo entre ellos, y a él lo montaron juntos en su primera misión de benevolencia. (El gran sello de los Templarios aún perpetúa la historia del humilde origen de la Orden en la figura de un corcel con dos jinetes). Los primeros miembros recibieron un alojamiento por parte de Balduino II, quien les asignó habitaciones en su palacio en el sitio del antiguo templo, de donde derivaron el nombre de templarios; un título que conservaron para siempre.

Su primera armería se estableció en una iglesia cercana, y aquí almacenaban sus armas. El primer capítulo se limitó a nueve miembros, pero esta limitación fue eliminada por el concilio de Troyes en 1127. Raynouard dice que Balduino envió a Hugo de Payens a Europa para solicitar una nueva Cruzada, y que mientras estaba allí presentó a sus compañeros al Papa Honorio II de quien pidió permiso para formar una orden militar religiosa, en imitación a la de los Hospitalarios. El Pontífice los

remitió al consejo eclesiástico que estaba entonces en sesión en Troyes, en Champagne.

Allí De Payens presentó a los próceres la vocación de él y de sus compañeros como defensores del peregrino; la empresa fue aprobada y se encargó a San Bernardo, Abad de Claraval, que elaborara un código adecuado para el gobierno del organismo y que ideara un atuendo apropiado. El vestido elegido contrastaba fuertemente con el de los caballeros Hospitalarios, que consistía en una túnica y un manto blancos, con una cruz roja en el pecho izquierdo, mientras que los Caballeros Hospitalarios llevaban la túnica negra lisa, con una cruz blanca de ocho puntas en el pecho izquierdo. La regla de conducta y disciplina fue aprobada en 1128 por el Papa Honorio II. Los artículos principales eran estos: Los caballeros estaban obligados a recitar oraciones a ciertas horas; a abstenerse de comer carne cuatro días a la semana; a abstenerse de cazar y de practicar la venta ambulante; a defender con su vida los misterios de la fe cristiana; a observar y mantener los siete sacramentos de la iglesia, los catorce artículos de la fe, los credos de los apóstoles y de Atanasio; defender las doctrinas de los dos Testamentos, incluyendo las interpretaciones de los Padres, la unidad de Dios y la trinidad de su persona así como la virginidad de María antes y después del nacimiento del Hijo; ir más allá de los mares cuando se les llame a hacerlo en defensa de la causa; no huir del enemigo a menos que sea atacado por más de tres infieles a la vez. Hugo de

Payens, provisto así de una regla que daba permanencia a su Orden, y animado por la aprobación de la iglesia, volvió a Jerusalén. La humildad fue uno de los primeros principios de la membresía.

El yelmo del templario no debe tener cresta, su barba no debe ser cortada, su comportamiento debe ser el de un sirviente de sus compañeros. Cada miembro, al asumir la vestimenta de un caballero, debe estar ceñido con un cordón de lino en señal de que de ahora en adelante está obligado a servir.

El objeto primordial que se buscaba en la institución de la Orden era el socorro de los peregrinos necesitados; pero a medida que los musulmanes se recuperaban después de la toma de Jerusalén, y en número cada vez mayor amenazaban a los cristianos de todos los bandos, la organización por necesidad asumió un carácter más marcadamente militar y, finalmente, se convirtió en el brazo armado de los cristianos en sus diversas operaciones contra el enemigo. San Bernardo, que los visitó en su retiro del templo, habla en los términos más cálidos de su abnegación, su frugalidad, su modestia, su piedad y su valentía. Su estandarte era el Beauseant, blanco y negro, indicativo de paz para sus amigos, pero de destrucción para sus enemigos.

La organización de los templarios abarcaba cuatro clases de miembros: Caballeros, Escuderos, Servidores y Sacerdotes. Cada uno tenía sus peculiares deberes y obligaciones. El oficial que presidía la Orden se conocía como Gran Maestre.

Inglaterra, Alemania, Francia e Italia, de hecho, casi todos los estados de la cristiandad, se dividieron en provincias, y sobre cada una se estableció un maestro provincial. El Gran Maestre de Jerusalén era considerado como el jefe de toda la hermandad, que pronto creció en número, influencia y riqueza pasando a ser una de las organizaciones más poderosas del mundo.

Condes, duques, príncipes y hasta reyes, buscaban con entusiasmo el honor que en todas partes se concedía a la cruz roja y al manto blanco de los templarios.

Con el tiempo, los caballeros del templo se convirtieron en un cuerpo soberano, no debiendo lealtad a ningún potentado secular. En asuntos espirituales, el Papa seguía siendo considerado como supremo, pero en todos los demás asuntos el Gran Maestre era tan independiente como el mayor soberano de Europa. Las casas de los caballeros no podían ser invadidas por ningún oficial civil.

Sus iglesias y cementerios estaban exentos de interdictos; sus propiedades e ingresos de impuestos. Tan grandes eran las inmunidades de las que gozaban que miles de personas buscaron afiliarse a la hermandad para compartir sus beneficios.

A los Caballeros Templarios y a los Hospitalarios se les debió en gran medida el éxito o la gloria que alcanzaron las siguientes Cruzadas, de las cuales hubo siete. Eran la flor y nata de los ejércitos, siempre armados con sus brillantes espadas y sus banderas ondeantes, cuando el deber les llamaba; y

ya sea defendiendo un castillo o abruptos desfiladeros de montaña, luchaban con ese heroísmo intrépido que hace que incluso su espada sea casi un objeto de reverencia. Cuando el reino cristiano de Oriente se tambaleó hasta su caída, los templarios intentaron asegurar sus propios intereses mediante tratados separados con los musulmanes, pero su fortuna estaba ligada a la de las potencias occidentales, y todos cayeron juntos. La sede principal de los templarios permaneció en Jerusalén desde la fundación en 1118 hasta 1187, cuando Saladino, sultán de Egipto, invadió Palestina y, en octubre de ese año, capturó Jerusalén; luego fue transferida a Antioquía, que cayó en manos de los cristianos en 1098, durante la primera Cruzada. Fue allí donde los seguidores de Cristo tomaron por primera vez el nombre de los cristianos; fue allí donde San Pedro fue nombrado primer obispo de la iglesia; y allí los primeros santos y mártires realizaron sus milagros que dieron a la ciudad una santidad superada solo por Jerusalén.

El cuartel general del Gran Maestre permaneció en Antioquía durante cuatro años y luego fue trasladado en el 1191 a Acre. Esta ciudad fue tomada por primera vez por Balduino I en el 1100, recapturada por los musulmanes bajo Saladino en 1187 y retomada de nuevo en 1191, por Ricardo Corazón de León, líder de la tercera Cruzada.

Se estimó que en este asedio las pérdidas cristianas alcanzaron la enorme suma de trescientos mil hombres, mientras que las de los

musulmanes fueron algo inferiores. En todas las grandes luchas de la historia de la humanidad nunca se presenció un desperdicio de vida tan terrible como en los muros de Acre. Se convirtió en la fortaleza de la caballería y continuó siendo la sede de la Orden hasta 1217, cuando se hizo un tercer traslado al Castillo de los Peregrinos cerca de Cesarea, una ciudad fundada por Herodes el Grande, en el 22 a. C., y construida en honor a César.

Estaba situada al noroeste de Jerusalén en el Mediterráneo, y al norte de Jaffa, pero ahora yace en ruinas sin forma. En 1291 la ciudad de Acre volvió a caer en manos de los musulmanes bajo el sultán Al-Ashraf de El Cairo, y con el subsiguiente derrocamiento del reino cristiano, los templarios se retiraron a la isla de Chipre, que fue capturada en 1191 por Ricardo Corazón de León, durante la tercera Cruzada.

Muchos de los templarios, después de una breve estancia en la isla de Chipre, se retiraron a sus diferentes preceptos en Europa. Una breve descripción de la defensa y la caída de Acre solo puede compararse con los muchos relatos de sus pasadas luchas gloriosas con el infiel en defensa de la Tierra Santa y de la peregrinación cristiana, a veces exitosa y a menudo desastrosa; de arenas áridas bien humedecidas con la sangre de guerreros cristianos y sarracenos; de la salida final forzada de los lugares que su proeza había conquistado, pero que no tenía la fuerza para sostener.

DEFENSA Y CAÍDA DE ACRE

Con menos de 12.000 personas capaces de llevar armas, se ocuparon de las murallas y defendieron la ciudad contra 200.000 musulmanes.

Casi todas las naciones de Europa estaban representadas en las multitudes que abarrotaban las calles. El 4 de mayo, un día fatal para los cristianos, se inició el último asalto. Al amanecer el ejército musulmán se levantó en armas, el sultán animaba a los soldados con su presencia. Tanto el ataque como la defensa fueron más cruentos que los días anteriores. Entre los que cayeron en el campo de batalla, había siete musulmanes por cada cristiano; pero los musulmanes pudieron reparar sus pérdidas; las de los cristianos fueron irreparables. Con una vehemencia cada vez mayor, los musulmanes cargaron contra los muros y torres tambaleantes de la ciudad. Finalmente, una importante línea de defensa conocida con el nombre de Torre Maldita, cedió ante los asaltantes y cayó. La brecha así efectuada en las defensas se abrió al corazón de la ciudad.



Battle before Acre

BATALLA DE ACRE

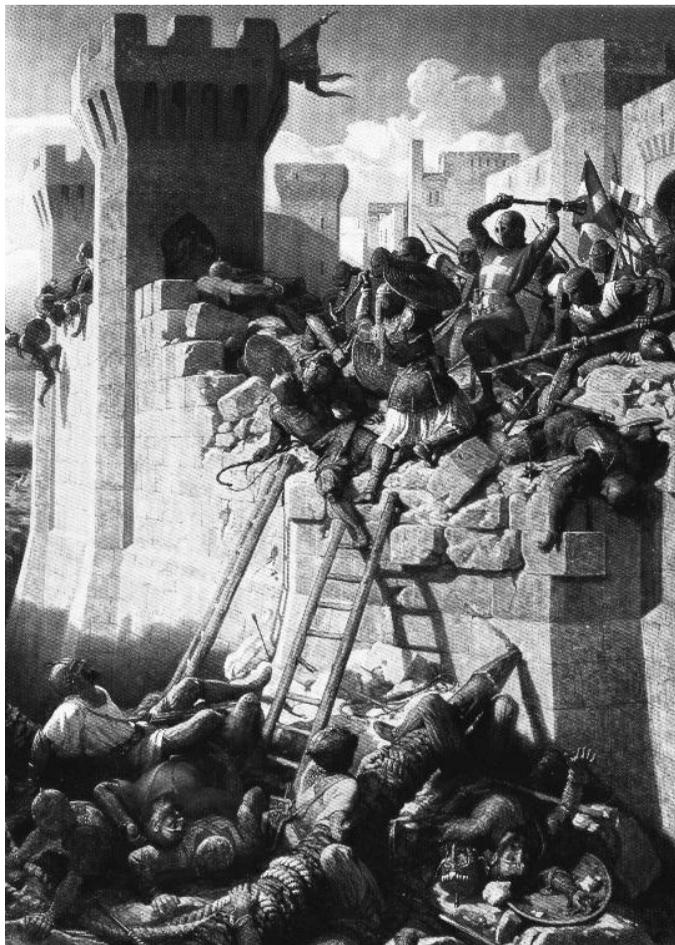
Los templarios formaron con la precipitada resolución de arremeter contra el campamento de los musulmanes; encontraron a los enemigos preparados para la batalla. Después de un sangriento conflicto, los templarios fueron rechazados y perseguidos hasta el pie de las murallas. El Gran Maestre de los templarios, Guillermo de Beaujeu, uno de los más valientes de entre los valientes, fue alcanzado por una flecha y cayó en medio de sus caballeros. El Gran Maestre de los Hospitalarios recibió al mismo tiempo una herida que lo incapacitó. La derrota se convirtió en general y toda esperanza de salvar la ciudad se perdió. Se derramaron las salvajes mareas del Islam victorioso, hambriento de sangre y venganza. Fue entonces cuando una nube de muerte pareció extenderse por toda la ciudad de Acre; no hubo calle que no se convirtiera en el teatro de la carnicería; se libró una batalla en cada torre, en cada palacio y a la entrada de cada edificio público; y en todos estos combates murieron tantos hombres que, según el informe de un historiador, «caminaron sobre los muertos como sobre un puente». Una violenta tormenta, acompañada de granizo y lluvia, irrumpió sobre la ciudad; el horizonte se cubrió de inmediato con una oscuridad tan impenetrable que los combatientes apenas podían distinguir los colores bajo los que luchaban o ver los estandartes ondeantes sobre las torres; las llamas aparecieron en varios barrios sin que nadie se esforzara por apagarlas; los conquistadores solo

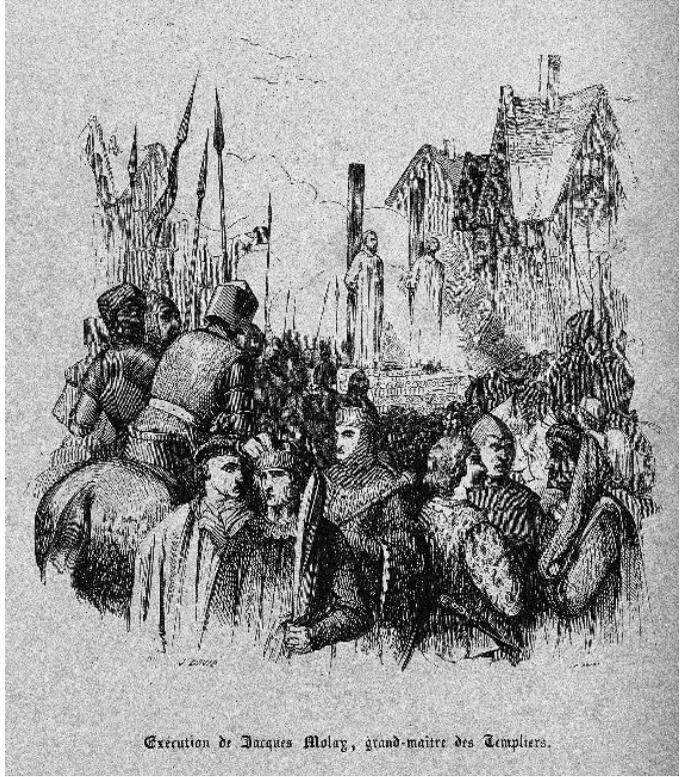
pensaron en destruir la ciudad; el único objetivo de los conquistados era escapar. Familias enteras se refugiaron en las iglesias, donde fueron ahogadas por el humo de las llamas o despedazadas al pie de los altares; muchas mujeres y vírgenes, para preservar su castidad, se cortaron la nariz y se desfiguraron de otra manera para escapar de la brutalidad de los conquistadores, pues cuando los musulmanes veían sus rostros sangrantes, reaccionaban con asco recurrían a la espada de inmediato.

El castillo de los templarios, situado en la costa, en el que se habían refugiado todos los caballeros que habían escapado del acero de los musulmanes, era el único lugar de la ciudad que había resistido. Después de varios días de asedio, el sultán concedió una capitulación, y envió trescientos musulmanes para plantear un tratado. Apenas habían entrado en una de las principales torres, la del Gran Maestre, comenzaron a indignar a las mujeres que se habían refugiado allí. Esta violación de los derechos de guerra irritó a los guerreros cristianos hasta tal punto que todos los musulmanes que entraron en la torre fueron asesinados. El sultán, furioso, ordenó que se retomara el asedio inmediatamente, y que todos los templarios del asilo fueran exterminados. Los templarios y sus compañeros se defendieron durante varios días; al final la torre del Gran Maestre fue socavada, y cayó. Los que la atacaron y los que la defendieron fueron igualmente aplastados por su caída; mujeres, niños, guerreros

cristianos, todos los que habían ido a refugiarse a la casa de los templarios, perecieron, enterrados bajo las ruinas. Tal fue el arrojo, la valentía y el sacrificio de los templarios durante toda la vida de la Orden. Seguir sus actos de verdadero heroísmo daría una gran historia a las Cruzadas.

Los pocos cristianos que aún se aferraban a la ciudad costera de Siria escaparon lo antes posible y dejaron a los salvajes musulmanes en completa posesión del país. Después de una guerra de 191 años, la contienda entre la cruz y la media luna había terminado en una completa restauración del antiguo régimen en toda Siria y Asia Menor. La media luna del Islam estaba de nuevo en la cima.





Execution de Jacques Molay, grand-maitre des Templiers.

DISOLUCIÓN FINAL

A principios del siglo XIV, Felipe el Hermoso, un avaro y ambicioso rey de Francia, planeó en secreto con el Papa Clemente V la destrucción de los templarios y la apropiación de sus ingresos. La Orden en ese momento era enormemente rica; esto despertó su avaricia.

Su poder interfería con sus objetivos de crecimiento político y esto alarmaba su ambición.

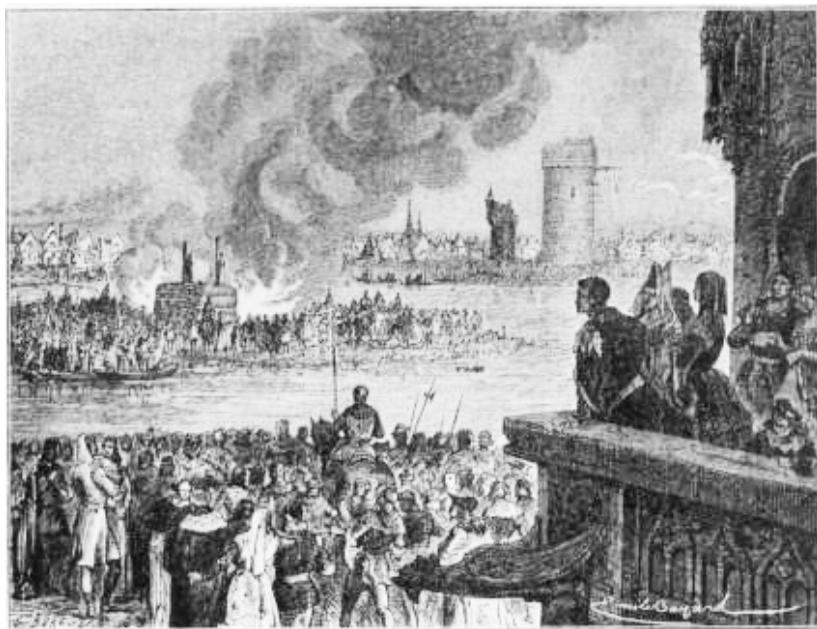
El Papa Clemente, por orden de Felipe, escribió en 1306 a De Molay, el Gran Maestre, que estaba entonces en Chipre, invitándole a reunirse con él y consultar con él sobre algunos asuntos de gran importancia para la Orden.

De Molay acudió a la cita y llegó a París con sesenta caballeros y una gran cantidad de tesoros.

Fue arrestado y encarcelado, como lo fue después cada caballero en Francia, bajo el supuesto cargo de idolatría y otros terribles crímenes, de los cuales un renegado y expulsado prior de la Orden se dice que confesó que los caballeros eran culpables. Por estos absurdos cargos, los caballeros fueron juzgados y, por supuesto, como conclusión anticipada, condenados, y el 22 de mayo de 1310, cincuenta y cuatro de los caballeros fueron quemados públicamente.

De Molay, durante su encarcelamiento, fue sometido a las mayores indignidades y sufrimientos con el propósito de extorsionarle y

conseguir una confesión de la culpabilidad de su Orden. Pero De Molay fue firme y leal, y el 12 de marzo de 1314 fue quemado públicamente a orillas del Sena en París. Cuando estaba a punto de morir afirmó solemnemente la inocencia de la Orden, y se dice que convocó al Papa Clemente para que compareciera ante el tribunal de Dios en cuarenta días y al rey de Francia en un año, y ambos, es bien sabido, murieron en los plazos previstos. En la mayoría de los países sus propiedades fueron confiscadas y en parte entregadas a los Hospitalarios y otras órdenes. Desde la creación de la Orden por Hugo de Payens, el primer Gran Maestre, en 1118, hasta su disolución (1311) durante el Maestrazgo de Jacques De Molay, veintidós Grandes Maestres presidieron la Orden.



Burning of Jacques De Molay

EJECUCIÓN DE JACQUES DE MOLAY

CABALLEROS TEMPLARIOS, MASÓNICOS

La conexión entre los Caballeros Templarios y los masones puede ser mucho más plausible que la de los Caballeros de Malta. Lamentablemente las fuentes de las que se obtiene la información son en su mayoría más propias de la tradición y faltan fechas y documentos auténticos.

Hay cuatro fuentes en las que se dice que los masones derivaron su existencia de los templarios, haciendo por ello tantas divisiones diferentes de la Orden.

1. Los templarios que reclaman a John Mark Larmenius como sucesor de De Molay. De esta fuente vinieron los templarios de Francia.

2. Los que reconocen a Peter d'Aumont como el sucesor de De Molay. De esta fuente vinieron los templarios de Alemania.

3. Los que derivan su templario del conde Beaujeu, sobrino de De Molay. De esta fuente vinieron los templarios suecos.

4. Aquellos que afirman tener un origen independiente, y repudian por igual la autoridad de Larmenius, de Aumont y de Beaujeu.

De la última clase, o de los templarios que no reconocían la autoridad de ninguno de los líderes mencionados, había dos subdivisiones, la escocesa

y la inglesa; pues solo en Escocia e Inglaterra se afianzó este templarismo independiente.

Los templarios masónicos ingleses son muy probablemente derivados de ese cuerpo llamado «Campamento Baldwyn» de Bristol, o de alguno de los campamentos coordinados de Londres, Bath, York y Salisbury, que se afirma que fueron formados por los miembros de la preceptoría, que había existido durante mucho tiempo en Bristol y que, al disolverse su Orden, se cree que se unieron a la fraternidad masónica. El Campamento Baldwyn afirma haber existido desde «tiempos inmemoriales» un período indefinido, podemos rastrearlo lo suficiente para datarlo anteriormente a todos los otros campamentos ingleses. Desde esta división de los templarios, repudiando todas las conexiones con Larmenius, con Aumont, o cualquier otro de los líderes autoconstituidos, pero trazando su origen a de los caballeros que huyeron por seguridad y para la perpetuidad de la Orden en el cuerpo de la masonería. Tenemos, creo, dice el Dr. Mackey, derecho a derivar el origen los templarios de los Estados Unidos. Sobre qué momento se organizaron las comandancias en este país, no hay una fecha definitiva. La Comandancia de Boston afirma que data de 1769, y se cree que es una de las más antiguas.

Tal es el esquema de la ilustre historia militar de la Orden de los Caballeros Templarios. Sus costumbres pueden desaparecer; sus estandartes quebrarse, sus relucientes escudos, bruñidas armaduras y temibles espadas, junto con sus

galanes portadores, convertirse en polvo o, en el mejor de los casos, conservarse en la historia y en la canción, pero el espíritu caballeresco permanecerá siempre en los hombres verdaderos y que surgen en toda época y lugar.

CABALLEROS DE MALTA

Esta orden, que en varios momentos de su historia recibió los nombres de Caballeros Hospitalarios, Caballeros de San Juan de Jerusalén, Caballeros de Rodas y, por último, Caballeros de Malta, fue la más antigua y una de las más importantes de las órdenes religiosas y militares de caballería que surgieron durante las Cruzadas y que se instituyeron para la recuperación de Tierra Santa. Debe su origen a los Hospitalarios de Jerusalén, esa Orden totalmente religiosa y caritativa, que fue establecida en Jerusalén en 1048 por algunos comerciantes piadosos y benévolos de la ciudad italiana de Amalfi, para el socorro de los peregrinos latinos pobres y desamparados.

Esta sociedad, establecida cuando Jerusalén estaba en manos de los mahometanos, pasó por muchas vicisitudes, pero vivió para ver la Tierra Santa conquistada por los caballeros cristianos. Recibió entonces muchas adhesiones de los cruzados, quienes, dejando las armas, se dedicaron a la piadosa vocación de atender a los enfermos. Fue entonces, en el año 1099, cuando Gerardo Tum indujo a los hermanos a tomar sobre sí los votos de pobreza, obediencia y castidad.

El hábito seleccionado para la Orden era una túnica negra lisa, con una cruz blanca de ocho puntas en el pecho izquierdo.

Raymond du Puy sucedió a Gerardo y propuso un cambio en el carácter de la sociedad, por el cual ésta debería convertirse en una orden militar, dedicada a labores activas en el campo y a la protección de Palestina de la invasión de los infieles. Esta propuesta fue aprobada por Balduino, el rey de Jerusalén, quien, acosado por una guerra continua, aceptó gustoso esta adición a sus fuerzas.

Organizada la Orden de esta manera sobre una base militar, los miembros prestaron un nuevo juramento, por el cual se comprometieron a defender la causa del cristianismo, pero en ningún caso a llevar armas para cualquier otro propósito. «Esto fue en el mismo año en que la antigua Orden de los Templarios se organizó en la misma ciudad».

Este acto, realizado en el año 1118, es considerado como el comienzo del establecimiento de la Orden de Caballeros Hospitalarios de San Juan, de la cual Raymond Du Puy es considerado por todos los historiadores el primer Gran Maestre. Su título se deriva de la iglesia y el monasterio construidos en Jerusalén en 1048 por los fundadores de la Orden y dedicados a San Juan Bautista. La historia de los caballeros desde esta época hasta mediados del siglo XVI no es más que una crónica de la guerra continua con los enemigos de la fe cristiana. Cuando Jerusalén fue capturada por Saladino en 1187, los Hospitalarios se retiraron a Margat, una ciudad y fortaleza de Palestina que aún reconocía el dominio cristiano. En esta época, los Hospitalarios sufrieron a causa de sus disputas

y rivalidades con los templarios; pero en tiempos de peligro ambas hermandades dieron lo mejor de sí mismos en defensa de la causa común. En el año 1191 hicieron de Acre su principal lugar de residencia y, en 1291, tras la caída de esa ciudad, huyeron a la isla de Chipre, donde se establecieron. Allí se convirtieron en una potencia marítima, teniendo su propia flota y ganando sus propias victorias en el Mediterráneo Oriental. No obstante, con el tiempo su residencia en Chipre se volvió desagradable.

El rey, por medio de impuestos y otras rigurosas exacciones, les había acorralado hasta el punto de que a principios del siglo XIV se marcharon y tomaron la isla de Rodas, donde establecieron su poder y desafiaron a los turcos durante más de doscientos años. A finales de 1522 fueron atacados por las fuerzas turcas y finalmente se rindieron. Se permitió a los caballeros retirarse con todos sus bienes personales, tras lo que zarparon y se refugiaron en la isla de Creta; de allí a Mesina, en la isla de Sicilia, y tras esto al continente italiano, donde, después de siete años de negociaciones con el emperador Carlos V de Alemania, obtuvieron el control total de la isla de Malta y en 1530 tomaron posesión formal de esta. A partir de ese momento la Orden recibió el nombre de «Caballeros de Malta».

La convirtieron en una fortaleza que, a pesar de los esfuerzos más arduos de los turcos, fue mantenida por los caballeros hasta que fue entregada sin lucha por Ferdinand von Hompesch

zu Bolheim, el poco apto y pusilánime Gran Maestre, al ejército y la flota francesa bajo Bonaparte; y este acontecimiento puede ser considerado como el comienzo de la supresión de la Orden como potencia activa. Todo lo que queda de ella ahora no es más que la sombra diluida de su anterior existencia. La Orden, durante su residencia en Rodas, sufrió varios cambios en su organización, por los cuales el sistema más simple observado durante su nacimiento en Tierra Santa se hizo más perfecto y más complejo. En 1320 la Orden se dividió en ocho «lenguas», abarcando ese número de provincias, sobre cada una de las cuales presidía uno de los grandes dignatarios. Cada uno de estos dignatarios residía en el palacio, mientras que los Hospitalarios se encontraban en Rodas y más tarde en Malta, lo que se adecuaba a su «lengua». En cada provincia había uno o más Grandes Prioratos presididos por Grandes Piores, y debajo de estos estaban las Comandancias, sobre cada una de las cuales había un comandante. Ahora solo quedan las lenguas de Italia y Alemania, y las funciones del Gran Maestre son ejercidas por un oficial desde Roma.

La Antigua Orden de Malta no tiene ninguna conexión con la masonería en absoluto, pero probablemente fue introducida por Thomas S. Webb como un grado adjunto a la Orden del Temple, y en este país se confiere en el Asilo de una Comandería, o en un Priorato regularmente convocado para ese propósito.

*Este clásico de John Richardson Bennett
se terminó de componer en las
colecciones de la editorial
MASONICA®
el día 25 de mayo
del año 2020.*

Notas

[← 1]

«Los escritos papales que los protegían afirmaban que se les concedían inmunidades, tomando de ejemplo a Hiram, rey de Tiro, cuando envió a sus arquitectos al rey Salomón con el fin de construir el templo de Jerusalén».

[←2]

La enciclopedia masónica, Albert G. Mackey.

[←3]

Estados Unidos.

[←4]

Maestro de la Marca, Pasado Maestro, Maestro Perfecto y Masón del Arco Real.

Índice

PREFACIO	9
MASONERÍA	13
ANTIGUOS MISTERIOS	16
MISTERIOS EGIPCIOS	17
MISTERIOS ADONISIANOS EN SIRIA	24
MISTERIOS DIONISIÁCOS	27
MISTERIOS ELEUSINOS	30
MISTERIOS DE MITRA	32
ISRAELITAS	34
HISTORIA JUDÍA	54
EL TEMPLO DEL REY SALOMÓN	63
LA EXPLORACIÓN DE JERUSALÉN	67
LA FUNDACIÓN DEL TEMPLO	70
TEMPLOS ANTIGUOS	77
DIVISIÓN DEL PUEBLO HEBREO	79
DE LO ANTIGUO A LO MODERNO	83

LOS COLLEGIA FABRORUM	84
SOCIEDADES GREMIALES	88
LA MASONERÍA ESPECULATIVA	92
FRATERNIDAD DE CONSTRUCTORES O MASONES DE EUROPA CONTINENTAL	96
Alemania	96
Francia	99
Italia	100
CONCLUSIÓN	102
RESURGIMIENTO	106
GRADOS	107
RITUAL	109
RITO	110
I. Grados simbólicos	112
II. Grados capitulares	113
III. Grados crípticos	113
GRADOS DE LA MASONERÍA	115
GRADOS SIMBÓLICOS	116
Aprendiz Entrado	116
Compañero	116
Maestro Masón	117
GRADOS CAPITULARES	119

Maestro de la Marca	119
Pasado Maestro	120
Muy Excelente Maestro	120
Arco Real	121
Cautiverio	122
Terminación del cautiverio	133
GRADOS CRÍPTICOS	138
Consejo de Maestros Reales y Selectos	138
Maestro Real	138
Maestro Selecto	139
Súper Excelente Maestro	140
LIBRO DE LA LEY	141
OBJETIVO DE LA MASONERÍA	143
COMANDANCIA	146
Caballeros Templarios	146
Caballero de la Cruz Roja	147
Caballeros Templarios	148
LA CRUZ	149
LA MEDIA LUNA	156
EL CONFLICTO	163
TEMPLARIOS ANTIGUOS	178
DEFENSA Y CAÍDA DE ACRE	185
DISOLUCIÓN FINAL	194

CABALLEROS TEMPLARIOS, MASÓNICOS	197
CABALLEROS DE MALTA	200